

Algo *que* aprender

POPPY GARCÍA



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2024 Raquel Martín García
© 2024 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Algo que aprender, n.º 402 - diciembre 2024

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Shutterstock.

I.S.B.N.: 9788410740020

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*A todos aquellos que, como yo, vivieron en Cumbria la experiencia de sus
vidas.*

Capítulo 1

Cuando Manuel entró en aquel vagón, lo primero a lo que se enfrentó fue a una buena bronca. Según subía al tren con su bicicleta en ristre, una mujer mayor ya tenía preparada una retahíla de recriminaciones como si llevara esperándolo desde la estación de Atocha. Estaba sentada justo a la entrada y había movido cinco centímetros las piernas para dejarlo pasar.

—¡Habrase visto! —refunfuñó la señora entre dientes—. ¿Cómo creerán estos majaras que los ciudadanos respetables usemos el tren que pagamos con nuestros impuestos si se empeñan en ocupar todo el espacio con esas bicicletas tan modernas que no valen para nada? ¡Dónde está el revisor! Usted, sí, usted —gritó señalando a Manuel—. ¿Dónde piensa que va? Y ya que estamos, usted —espetó señalando a una chica que hasta ese momento había pasado desapercibida—, no me mire con esa cara de no entender lo que digo porque lleve puestas esas cosas en las orejas. ¡Aparte esa bicicleta también! Me van a oír.

Para cuando la mujer paró aquella retahíla, ya estaban en la siguiente estación. La misma en la que aquella bruja debía bajarse. Antes de que nadie supiera qué estaba sucediendo realmente, la buena señora ya bajaba las escaleras agarrándose a la barra para no caerse, buscando a derecha e izquierda entre la gente para poner los puntos sobre las íes al pobre revisor.

Manuel la miraba con cara indiferente, aunque por dentro aguantaba las ganas de soltarle cuatro frescas. Subir al tren de cercanías de Madrid con una bicicleta al hombro era como jugar a la lotería. Unos días se encontraba con más ciclistas de camino a algún sitio y otros parecían coincidir todos los antibicis de la ciudad en el mismo vagón. Además, cuando de vez en cuando la cosa se ponía fea, había que defenderse solo ante la tempestad porque, por alguna extraña razón, los revisores siempre llegaban tarde para poner orden.

Como aquella mañana.

Para cuando el aclamado revisor apareció por la puerta que separa los vagones, el tren se había puesto ya en marcha. Andaba despacio, pensando en sus cosas. Miró alrededor y pretendió no oír insultos y desmanes de los pasajeros, al fin y al cabo quedaban silenciados por el traqueteo.

Nada importante que destacar para él.

—¿Hay algún problema si aparco aquí la bicicleta? —preguntó Manuel cuando llegó su turno de enseñar el billete. Lo último que quería era tener a aquel señor uniformado en contra también.

El revisor en cuestión giró la cabeza y fijó la mirada en la chica que ya ocupaba los tres asientos plegables al lado de la puerta y, que hasta ese momento, no se había enterado de nada. Alegre, canturreaba la melodía que debía de estar escuchando en su iPod azul enganchado a una blusa de tejido casi transparente a juego con un top gris ajustado debajo que contrastaba con su piel morena. Las tablas de su falda escocesa de cuadros azules y grises se movía siguiendo los dictámenes de la pierna que tenía cruzada, impulsada por el ritmo que marcaba el pie.

—Deberá ocupar el menor espacio posible, si no le importa. Le dejo que lo solucione con la señorita.

—No hay problema —le aseguró al revisor sin girar la cabeza.

De hecho, ni el revisor ni Manuel se habían mirado durante la conversación. Los dos tenían fijada la vista en la chica, que, en un movimiento de cabeza, cruzó los ojos con ellos y empezó a

mirarse la ropa como si algo estuviese fuera de su sitio.

El revisor, ya que estaba, además de pedirle el billete, le explicó con todo lujo de detalles la situación señalando a Manuel con el dedo gordo por encima del hombro de vez en cuando. En el momento que la chica pareció entenderlo todo con claridad, siguió su ronda.

La joven se quitó entonces los pinganillos de las orejas y se levantó para dejar sitio a Manuel. Pero el problema no era ella, el problema era la bicicleta que tenía aparcada justo delante, que, aunque parecía pequeña, ocupaba a lo largo casi todo el espacio reservado para los tres asientos plegables.

Manuel se quedó parado pensando en cómo arreglar el problemilla y ella hizo lo propio mirándolo a él y a su bici en movimientos de pupilas alternos.

—Yo creo —dijo por fin Manuel— que deberíamos reorganizar el espacio antes de que vuelva el revisor. Si no le importa.

Ella asintió con la cabeza, pero no se movió, ocupada como estaba en mantener el equilibrio tras pasar un bache.

Una vez el tren volvió a su balanceo habitual, comenzaron a reorganizar las bicicletas de distinta manera, junto con una mochila que nadie sabía de dónde había salido. Tras el primer intento, aquello seguía obstruyendo el paso de más señoras de avanzada edad con ganas de gresca, así que volvieron a mirar aquel cúmulo de ruedas y metal y, por culpa de otro bache, a agarrarse el uno al otro para no caer.

«Esto no me ha pasado nunca. Normalmente no tardo más de dos minutos en poner la bicicleta donde menos molesta», pensó Manuel.

La solución, en realidad, era bien simple, ya que la bici de ella era plegable, pero el cerebro de Manuel no había sopesado la posibilidad de empaquetarla. Sus neuronas iban siempre a lo complicado. Lo de que la solución más sencilla es la mejor no iba en absoluto con él.

La chica paró de maniobrar mientras lo miraba divertida.

—¿Por qué no me da un segundo? —invitó ella levantando la mano como si pidiera permiso para preguntar algo en clase.

—Los que quiera. —Manuel no miraba hacia arriba, así que no vio la cara divertida de la joven. Su cerebro solo tenía sitio para las bicis que se apelotonaban delante, aunque sí que es cierto que de reojo veía la falda de cuadros bambolearse.

Él jamás dejaba nada a medias, una vez puesto a la tarea, claro.

Sintió una mano en su brazo que lo obligó a parar. Se irguió y dejó espacio para que ella solucionase el entuerto maldiciéndose por parecer tan patoso.

Ágil como una gacela, la muchacha desenganchó la lengüeta de la barra central de su bicicleta, la dobló y, con un rápido movimiento, la encajó entre el asiento del medio y el respaldo de los dos asientos de al lado. Acto seguido aparcó la bici de Manuel a cierta distancia de los asientos en paralelo con el suficiente espacio para sentarse. Triunfante, se sentó en el del centro con las piernas cruzadas y ofreció el del otro lado al sudoroso Manuel.

Manuel había puesto un esfuerzo considerable en colocar como era debido aquel Tetris, si bien su cerebro en el fondo solo se había fijado en aquellos cuadros escoceses en vez de hacer lo que cualquier persona con dos dedos de frente habría hecho: poner las bicis a un lado. Así de simple.

Por primera vez en su vida, había perdido la concentración y había hecho el ridículo a lo grande, como un principiante cualquiera. Levantó la vista y volvió a encontrarse con los ojos castaños sonrientes de la joven, por lo que no pudo más que admitir su derrota. Se sentó, respiró

hondo y solo entonces volvió a hablar.

—Mani —dijo extendiendo la mano.

Tras un momento de confusión la chica le estrechó la mano, pero no dijo su nombre. Solo tragaba saliva de forma algo compulsiva. El esfuerzo ímprobo de doblar una bicicleta plegable, ya se sabe, pero no tardó mucho en encontrar las energías necesarias para empezar una conversación intrascendental.

—Estoy orgullosa de la rapidez con la que he plegado la bici. Para ser una principiante no ha estado nada mal —dijo satisfecha mirando al paquete compacto a su derecha.

—¿Es nueva? —Mani volvía en sí poco a poco. Las bicicletas eran su fuerte y pretendía que quedara claro. Más aún después de la falta de coordinación de la que acababa de hacer gala.

—Sí. ¿Le gusta?

—Mucho. Pero no me trate de usted, por favor.

La chica asintió con la cabeza y tocó el sillín con reverencia.

—La estreno hoy —admitió sonriente—. La compré hace unos días y me encanta. Aquí en la ciudad pensé que una bici plegable sería lo mejor. Todavía me cuesta, ¿sabes?

—¿A qué te refieres?

—A que yo en Madrid no me sé manejar. Hasta ahora solo había cogido la bici en el pueblo y en trayectos muy cortos. Me pongo muy nerviosa en cuanto no conozco bien el camino. El tráfico me mata, si te soy sincera.

—Y nunca mejor dicho, por desgracia. ¿No llevas casco?

—Todavía no. No he encontrado el casco de mis sueños.

Manuel arrugó el ceño. Una bici nueva a las órdenes de una ciclista inexperta en Madrid y sin casco era arriesgado e ilegal. Se hizo el silencio entre ellos.

—¡Ah! Me bajo en la siguiente —dijo ella levantándose con rapidez para estar lista con tiempo.

Con aquel movimiento, la falda escocesa de cuadros azules rozó la mano de Manuel, lo que le hizo mirar de forma totalmente involuntaria hacia el voluptuoso trasero de la chica, que, mientras maniobraba, casi le tocaba la rodilla.

Manuel dio un salto y no por los movimientos de la joven, sino porque también se bajaba en la siguiente.

—También es mi parada. —Y se dirigió con su bici a la puerta de salida mirando cómo ella intentaba desatascar su bicicleta de entre los asientos sin ningún éxito.

El tren paró y Manuel apretó el botón verde de apertura a la vez que ella le lanzaba una mirada de pánico mientras tiraba de su bicicleta sin lograr desatascarla. Manuel bajó del vagón, aparcó su bici en tiempo récord y volvió a subir para lidiar con la bici de la chica.

—Sal del vagón, pero no termines de bajar. Lo mismo el conductor tiene a bien esperar unos segundos más. —Ella obedeció mochila en mano.

En un periquete, Manuel salía corriendo del vagón con la bicicleta nueva plegada debajo del brazo, un segundo antes de que se cerraran las puertas y el tren emprendiera el camino.

—Muchísimas gracias —respiró aliviada—. Quería desplegarla allí mismo. Todavía no tengo la suficiente práctica, obviamente.

—Ahora tendremos algo de tiempo.

No sin algún que otro encontronazo, consiguieron desplegar la bicicleta y por fin pudieron secarse el sudor de la frente. Madrid se llama así porque «Sahara» estaba ya pillado. La verdad es que había que estar algo loco para salir en verano y con aquellas temperaturas a dar una vuelta en

el extrarradio.

—Lo has hecho muy bien, novata —dijo Manuel cuando la chica tenía ya agarrado el manillar y la abultada mochila colgaba de sus hombros. Por alguna extraña razón quería animarla tras el percance, aunque llamarla novata quizá no fuese la mejor forma.

Ella no pareció tomárselo en cuenta.

—Gracias, Mani. —susurró aliviada, aunque no dejaba de mirar alrededor con una expresión de incertidumbre en la cara.

Tras unos segundos de indecisión, ella preguntó lo que parecía preocuparla.

—Verás, Mani. Ya sé que es mucho pedir, pero ¿tienes un minutito para ayudarme con una cosilla de nada?

Mani sabía que los diminutivos solían disfrazar superlativos, así que se puso en guardia, por si acaso.

—Claro, ¿de qué se trata? —Educación ante todo.

Ella se quitó la mochila y hurgó entre su contenido a toda prisa. Cuando encontró lo que buscaba, dio un grito de alegría.

—¡Ah, aquí lo tengo! Debo ir a un sitio y, si te soy sincera, creo que me he perdido antes de empezar el camino. Incluso creo que me he bajado en la parada equivocada, pero de eso tampoco estoy segura. Por eso te pregunto en el andén; si salimos y me he confundido tendría que volver a comprar el billete. —Mientras explicaba la situación, extendió un gigantesco mapa usando los sillines de las bicicletas como superficie de apoyo.

—Lo primero de todo: ¿a dónde vas? —Las rutas eran también su punto fuerte. Era tener un mapa en las manos y sentir cómo el día mejoraba por momentos. La chica cada vez le caía mejor. Usaba papel en vez de *apps*.

Ella tardó un momento en descifrar el mensaje, probablemente porque asumió que Mani no le iba a ayudar. Cuando asimiló que el chico estaba más que dispuesto, volvió a hurgar en la mochila, sacó un teléfono y buscó lo que necesitaba.

—Aquí —dijo pasándole el móvil con la dirección apuntada en la pantalla.

Mani sonrió satisfecho. Sabía cómo llegar y sin necesidad de mapas.

—¿Me he bajado en la parada correcta? —preguntó ella algo preocupada.

—Te has bajado en la parada correcta y creo que puedo ayudarte. Por casualidades de la vida yo voy en la misma dirección.

Por fin la chica se relajó y respiró aliviada.

—Te debo una —le agradeció—. Viendo que conoces este lugar, ¿crees que mi bici aguantará bien? Me refiero a que no conozco las condiciones en las que está el camino y las plegables no están pensadas para campo a través.

—Tu bici es perfecta. De hecho las plegables son las más idóneas para la ciudad, incluidos los parques. Al menos eso siempre digo al que me pregunta.

Ella lo miró de arriba abajo con la confusión pintada en la mirada.

—«Idóneas incluidos los parques», dices.

—Sí. Los parques no son campo a través y, aunque dicen que estamos en el campo, el camino está bien arreglado. Al menos lo suficiente como para no sentir que estamos haciendo bicicrós.

—Y dices que te llamas Mani.

—¿A qué viene tanta pregunta? Si se puede saber. —Se sentía algo incómodo de repente. La chica lo miraba con curiosidad mientras pensaba a cien por hora, a juzgar por cómo entreabría los ojos y movía las pupilas.

—Creo —dijo entonces ella extendiendo la mano otra vez con una sonrisa espléndida pintada en la cara— que no nos hemos presentado como se debe.

Ante la perplejidad de Mani, la chica comenzó a reír enseñando unos dientes blanquísimos.

—Me llamo Halfapint —dijo solemne—. Encantada, Mani.

Mani recibió aquella mano, aunque tardó en entender lo que sucedía. Esa mañana, por alguna extraña razón, sus neuronas no trabajaban con la eficiencia acostumbrada. Aquel extraño nombre le sonaba, pero ¿de qué? La respuesta aterrizó en su cerebro mientras seguía estrechando la mano de la chica de forma mecánica. Abrió los ojos por la sorpresa y soltó una carcajada.

Aquella mujer era una de las seguidoras más fieles de su blog.

—Encantado de conocerte en persona por fin, Halfapint. Me alegra que siguieras mi consejo —dijo escrutando detenidamente la bicicleta recién estrenada—. Y el modelo que te sugerí, por lo que veo.

—Sip —dijo toda inmodesta—. Y para que lo sepas, con casi todos los componentes que me especificaste. Muchas gracias por el asesoramiento.

—¿Casi todos? —El experto sobre bicicletas había hablado por él y a ese experto le gustaba poco o nada que la gente no se tomara en serio lo que les aconsejaba de buena fe.

—En la tienda tenían lo que tenían y yo no quería esperar. Aunque deberías saber que quedaron sorprendidos cuando desplegué la lista sobre el mostrador. No tienen muchos clientes que sepan tan bien lo que quieren.

En todo aquel tiempo no habían cortado el saludo y siguieron mano arriba, mano abajo durante un rato más. Ninguno de los dos pensó en soltarse. Parecían haberles crecido raíces en aquel andén; hablando de bicicletas y conversaciones mantenidas los últimos meses ni se dieron cuenta de que ya habían pasado otros dos trenes más. La alarma del móvil de ella los sacó de aquel extraño ensimismamiento.

—¡Qué tarde es!

Halfapint le soltó la mano y apremió a Mani para que se pusieran en marcha. Lo empaquetó todo en la mochila de nuevo y giró la bicicleta para salir del andén.

Mientras tanto, él se había quedado en suspenso mirándose la palma de la mano derecha como si no fuese exactamente lo que quería hacer. Salir corriendo no era lo que más le apetecía en aquel momento. Pero sus ojos volvieron a aquella falda de cuadros escoceses que se meneaba de derecha a izquierda al paso de su dueña, con la mochila al hombro empujando su bicicleta nueva, y él la imitó. Por pura inercia.

Debía de ser el calor, porque aquellos espacios en blanco en el cerebro de Mani no eran normales.

Siguió a Halfapint a lo largo del andén y volvió a su ser cuando tuvo que cargar con la bicicleta escaleras abajo, ya que las mecánicas no funcionaban.

—Tenemos que ir a la derecha. ¿Estás preparada? —dijo Mani a la salida de la estación, ya recuperado de lo que fuese que lo tenía atontado desde que subiera al tren.

—Creo que sí.

—Pues venga, novata. Yo te sigo.

Y entonces se dio cuenta de que le había puesto un mote y era la primera vez que se veían. Llamarla novata una vez tenía un pase, pero ¿dos? ¡Dónde estaba su cerebro! Y ella también debía de sufrir los efectos del calor, porque no le mandaba a la porra por ello.

—Pero ¡si no sé el camino!

—Si voy yo delante, ¿serás capaz de seguirme?

—No creo —admitió ella.

—Eso pensaba. No hay más que hablar, entonces. Ya te avisaré si tenemos que desviarnos.

Comenzaron a pedalear y, con cada pedalada, a Mani se le hacía del todo evidente que Halfapint necesitaba practicar con la bici más a menudo si no quería tener un accidente. Que no llevara casco, además, le hacía sentirse de veras incómodo. Mientras avanzaban, le iba dando instrucciones de cómo sujetar el manillar y cosas así, pero ella nada más que refunfuñaba y le gritaba que estaba demasiado concentrada en las piedras del camino como para prestar atención a otras cosas. Esa fue la razón por la que Mani dejó de dar consejos y se entretuvo en mirar hacia delante. Las curvas de ella y el paisaje, claro, lo tuvieron más ocupado. Las afueras de Madrid también podían ser bonitas, aunque algo agrestes. Las encinas se distribuían a izquierda y derecha del camino con arbustos poco cuidados entre medias. Los grillos gritaban a pleno pulmón y el aire caliente traía aromas de tomillo y romero.

Al poco rato, ella saltó de la bici.

—¿Queda mucho? —La pobre Halfapint tenía las mejillas sonrojadas, el pelo algo alborotado y su pecho subía y bajaba, subía y bajaba...

Mani paró justo al lado.

—Acabamos de salir. ¿Estás ya cansada? —La miró a los ojos, aunque ella apartó rápido la mirada pretendiendo buscar algo en la mochila.

—Tengo sed, ¿quieres agua?

—Vale, pero empieza a hacerse tarde y me están esperando.

Halfapint miró la hora y comenzó a moverse a toda prisa.

—Creo que al final yo también llego tarde.

Bebieron rápido y se pusieron en marcha otra vez. Al cabo de otro rato se vieron las primeras casas de la urbanización a la que querían llegar.

—¡Hemos llegado! —gritó victoriosa y paró.

Utilizaba cualquier excusa para descansar.

—Todavía no. ¿O tu cita es en mitad del campo?

—Claro que no —sonrió—, pero si tienes prisa ya no hace falta que me acompañes. Sé llegar por mi cuenta. La casa que busco está por ahí —dijo señalando a la derecha.

Mani sabía que la casa en cuestión estaba a la izquierda.

—¿Estás segura? Por la dirección que me has dado, creo que está al otro lado.

—Estoy segura. Es por ahí.

—No es por llevarte la contraria, pero me da que es por ahí —insistió él señalando en la dirección correcta.

—En serio, Mani. Sé dónde voy.

—Como quieras —dijo encogiéndose de hombros.

—Muchísimas gracias por la ayuda. Ha sido un placer conocerte. Te dejo un comentario en el blog en unos días, ¿vale?

—Lo mismo nos vemos antes.

—Quién sabe —dijo ella contenta mientras volvía a montar.

—Entonces, nada. Pedalea con cuidado y ya me contarás.

—Hasta pronto, Mani.

—Hasta ahora, Novata. —Pero Mani había esperado a que ella se hubiese puesto en marcha para decir aquello. Y sí, acababa de bautizarla en su cabeza.

Ella, por su parte, se dirigió segura a su destino. Siguió las mismas calles por las que iba la

ruta del autobús interurbano. Pensó que era la única forma de no perderse, a costa, claro, de dar algún que otro rodeo. La urbanización no era muy grande de todas formas. Aunque tras un buen rato de dar vueltas y sudar la gota gorda llegó a la conclusión de que o el autobús no iba tan lento como siempre pensó o había olvidado por completo dónde estaban las paradas, porque no había visto uno de esos «palos» rojos en los últimos diez minutos. Con la tontería, iba a llegar agotada; antes incluso de que empezara la fiesta. Dio vueltas como una tonta y en varias ocasiones creyó pasar por el mismo sitio. En esas urbanizaciones del extrarradio todas las calles parecían iguales y corría el aire como si estuvieses en medio de la nada. A punto estuvo incluso de preguntar en el kiosco de periódicos, no fuera a ir camino de Toledo, pero finalmente encaró la calle que conducía a la casa de los padres de su mejor amiga.

Mani, sin embargo, no había tardado más de unos minutos.

Cuando él llegó, se encontró con Raúl sentado en las escaleras a la entrada de la casa fumando un cigarrillo y mirando cabizbajo los baldosines del suelo.

—A las buenas —saludó Manuel mientras cruzaba la verja y aparcaba la bici en medio del caminito del jardín.

—¡Ah! Ya estás aquí... Creía que tú también habías cambiado de idea.

Mani se puso serio. Raúl nunca nunca perdía el buen humor. Algo no andaba como debía.

—¿Va todo bien?

—Se lo está pensando. —Raúl tiró el cigarrillo al suelo y empezó a estrujarlo contra las baldosas con la punta del pie. Clara señal de que estaba muy nervioso.

Aquello no formaba parte del plan. En absoluto.

—Tengo entendido que eso pasa a menudo. Es parte de la parafernalia del día. Las mujeres presumen de ello el resto de sus días —lo animó Mani.

Y más valía que fuese así, porque si las cosas no iban como estaban previstas, su mejor amigo iba a sufrir a lo grande.

—No, la conozco. Hay duda en sus ojos. Estoy muerto de miedo —admitió Raúl—. Sería irónico que al final tuvieses razón, Mani.

En aquel instante no quería tener razón, quería que su amigo fuese feliz.

—¿Has hablado con ella?

—No. Me ha cerrado la puerta en las narices.

Cada vez peor. Mani comenzó a ponerse nervioso también. Nunca había estado en una situación parecida y no tenía ni idea de cómo actuar.

—¿Ha hablado su madre con ella? —tanteó.

—Tampoco. Dentro están todos como en un limbo. Creo que Antonia está chutándose a calmantes en el salón mientras las amigas hacen guardia en la puerta de su habitación.

—Alguien habrá para hacerla entrar en razón.

—Mani. Me da igual. ¿Y si no quiere? —Raúl estaba aterrorizado.

—Mira que lo dudo.

No dijeron nada más. Ninguno de los dos quería entrar y tampoco sabían qué hacer, así que se sentaron en silencio a esperar que los acontecimientos se resolvieran de alguna manera.

—¡Deberíais haber puesto flechas o carteles o globos de colores o algo para indicar el camino! Ni siquiera hay un maldito mapa en toda la urbanización. Por una vez he echado de menos el infame puntito rojo señalando el «usted está aquí»; me habría evitado al menos tres vueltas.

—¡Por fin has llegado! —Raúl se puso en pie en un movimiento. La solución a sus problemas

acababa de aparecer—. ¿Puede saberse dónde te habías metido? ¿Has venido vía Australia o qué?

—Yo también me alegro de verte —dijo irónica la recién llegada—. Mi plan de seguir la ruta del autobús no ha sido muy buena, por lo visto.

Halfapint se quedó parada a medio camino cuando vio la figura que se había puesto de pie y se mantenía sonriente justo detrás de Raúl. Alzó la ceja, apoyó el peso del cuerpo sobre una pierna y con un brazo en jarras soltó:

—Conque a la izquierda, ¿eh?

Mani levantó las palmas en el internacional signo de a-mí-no-me-mires-que-te-lo-has-buscado-tú-solita.

Halfapint resopló impotente mirando alrededor algo cabreada.

—Perdonad. Se me ha ido el santo al cielo. Manuel —dijo Raúl señalando a su amigo—. Cristina —dijo señalando a su amiga—. Cristina, Manuel.

Nadie dijo nada. Mani sonreía de pura satisfacción y Cristina resoplaba de puro cansancio.

—Tenemos un problema —dijo Raúl desesperado—. Susana se lo está pensando, más bien parece que es que no.

Cristina olvidó *ipso facto* el cabreo.

—Sube a hablar con ella, Novata. —Se acercó Mani preocupado.

Entonces ella intentó aparcar la bici a toda prisa, pero la pata de cabra había desaparecido. Nerviosa movía la pierna de arriba abajo buscando la palanca sin darse cuenta de que estaba al otro lado.

—Déjalo. Yo me ocupo. Arriba haces mucha más falta.

—Gracias, Mani.

Él le estrechó los hombros con un brazo y la separó con cuidado de la bicicleta. Por fin desde que la conoció, supo estar a la altura. Sus neuronas volvían a hacer sinapsis tal y como estaba acostumbrado. Cristina necesitaba apoyo.

—No te preocupes, Raúl; ya verás como es solo un ataque pasajero de nervios —dijo Cristina, y más que preocupada, entró en la casa para hablar con Susana.

Una vez solos en el jardincillo de la entrada y mucho más tranquilos tras la aparición de Cristina, Raúl se dio la vuelta y preguntó:

—¿Desde cuándo la conoces?

—Oficialmente, desde hace treinta segundos —dijo Manuel sin mirarlo mientras se encargaba de las bicicletas.

—¿Oficialmente?

—Oficialmente.

Raúl no indagó más. Su cerebro ya no daba para más misterio.

En cuanto Cristina entró por la puerta y Antonia la vio, todo el mundo se puso a gritar y llorar al mismo tiempo.

—¡Esta niña me va a matar! —repetía Antonia entre sollozos—. Sube y mete algo de razón en esa cabeza de chorlito.

Una horda de pinzas de pelo y bigudíes de colores se lanzó escaleras abajo para recibirla.

—¡Que dice que no quiere! ¡Y a menos de cinco horas de la ceremonia!

—Que no cunda el pánico —dijo Cristina con las manos en alto intentando calmar aquel gallinero—. A lo mejor, si hablamos con ella conseguimos que la sangre no llegue al río.

—¡Se ha cerrado con llave y tampoco contesta! —dijo al unísono la horda de bigudíes.

—Bueno. No cuesta nada si volvemos a intentarlo —reiteró ella.

Subieron las escaleras empujándose mientras se aseguraban de que el esmalte de uñas eludía todas las colisiones con los albornoces de alrededor.

Cristina llamó a la puerta de la habitación de Susana.

Toc, toc.

Nada

Toc, toc.

—¡Susana! Soy yo, Cristina.

Tras varias respiraciones, Susana abrió la puerta. Parecía un payaso de circo con todo el maquillaje resbalando por culpa de las lágrimas.

—Pasa, ¡pero tú sola!

Cristina cerró tras de sí y la horda de bigudíes y uñas recién pintadas se pegó como una lapa a la puerta para no perderse detalle.

Susana y Cristina debían de estar hablando muy bajito porque nadie se enteró de lo que pasó en aquellos quince minutos detrás de la puerta.

Cuando todo el mundo había perdido la esperanza, la puerta de la habitación volvió a abrirse.

—Quiere hablar con Raúl —dijo Cristina.

—¡Raúl! ¡Raúl! ¡Quiere hablar contigo! —gritaron a coro las gallinas mientras las más avezadas se arriesgaban a perder los algodones que mantenían las uñas de los pies a raya bajando las escaleras a toda prisa usando solo los talones como forma de apoyo.

Raúl tardó dos milisegundos en llegar al descansillo de la escalera. Tras un momento de indecisión, entró en la habitación de Cristina y se hizo el silencio. Para entonces ya no quedaba padrastro que morder o rulo en su sitio. Aquel percance retrasaría al menos otra hora el tratamiento estético de las allí presentes.

No tuvieron que esperar demasiado para ver el resultado de aquella visita. El novio salía eufórico con maquillaje esparcido por toda la cara. ¡Habría boda!

—Bien hecho, Novata —dijo Mani desde la planta de abajo—. ¿Dónde están las cervezas en esta casa? Hace un calor de mil demonios ahí fuera y he venido en bici. Si no repongo fuerzas pronto, os quedáis sin uno de los testigos, y sin mi firma, ¡no hay matrimonio que valga!

Cristina puso los ojos en blanco. Ella también había llegado pedaleando y no hacía un drama de ello.

—Al menos habrás aparcado bien primero —comentó con sorna mirándolo por el hueco de la escalera apoyada a la barandilla.

—¿No sabes tú lo de «si bebes no conduzcas»? Yo lo aprendí a la primera.

—Esa expresión solo la conocen los viejos.

—¡¿Viejo yo?! Podría bajarte en volandas si quisiera.

A Cristina no le pareció una mala idea. Estaba cansadísima y los nervios le habían dejado las rodillas blandas.

—Aquí te espero —le retó.

—No hasta que tenga mi cerveza. ¡Antonia!

Toda la conversación se desarrolló a gritos. Ella en lo alto de la escalera y él abajo al lado de la puerta de la cocina, agarrados ambos al pasamanos más contentos que unas castañuelas por haber arreglado el entuerto.

—Por lo menos ábreme una también. —Cristina necesitaba aquella cerveza, al fin y al cabo, seguro que había dado diez vueltas más que Mani, además de solucionar el día. Se merecía un

premio.

—Te veo en la cocina—replicó él.

Y Mani desapareció del descansillo silbando una melodía mientras empujaba a la pobre Antonia para que les buscara algo fresco que beber.

Las cabezas de bigudíes habían presenciado la conversación dirigiendo la cabeza de arriba abajo y de abajo arriba siguiendo el sonido de los gritos. Cuando los dos se callaron, se dieron todas la vuelta al mismo tiempo mirando sorprendidas a Cristina.

—¿Desde cuándo os conocéis? —preguntaron a coro.

Cristina miró el reloj.

—Oficialmente..., desde hace veinte minutos.

—¿Oficialmente? —Si no fuera porque allí había cinco mujeres plantadas, cualquiera hubiese pensado que se trataba de un solo ser porque hablaban todas sincronizadas como si tuviesen lo mismo en la cabeza.

—Oficialmente —contestó toda seria mientras bajaba a la cocina.

Y sin más, las damiselas se repartieron por la casa para ponerse a punto.

A Mani no se le pasó por alto que las manos de Cristina temblaban cuando se llevó el botellín de Mahou a los labios. Y no dejaron de hacerlo hasta que al menos la mitad del líquido descendió por su garganta.

—¿Tan cerca ha estado? —tanteó.

Ella afirmó con la cabeza con los labios apretados arrugando la nariz porque todo el gas se le había subido a la cabeza de golpe.

—Brindo por tus dotes diplomáticas, entonces.

Chocaron el cuello de las botellas y bebieron con tranquilidad mientras el resto de la casa era un hervidero de gente, trajes, flores y canapés.

—¿Vienes de parte del novio o de la novia? —preguntó Mani por decir algo.

—De la novia. Somos amigas desde que íbamos al instituto. ¿Y tú?

—Soy uno de los testigos del novio. Raúl y yo nos conocimos en unas prácticas y ahora trabajamos en la misma empresa.

—Mani, Mani, Mani..., estás lleno de sorpresas. Nos tienes a todos engañados. Por las cosas que escribes, parece que eres un trotamundos y no una cobaya de laboratorio.

—Las dos cosas son ciertas; tengo lo que yo llamo una vida bipolar. Trabajo encerrado entre cuatro paredes, pero saco tiempo de donde no lo hay para viajar. Y hablando de viajes, ¿tú no estabas en Irlanda?

—Estaba —dijo seria mientras jugaba con la etiqueta del botellín—. Ahora estoy aquí, como puedes ver.

Mani ladeó la cabeza para entender la expresión de Cristina mientras esta se empeñaba en mirar hacia abajo con la botella en el regazo. Irlanda sería un tema de conversación a evitar en el futuro.

—Si quieres —propuso él cuando terminó su cerveza—, podemos empezar a ayudar con los preparativos.

—Será lo mejor —dijo ella aliviada con el cambio de conversación.

Y se unieron al manicomio.

Capítulo 2

Mani hizo una última batida a la casa antes de dirigirse a la iglesia. Estaba seguro de que entre tanto trajín, alguna luz se habría quedado encendida, o algún grifo abierto, o alguien habría olvidado cerrar las puertas que daban al jardín de atrás.

Según subía por las escaleras, un zapato se estrelló contra la pared a menos de veinte centímetros de su cara provocándole el mayor susto del día, y eso que llevaba unos cuantos ya.

Antes de saber lo que sucedía, le llegó un rugido desesperado desde la planta de arriba. Analizando la trayectoria que había seguido el zapato, la voz y el susodicho zapato debían pertenecer a la misma persona.

—Aguenta la respiración, Cristina, no es la primera vez en tu vida que te vistes sola — protestó aquella voz. Se oyó un resoplido y un gemido justo después.

Mani se rio para sus adentros. La Novata parecía tener problemas. ¡Qué novedad!

Cuando llegó a la habitación de donde salían los lamentos, se quedó pasmado al ver a la pobre Cristina intentando subirse la cremallera del vestido. Delante de un espejo se contorneaba intentando juntar las dos cintas con una mano, y con la otra, subir el tirador sin ningún resultado.

Mani se regaló los ojos por un momento con aquella escena.

Cristina estaba descalza y con cada pequeño empujón que le daba a la cremallera rebelde, se ponía de puntillas haciendo que el vuelo del vestido ondease. Era una prenda vaporosa, de un tejido que daban ganas de tocar y hacer que tremolase, como una flor al viento, como en ese preciso instante. La falda era de vuelo, del color del vino añejo, y pequeños lunares blancos aparecían y desaparecían entre los pliegues al compás de sus caderas.

Ella volvió a protestar y resoplar y entonces Mani se dio cuenta de que llevaba puestos unos guantes de rejilla que, por lógica, no debían de ayudar mucho a conseguir el agarre necesario.

Pero no solo los tobillos y las caderas se movían a trompicones. En la cabeza, una voluminosa pabela tan roja como el vestido giraba sin control enganchada por arte de magia a un moño de pelo castaño de lo más intrincado. Unos pocos movimientos más y el peinado se arruinaría.

Estaba guapísima, incluso con la cremallera sin subir.

Mani se agachó a recoger el zapato de tacón de aguja y fue a ofrecer su ayuda.

—¿Necesitas algo? Porque creo que casi todo el mundo está ya en la iglesia.

—¡Mani! —Dio un salto y se giró demasiado aprisa haciendo que la pabela cayera de lado—. ¡Me has asustado! —Soltó el aire y se dio la vuelta para mirarse de nuevo en el espejo del armario. Cuando vio el vestido sin abrochar y el sombrero al bias, volvió a soltar un quejido desesperado.

—He encontrado esto en el descansillo —dijo Mani todo lo tranquilo que pudo.

Ella miró el zapato perdido indignada y dirigió después la vista hacia el compañero que yacía sobre la cama con más enfado todavía. Soltó el aire que tenía en los pulmones y todas las energías parecieron abandonarla.

—Desisto —suspiró mientras se dejaba caer sobre la cama, incrustándose la aguja del zapato por el camino. En un ataque de ira, lo lanzó al frente con todas sus fuerzas.

Mani tuvo que esquivarlo haciendo la boa, pero con tiempo suficiente de ver el zapato caer en el mismo sitio que el anterior. Cristina no tendría sentido de la dirección alguno, pero puntería no

le faltaba.

—¿Por qué? ¿¡Por qué a mí!?

Antes de darle tiempo de llevarse las manos a la cara y restregar el maquillaje, Mani entró en la habitación y le ofreció una mano para que se levantase. Tumbada así estaba arrugando la falda del vestido.

—¿No se supone que este lugar estaba lleno de chicas para ayudarse las unas a las otras con los vestidos y esas cosas que se hacen antes de las bodas?

Cristina apartó las manos de la cara, se incorporó y clavó sus ojos verdes en él.

—Supones bien. He ayudado a vestirse a todas esas histéricas, pero, por lo visto, tenían cosas más importantes que hacer después. ¿Me ayudas o no? —demandó sentada en la cama, con los hombros caídos.

Mani decidió entonces poner fin a sus sufrimientos. Fue escaleras abajo, recogió el zapato y volvió a la habitación con un tacón colgando de cada mano. La animó a ponerse de pie y empezó por los cimientos.

Hincó la rodilla en el suelo, levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—Dime lo que tengo que hacer —le pidió mientras le ponía los zapatos.

Ella tardó un momento en salir de su asombro, pero dejó que deslizará en los pies cada zapato. Despacio, con cuidado. Con una mano en el tobillo y la otra en la suela.

—Es la cremallera. No puedo subirla. —Cristina se apoyaba con ambas manos sobre los hombros de Mani agradeciendo para sus adentros que fuese tan galante con ella. Se suponía que el vestido le quedaba como un guante, así que solo la cerveza de esa misma mañana tenía que ser la responsable de que la maldita cremallera no hiciese su trabajo.

—Déjame ver.

Mani se levantó y se situó a su espalda. La cremallera abierta empezaba en la base de la columna y acababa en la nuca. Mientras estudiaba la situación, su vista se topó con ápices de ropa interior a juego con el vestido y, o mucho se equivocaba, o esa tira que asomaba por debajo de la cintura era un ligero.

Tuvo que tomarse unos segundos antes de ponerse manos a la obra. Era difícil no tocar en partes demasiado privadas. Si los tobillos le habían resultado demasiado tentadores... El ligero bronceado de su piel en contraste con el rojo del vestido tampoco es que ayudara mucho a concentrarse.

«Respira hondo ¡y a por la cremallera de marras!».

—No te muevas —avisó antes de pellizcar el vestido con una mano y agarrar el tirador con la otra.

Mani comenzó a subir la cremallera despacio a la vez que Cristina mantenía apoyadas las manos sobre la cadera. Al pasar la curva de la cintura, la cremallera comenzó a atascarse.

—Creo que no sube más —dijo Mani con mucho tiento.

—Tiene que subir.

Mani volvió a intentarlo sin mucho éxito. Lo mismo estaba rota, si bien los dientes parecían estar todos en paralelo. Por si acaso, se cercioró de ello y, como supuso, no encontró ninguno roto o deformado.

De nuevo tiró hacia arriba y casi se rompe una uña por bruto o, peor aún, la cremallera.

—Va a ser que no —aseguró.

Ella no se dio por vencida, ni mucho menos.

—Espera que coja aire —mandó—. Cuando levante la mano, tira hacia arriba todo lo rápido

que puedas.

Cristina aspiró y Mani esperó a ver la señal para seguir subiendo la cremallera, pero a media espalda la cremallera dejó de hacerle caso.

—Novata, esto no funciona.

Cuando ella soltó el aire para decir algo, la cremallera volvió a bajar. Cra, cra, cra.

—¡Tiene que subir! —gritó exasperada con los brazos en alto—. Compré este vestido hace un año. Me lo he puesto dos veces y he adelgazado tres kilos desde la última vez. Vuelve a intentarlo.

Cristina apoyó esta vez las manos sobre la cintura apretando hacia atrás para que el vestido se ciñera aún más a su cuerpo.

—Lo mismo has perdido kilos en otras partes. —Mani estaba poniendo todo de su parte por no reír, porque los espasmos que le daban no ayudaban a templar el movimiento de las manos y aquella cremallera necesitaba de un buen pulso.

—Si te ríes —dijo Cristina realmente cabreada—, no vamos a terminar nunca y eres un testigo; tú verás.

—Vale. —Y Mani tuvo que respirar varias veces para poder calmarse—. Coge aire, esta vez en serio, y ajusta la tela por delante todo lo que puedas para darme algo de margen. Avísame levantando la barbilla.

Cristina recolocó la delantera del vestido mientras farfullaba algo sobre un tal señor Obvio y apoyó las manos sobre las costillas estirando hacia atrás el tejido. Cogió aire y levantó orgullosa la barbilla. Esta vez la cremallera llegó hasta la nuca.

—Ahora, ni se te ocurra respirar —avisó él—. ¿Lo tienes todo? Espero que no tengamos que correr.

La cara de Cristina estaba morada por la carencia de oxígeno, pero consiguió afirmar con la cabeza, fijar el sombrero en su sitio atravesándolo con un pincho larguísimo, señalar hacia la silla donde estaba su bolso y bajar las escaleras a la vez que tiraba los guantes al suelo y se abrochaba el ancho cinturón.

Mani, por un momento, solo tuvo ojos para aquella figura en forma de reloj de arena.

—Si nos damos prisa —dijo para evitar seguir mirando donde no debía tras coger el bolso y dárselo cuando ella terminó con el cinturón—, todavía nos dará tiempo de llegar antes que la novia. Ahora me alegro de que quisieran dar tres rodeos en el coche para asegurarse de que era la última en aparecer.

—Eso es lo que ella dice —afirmó Cristina mientras él cerraba la puerta—. Lo que quería era que la urbanización entera la viese sentada en una limusina. Que me lo ha reconocido en secreto. Tiene que ver con una cuenta pendiente con la vecina de dos casas más allá. Cuando se casó, le lanzó un «A ver si lo superas» y parece que Susana se lo tomó muy a pecho.

A buen paso llegaron a la iglesia y, antes de entrar por la puerta, Cristina se dio la vuelta para mirarlo de arriba abajo.

Mani comenzó a sudar a chorros.

—¡Uf! ¡Qué calor hace en este pueblo! ¡A quién se le ocurre casarse en agosto! —carraspeó.

—Nada de nervios, Mani. Estás muy guapo y vas a ser un testigo estupendo —dijo mientras le arreglaba el nudo de la corbata, sacaba un pañuelo minúsculo del bolso y le quitaba con cuidado el sudor de la frente—. ¿Tienes una pluma estilográfica?

—Tengo un boli, pero de esos ultramodernos dignos de un espía del MI6 —aseguró llevándose la mano al bolsillo de la chaqueta—. Ahora debo irme.

Mani se separó un paso y dejó que Cristina volviera a mirarlo bien por si acaso algo estaba fuera de su sitio.

—Listo —dijo satisfecha—. Ve a sentarte o Raúl morirá de un ataque de nervios.

Mani ocupó su puesto justo detrás de los miembros de la familia del novio y Cristina se sentó en la última fila.

La boda fue un exitazo.

La niña que llevaba las arras no se perdió por el camino; Susana no se tropezó con el vestido; el novio no apartó la vista de ella; se vieron más clínex que en una droguería y los novios sufrieron estoicos a la salida de la iglesia los proyectiles en forma de arroz que lanzaron los invitados sin ninguna compasión justo después, claro está, de que los testigos firmaran donde debían. Cristina, incluso, esperó sentada a que Mani sacase aquel superbolígrafo y, con el orgullo pintado en la cara, dejase su rúbrica para la posteridad.

Había elegido aquel banco al fondo porque supo que no podría contener las lágrimas y era mucho mejor que nadie viniese a preguntar. Deseaba tanto que Susana y Raúl fuesen felices, que su matrimonio funcionara... Merecían ver cumplir sus sueños; el uno al lado del otro; apoyándose mutuamente. Hasta rezó para que esa alegría que mostraban viviera también en ellos y que, hasta en los malos momentos, fuera su unión lo que los animara a seguir.

Lloró por tantas cosas... Y volcó en esas lágrimas todas las dudas e incertidumbres mientras se daban el «sí, quiero», con tiempo suficiente para recuperarse después de la llantina antes de que el pastor diera por finalizada la ceremonia. Aquel día celebraban el comienzo de una vida juntos. Era una fiesta y, tras limpiarse las lágrimas, respiró hondo, puso su mejor sonrisa y salió a disfrutarla.

El restaurante, que estaba a menos de quinientos metros de la iglesia, los recibió en el patio de entrada donde las bebidas se mezclaban con los pinchos. Rodeando una pequeña fuente, todo el mundo hizo las pertinentes presentaciones y el ambiente comenzó a relajarse. Allí, Raúl y Susana agradecieron de corazón a sus amigos y familiares haber siquiera aparecido y aseguraron que no iban a descambiar ni un solo regalo. Eso no se lo creyó nadie, la verdad, pero a los tíos abuelos por parte de padre les encantó oír que su horrible combo de pimienta y sal adornaría la mesa del salón de los recién casados. Cada día, por el resto de su vida en común, hasta que alguien lo rompiera por error.

La gente fue entrando en el salón y cada uno buscó su nombre en las pequeñas tarjetas puestas sobre los platos situados en perfecta equidistancia sobre grandes mesas redondas. Algún que otro nombre cambió de lugar como por arte de magia, pero nadie quiso darse cuenta. Menos mal que a Cristina no la sentaron cerca de ninguna de las gallinas con las que había compartido la mañana, aunque al final no supo si eso había sido una suerte o una desgracia.

La primera sorpresa de la noche fue ver el no-menú. Comerían barbacoa.

Toma ya.

En medio de cada mesa había una enorme ensalada y una cesta con pan. Cada cierto tiempo se acercaba algún camarero con grandes bandejas hasta los topes para dejarlos escoger entre lo que les apeteciera: patatas asadas, pimientos, queso al *grill*, chuletillas, chuletas, chuletones, salchichas de distintas clases, sardinas...

En su mesa había espacio para ocho personas. Una pareja joven amiga del trabajo de Raúl, un amigo de la infancia de Susana, Concha, Yolanda, Rosa, su novio Rodrigo y ella se fueron

sentando. Cuando Cristina vio las tarjetas con aquellos nombres tentada estuvo también de hacer un cambiazo, pero no era plan trastocar la disposición de las mesas que seguro habían tardado al menos dos semanas en organizar.

El amigo de la novia, Rodrigo, y la pareja amiga de Raúl comenzaron rápidamente a entablar conversación. Concha, Yolanda y Rosa, por su parte, emboscaron a Cristina y no la dejaron respirar durante casi todo el banquete.

—¿Y qué tal en Dublín? —preguntó primero Yolanda.

Esa pregunta era previsible y tenía la respuesta preparada.

—Muy bien. La ciudad es magnífica y es facilísimo hacer amigos. Me ayudaron mucho hasta que empecé a estar a gusto con el idioma. —Aquellas tres olían a carnaza a kilómetros de distancia, así que se preparó para la siguiente cometida metiéndose en la boca un trozo de salchicha. Iba a necesitar las energías.

—Seguro que habrás aprendido inglés. —Primer comentario insidioso de la mano de Rosa.

—Ha sido toda una experiencia. —Cristina sabía dónde querían ir a parar. Buscaban cotilleo del malo, querían saber lo que había pasado y por qué había vuelto de repente cuando todo parecía ir tan bien. Como en verdad no eran sus amigas, no iban a la cara, sino que utilizaban rodeos hasta encontrar lo que querían. Unas hienas de manual.

—Qué pena que hayas venido sola a la boda. ¿Volverás pronto a tu casita del campo? —Siguiente pulla, esta vez de la mano de Concha.

—Tengo cosas que hacer en Madrid.

—¿Ah, sí? ¿Has vuelto por motivos de trabajo? ¿Es definitivo?

La novia la salvó de explotar y soltar un par de malas contestaciones. Que su mejor amiga todavía conservara a aquellas tres brujas alrededor era algo que se le escapaba, pero, por lo visto, con Susana no eran tan crueles.

—¿Qué os parece la comida? —preguntó alegre.

En cuanto se situó justo detrás de ellas, Cristina dejó de ser la comidilla. El vestido, la barbacoa, el exótico testigo de pelo rojizo y ojos claros y los regalos apilados en cada esquina le dieron un respiro y por fin pudo hincarle el diente a las chuletas con patatas asadas que comenzaban a quedarse frías.

Para cuando la novia se fue a atender a otros invitados, las tres brujas ya estaban repasando los vestidos y peinados de las presentes. Como Cristina no tenía el más mínimo interés por esos temas, la dejaron en paz durante el resto de la comida.

Justo antes de pasar a cortar la tarta y mientras los invitados disfrutaban de algo de granizado de limón, empezó realmente la fiesta.

La pareja de recién casados se levantó con mucha elegancia y, con algo de parsimonia, sacó de un saco las tijeras más grandes forjadas por el hombre. Nadie sabía por qué Susana había pedido a todas las damas llevar liga o la razón por la que Raúl había dejado constar en las invitaciones que los caballeros que no apareciesen con corbata mejor ni se presentasen. Lo de la corbata era de esperar, aunque no tanto la obligación de llevar liga. Había llegado el momento de averiguar las razones que había detrás.

—¡Queridos amigos y familiares! —gritó Raúl con una sonrisa maligna mientras aporreaba su copa con una cuchara de postre—. Tengo el privilegio de presentarles a las nuevas Tizonas.

Los invitados empezaron a perder el color, algún abanico se abrió de golpe y muchas servilletas comenzaron a ondear.

—Como ya sabéis, Cristina y yo no somos muy convencionales, así que hemos pensado que,

en vez de mi corbata y su liga, sean vuestras corbatas, complementos varios y ligas las que acaben hechas pedacitos. Algo no cambiará, el dinero recaudado pagará parte del banquete.

La pregunta anónima desde el fondo de la sala sobre «a qué complementos exactamente se refería» obtuvo como respuesta una media sonrisa por parte de la novia. Las mujeres respiraron algo más tranquilas asumiendo que Susana estaría de su parte, los hombres comenzaron a necesitar agua para aclarar las reseca gargantas y todo el mundo puso cara de póker. Nadie se movió del sitio por no llamar la atención.

—Aquí tenemos dos urnas —continuó Susana con cara de sádica acompañando a su marido hacia el centro del salón, Tizonas en mano. ¿Cuándo habían hecho el hueco?—. Una con todos los nombres de las mujeres y la otra con todos los nombres de los hombres aquí presentes. El primer voluntario meterá la mano en la urna rosa y cortará el ligero de la chica que le toque en suerte. Cumplida la misión, ella hará lo propio, seleccionará un nombre de la urna azul y le dejaremos hacer pedacitos la corbata o cualquier otra prenda que lleve puesto el pobre diablo en cuestión. Cada trozo le costará al verdugo cinco euros.

Por extraño que parezca, algunas de las damas empezaron a aplaudir, encantadas con el espectáculo que las esperaba. Sin duda alguna bajo los efectos del vino. Los señores, sin embargo, protestaban levantando las manos viendo ya que acabarían en cueros si alguna mala pécora echaba mano de las tales Tizonas.

—Una cosa más —dijo Susana levantando el dedo índice para que prestasen más atención aún—. Como aquí hay parejas casadas y con hijos, hemos pensado que será mejor que pregunten a su cónyuge primero antes de meter la mano en la urna y provocar un divorcio. Por eso apelamos a vuestro sentido del humor. ¡Ah!, y si alguien no quiere participar o no quiere que le destrocen el traje, no tenemos ningún problema al respecto, pero ¡que pague! Y solo cuando hayan dicho su nombre, no antes. Debéis tener algo en cuenta también: con cada «no» el precio subirá cinco euros. Empezamos por diez míseros eurillos y ya veremos hasta dónde llegamos, ¿os parece?

Nadie dijo ni mu, ocupados como estaban rezando para salir de los primeros.

De repente, las puertas de salón se abrieron y tres payasos comenzaron a recolectar menores de edad prometiéndoles el rato de sus vidas. Con miradas de soslayo, los pequeñajos se escurrieron de los asientos y no dudaron en seguir a aquellos chicos de caras pintadas.

Es que las Tizonas esas brillaban mucho y eran muy grandes.

—Viendo que Arturo —todo el mundo dirigió la mirada al pobre chico que, sin mucho disimulo, había intentado escabullirse entre los payasos pretendiendo ir al cuarto de baño— es el primero que se ha prestado voluntario, será el que haga los honores —anunció el novio.

El tal Arturo paró en seco y miró alrededor buscando desesperadamente ayuda entre los invitados, mientras que el resto, como traidores, miraban si el techo era de gotelé.

Aceptando su sino, el pobre se acercó siguiendo los designios de la mano de Susana, que le pedía que se acercara con un movimiento más parecido a un *jedi* que una mujer con volantes de tul de cuello para abajo.

Como el alcohol corría por las venas de los asistentes sin ningún tipo de censura, todo el mundo estuvo de acuerdo en seguir con aquella locura, más o menos. Eso sí, la gente empezó a hurgar con algo de temor en bolsillos y bolsos para ver cuánta calderilla llevaban encima. La pareja de recién casados eran dos diablos disfrazados con trajes de boda y con claras intenciones de desplumarlos a todos sin contemplaciones. Aparte de dejarlos en pelotas.

Las sesentonas, sin embargo, tenían cara de alegría y ya cuchicheaban sobre qué cortarían. Una gritó entre susurros:

—¡Andrés! ¿Has traído la tarjeta?

Otra puso las manos haciendo de embudo.

—Susana, preciosa. ¿Vale pagar a crédito?

—Y con cheque, letras de cambio, bonos del Estado o la joyería que lleves puesta —contestó la novia.

—Gracias, querida. ¡Santiago! Saca los cuartos.

En ese momento fue cuando los novios apremiaron al pobre Arturo, que había querido escaquearse otra vez y que ahora pensaba en vengarse, seguro. Aunque bien pensado...

Los novios volvieron a dar la oportunidad de abstenerse y no jugar, a cambio de cinco euros de nada, aunque nadie reculó en ese momento. Eso sí, hubo que esperar a que las más jóvenes fueran corriendo al guardarropa para pertrecharse con moneda de cambio. En vestidos tan apretados no había forma de guardar ninguna cartera con bastante fondo.

Mientras tanto, aparecieron sobre las mesas mil y una botellas de brebajes de alta graduación y copitas de licor a tutiplén.

Arturo metió la mano en la urna rosa ansioso por ver quién era la primera víctima y, con una ronda de chupitos, se dio el pistoletazo de salida a aquel contradiós.

La orgía de retazos de corbatas, gritos, ligeros volando, tres calzoncillos desgarrados y risas incontroladas fue uno de los momentos más divertidos en la vida de Cristina. Quizá fuese el alcohol, quizá el buen rollo que inundaba el ambiente o, seguramente, porque vio a la novia disfrutar como una enana mientras otros sufrían la tortura que por tradición le correspondía a ella sufrir. Quién sabe, el caso es que se lo pasó en grande.

Hasta que llegó su turno, claro. El precio a pagar por negarse estaba en veinte euros y a punto estuvo de hacer el esfuerzo pecuniario cuando vio al octogenario tío César acercarse con cara de felicidad y unas tijeras de medio metro de largas en la mano.

Los novios era diabólicos y saldrían de allí con liga y corbata, al contrario que todos los demás.

—¡Cómo te vas a poner, César! —gritó algún desatado.

El pobre tío César estaba contentísimo, aunque a cada paso que daba le iban subiendo los colores.

«¡Qué demonios!», pensó Cristina. «Vas a hacer a un anciano feliz».

Cuando estuvo a su altura, el tío César estaba más rojo que un tomate y sudaba a mares, pero el hombre se estiró y preguntó galante:

—Señorita Robledo, ¿le importaría mucho si le levanto la falda y le corto la liga?

Las carcajadas debieron de despertar a los chinos del otro lado del globo.

Cristina se levantó despacio y, con la más cándida de las sonrisas, dijo al abochornado anciano:

—Será todo un honor.

Y le dejó levantarle la falda y cortarle, no sin cierta dificultad, la liga color crema que había comprado para la ocasión y que llevaba puesta además del ligero que mantenía en su sitio las medias. Ella ya se había imaginado que la liga acabaría hecha trizas, pero jamás pensó que lo haría en semejantes circunstancias.

Mani, sin embargo, no tuvo tanta suerte. Una chica llamada Concha había gritado su nombre y por la cara de felicidad que se le puso, supo que iba a regodearse con aquellas tijeras. «Que no quiera cortarme los calzoncillos, por favor, que no quiera cortarme los calzoncillos», le imploró al cielo.

También pensó que no le importaba pagar los cuarenta euros a los que se había puesto el precio de la cobardía. De repente, no le tuvo mucho aprecio a la camisa que llevaba puesta y que le había costado casi medio sueldo. Pero era uno de los testigos y después de ver la elegancia con la que Cristina había llevado la situación, no podía echarse atrás. Porque en el momento en que la Novata levantó diez centímetros aquella vaporosa falda, al tío César casi le dio un patatús, mientras que él miraba desde lejos muerto de la envidia.

Respiró hondo e intentó no escuchar las bravuconadas que salían del bloque femenino y que envalentonaban a la tal Concha aún más.

Cuando la tuvo delante, tragó de mala manera la saliva que se le había acumulado en la boca y sintió que se mareaba. El calor era insoportable y, después de las chuletas y el tercer chupito de licor de hierbas, no sabía si iba a poder estar muy quieto cuando aquella monstruosidad le cortara una prenda tan cercana al pescuezo. Eso sí se decidía por la corbata, claro.

—Así que tú eres el famoso Manuel —dijo la desconocida jugando con aquellas enormes tijeras mientras mantenía una pose inocente—. Seré buena y solo te cortaré la corbata. —Mani respiró aliviado—. No obstante, espero que esto sea el comienzo de una amistad mucho más... íntima —le susurró al oído.

Zis, zas.

Y allí se fue media corbata, con los cinco euros correspondientes que muy despacio Concha apiló sobre la mesa junto con la montaña de billetes y monedas que corrían peligro de resbalar y caer al suelo. A Susana y Raúl les iba a salir la comida a mitad de precio, si no gratis.

Y ya fue imposible que aquella mujer dejase de pulular alrededor del pobre Manuel durante el resto de la velada. Aunque no fue la única. En cuanto empezó el baile, comenzó la lenta peregrinación de jóvenes casaderas que querían conocer al misterioso invitado que el novio había tenido guardado debajo de la manga y que nunca había presentado a nadie, ni en fiestas de cumpleaños, quedadas, ni nada.

Alguna, por lo bajo, lo acusó de rancio. Tener semejante ejemplar como amigo y que nadie lo supiese hasta el mismo día de su boda. Alto, en buena forma, con una agradable sonrisa siempre preparada, la piel muy blanca, ojos claros de azul piscina y un pelo anaranjado que se rizaba en las puntas. Manuel aquel día recibió suspiros a izquierda y derecha.

El juego de las tijeras había desinhibido a todo el mundo y ya ni se molestaban con las apariencias. Eran como abejas en busca de miel.

Manuel bailó y también intentó desembarazarse de alguna que otra insoportable compañía encerrándose en el cuarto de baño o pretendiendo ir a por otra copa. Pero alrededor de las dos de la mañana estaba acorralado y ya no tenía fuerzas para resistirse.

De pie, inmovilizado contra la barra, cuatro mujeres algo ebrias le hacían el tercer grado. Mani se protegía como podía utilizando un cubalibre como escudo.

—¡No sueltas prenda, Manuel! —gritó una tal Rosa, que, aunque tenía novio, ya le había pasado la mano por el trasero como quien no quiere la cosa en un par de ocasiones.

—Es que mi vida es bastante aburrida —aseguró; quizá si lo tomaban por un soso lo dejarían en paz—. Trabajo con Raúl en la farmacéutica, nada más.

—Tengo entendido —ronroneó Concha— que eres todo un deportista. Dicen por ahí que has venido en bicicleta.

Manuel se acordó de Cristina al instante y la buscó con la vista entre la multitud. La encontró sola en el patio, sentada en una tumbona mirando embelesada el agua caer en cascada desde lo alto de la fuente, y quiso pasar aquella noche de verano con ella en vez de con sus forzadas

acompañantes.

—Hoy hacía un tiempo espléndido y no hay mucha distancia desde la estación de tren —explicó moviendo en círculos el vaso de tubo. La idea de que pudiese salpicar algún vestido con el ron con Coca-Cola las tenía a raya.

—Nosotras hemos venido en coche y continuaremos la fiesta hasta mañana, como poco. Sabemos de un par de locales que empalman hasta el lunes. Puedes apuntarte con nosotras de vuelta. La bicicleta podemos meterla en el maletero, otro día te la acercaría a casa —dijo sonriente Concha.

Rosa se había dado cuenta de hacia dónde miraba desde hacía un rato y quiso añadir algo de condimento a la conversación, ya que nada parecía funcionar con él.

—Pobrecilla —suspiró.

—¿Quién? —preguntó Concha moviéndose buscando a alguien.

—Cristina —dijo Rosa inclinando la cabeza en dirección al patio.

—Ni que lo digas —intervino Yolanda algo dramática.

Mani conocía aquel tono. Iban a empezar a destripar a Cristina y se puso en guardia ante la idea.

—¿Sabes que nadie ha conseguido averiguar por qué volvió? —preguntó Rosa.

—Yo creo que la echó —dijo Concha.

—Imposible, él nunca haría algo así —aseguró Yolanda. Hablaban todas tan rápido que se interrumpían entre sí.

—¿Tú crees que le puso los cuernos?

—No creo. Cristina es de las estiradas que piensan que nadie está a la altura. —Concha asintió como si aquella necedad fuera una verdad universal.

—En fin. Como puedes ver, ella solita se aísla. Normal que nadie quiera nada con ella.

Manuel se separó con la excusa de ir al baño, otra vez. Estaba cansado de mover el cuello como en un partido de tenis para seguir aquella conversación maliciosa. Daba igual quién abriese la boca, todas estaban de acuerdo en culpar a Cristina de lo que fuese. Siempre lo mismo, en el momento que alguien prefería guardar sus asuntos para sí, el resto parecía querer interesarse más y buscar trapos sucios donde no los había para acabar siendo la comidilla de los que les sobra el tiempo y les faltan neuronas.

Cuando creyó que había pasado un tiempo prudencial, salió del cuarto de baño justo en el momento que Cristina se dirigía hacia la salida.

—¡Novata! —llamó.

Ella se dio la vuelta y le dedicó una sonrisa.

—¿Te vas? —preguntó él mientras se acercaba.

—Estoy cansada, Mani. Es hora de dormir en el magnífico colchón hinchable con mi nombre bordado en letras de oro en una de las habitaciones de invitados de Antonia.

—Te acompaño. El sofá lleva el mío.

—Privilegios de testigo, ¿eh?

Camaron tranquilamente de vuelta a casa. El aire era fresco y Mani sintió como Cristina se enfundaba en un chal que solo debía de ser de adorno.

—¿Tienes frío?

—Es la brisa —dijo ella negando con la cabeza—. Dentro hacía un calor horrible, solo tengo que acostumbrarme.

Mani se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros.

—Gracias —susurró ella mirando al suelo—, te la devuelvo en un segundo.

—No hace falta. —Y le ofreció el brazo porque pasear con Cristina lo requería—. ¿Cómo conseguiste que Susana cambiase de opinión? —preguntó mucho más contento una vez que ella se colgó de él.

—No cambió de opinión. Ella deseaba casarse.

—Vale, ¿pero cómo lo conseguiste?

Cristina pensó un momento.

—Le pedí que me contara cómo se declaró Raúl. Deberías haber visto la cara de felicidad que puso. Necesitaba recordar el porqué de esta locura, nada más.

Mani comprendía lo fácil que era perderse en detalles y olvidar las razones de peso que llevaban a cualquiera a tomar decisiones importantes. Pensando en ello, continuaron el camino en silencio.

Enseguida llegaron a la casa. Cristina se agachó para levantar uno de los tiestos donde normalmente escondían una llave de repuesto justo debajo. Ella lo levantó y Mani cogió la llave, abrió y volvió a dejar el trocito de metal en su sitio.

—Gracias por la chaqueta —dijo ella mientras se la devolvía.

—Un placer. —Y calló, más que nada porque no sabía qué decir para que aquel momento no se desvaneciera.

Cristina no se percató de nada y dio por zanjada la noche.

—Será mejor que suba; estoy agotada. Buenas noches, Mani.

—Buenas noches, Novata.

Mani la siguió con la mirada mientras subía las escaleras con los zapatos en la mano y, algo menos contento, se dirigió al sofá. En el salón había dos tresillos y uno ya estaba ocupado por un Arturo noqueado que apestaba a orujo de hierbas.

Sobre los brazos de uno de los sofás se apilaban un par de sábanas, una almohada, una camiseta y un bañador de flores recordatorio de la moda de los ochenta. Aceptaría la camiseta, pero dormiría con sus calzoncillos.

Arturo no había dado todavía dos ronquidos cuando se oyó movimiento en la planta de arriba. Una puerta se abrió, volvió a cerrarse y un frufrú de faldas se dirigió escaleras abajo.

Cristina apareció en la puerta del salón con su mochila en la mano.

—Alguien me ha robado la colchoneta hinchable —protestó.

—¿Has podido descubrir quién es el ladrón?

—Son; y no entiendo cómo la tía de la cama de al lado no se ha dado cuenta de la pareja sexualmente activa que tiene a menos de medio metro.

—Caen como chinches. Mira si no cómo Arturo ha sucumbido a los placeres del licor.

Cristina entró en el salón, dejó la mochila a los pies del sofá y se sentó con Mani a disfrutar del concierto de ronquidos del pobre Arturo.

—Debería volver a la fiesta —dijo pensativa—. A lo mejor hay alguien con coche que pueda acercarme a casa. Me bastará con que me dejen en la primera parada de taxi.

Mani bostezó mientras se sentaba más a gusto.

—Son casi las cuatro de la mañana. Si quieres, podemos compartir el sofá. Con algo de imaginación y de logística podremos descansar unas horas. Cuando amanezca, podemos volver a Madrid en tren igual que vinimos.

—No sé si podremos dormir —dudó Cristina señalando al hombre ronquido.

—Al menos charlaremos a gusto. —Tenía su lógica.

—Entonces —dijo Cristina mientras recogía la mochila del suelo—, voy a ponerme el pijama.
—¿Has traído pijama? —Mani estaba realmente sorprendido por la previsión.
—Pues claro. Sabía que no dormiría sola —dijo ella sonriente.

Antes de que él supiese lo que había querido decir, la joven se levantó y desapareció por el pasillo que daba al cuarto de baño.

Mani se puso manos a la obra. Reorganizó el espacio, colocó las sábanas y la almohada sobre el sofá y se cambió de ropa. Pensó varias veces si ponerse o no aquel bañador hortera. «Ni de coña», pensó. «Prefiero que me vea con lo que siempre llevo puesto». Una vez organizado todo, se sentó a esperar y, bueno, pensando en ropas interiores le vino a la memoria que Cristina llevaba liguero.

Al cabo de un rato Cristina entró en el salón de puntillas asumiendo que Mani se habría dormido ya. Se había entretenido en cepillarse los dientes, quitarse todas las horquillas del pelo, cambiarse de ropa y colgar con cuidado el vestido detrás de la puerta.

Mani estaba sentado en el sillón más fresco que una rosa. Había extendido las sábanas y miraba pensativo a través de los ventanales que daban al jardín. La luz de los farolillos de afuera daba a su rostro un aire de lo más misterioso.

Despacio, y sin dirigirle la mirada, Cristina dejó otra vez la mochila en el suelo y se sentó lo más lejos posible de Mani en el sofá con las piernas cruzadas. Permanecieron rodeados de ronquidos durante un rato sin decir nada, ella porque estaba imbuida en sus propios pensamientos y Mani, al repasar el atuendo de noche de Cristina, porque se había quedado sin habla. El pijama era de lo más corriente para una noche de verano, pero estaba haciendo estragos en su libido. Halfapint, la mujer con la que había intercambiado alguna que otra conversación en la red hasta ese día, ahora iba a pasar la noche con él como si fuera lo más normal del mundo que casualidades así se produjeran. Volvió a mirarla y ganas le dieron de pellizcarse el brazo para asegurarse de lo que veían sus ojos era real. Llevaba una camiseta de tirantes verde con estrellas rosas y un pantalón ajustado cortísimo rosa con estrellas verdes. ¿Quién habría podido imaginar que un atuendo de algodón pudiese ser más sugerente que cualquier transparencia?

Quiso comenzar una conversación interesante, pero en ese momento solo se veía capaz de tragar, controlar la respiración y mirar el otro firmamento de fuera a través de la ventana hasta tener su cuerpo bajo control.

—¿En qué piensas? —preguntó por decir algo y no tener que estrangular a Arturo en medio de la noche.

—En que hoy, al final, todo el mundo parecía feliz —dijo ella distante como si hablase consigo misma.

Cristina levantó los pies hasta ponerlos sobre el asiento y se abrazó las piernas apoyando la barbilla en las rodillas mirando al frente. Llevaba todo el día llorando disfrazándolo de lágrimas de felicidad por su amiga y se la veía agotada. Mani la había visto llevarse el pañuelo a los ojos en varias ocasiones durante la ceremonia y también se percató de que tardó más que nadie en salir de la iglesia con una sonrisa demasiado espléndida, demasiado forzada.

—Hacen una buena pareja y, a pesar del susto, está claro que se quieren. ¿Quieres tú a alguien, Novata?

Cristina pensó mientras hacía esfuerzos por no perder los nervios. Debido a preguntas como aquella, había desarrollado ciertas habilidades para ganar tiempo y evitar decir algo que la expusiese demasiado. Cuando todas las conversaciones, sin excepción, acababan en el mismo sitio, ella cambiaba de tema o daba respuestas vagas o simplemente callaba. Otras veces pensaba

y pensaba cómo contestar rápido, pero nunca atinaba con los tiempos. Ansiosa o demasiado distante. Nadie se daba cuenta de la inquietud que llevaba siempre a cuestas o de aquellos pensamientos incómodos que, en bucle, adquirirían tal velocidad que la hacían marearse. En el sofá de casa, en la parada del autobús, en aquel mismo momento.

Dejó caer la cabeza y rezó para poder dormir aquella noche. Estaba tan cansada de todo que debía de ser posible, ¿verdad? Una noche o solo unas horas, no pedía demasiado.

Se dio cuenta de que una vez más, perdida en la vorágine de su cabeza, no había contestado a la pregunta. Miró a Mani, que esperaba paciente con esa mirada limpia suya que no oculta malas intenciones.

Suspiró y se rindió.

—Creo que sí —dijo en un susurro.

—Entonces, es un tío con suerte.

—Eso me solía decir, pero parece haber cambiado de opinión. —Soltó el aire con un suspiro y apoyó la frente sobre las rodillas para que él no viese lo vacía que se encontraba.

Mani se acercó, se sentó pegado a ella y estrechó los hombros de Cristina con un brazo.

—Entonces, es más bien un estúpido sin sangre en las venas.

Cristina se dejó recostar en él. No dijo nada ni movió un músculo y, antes de darse cuenta, se quedó dormida.

Tras un buen rato, cuando los pinchazos le recordaron que la circulación sanguínea iba camino de olvidarse por dónde pillaba su brazo derecho, Mani intentó separarse para poder dormir algo más cómodos, aunque lo último que su cuerpo pedía era dormir.

Con mucho cuidado, se separó de ella y la ayudó a estirarse sobre el sofá.

—Van a ser cinco horas muy largas —se dijo.

Como si lo oyera, Cristina hizo un ruido gutural extraño y estiró los brazos para atraerlo hacia sí.

—Tranquila, que no me voy a ninguna parte. No dejaré de abrazarte en lo que quede de noche. Shhh. A ese idiota vas a empezar a olvidarlo a partir de hoy.

Se tumbó y se pegó a su espalda haciendo todo lo humanamente posible por no apretar donde no debía; la rodeó con los brazos a la altura de la cintura, esnifó el perfume de su cuello y por fin se relajó. El día había sido demasiado intenso como para dejarse llevar y disfrutar entre tanto trajín. En aquel sofá, sin embargo, encontraba el relax que le había eludido desde que subiera con la bicicleta a aquel tren de cercanías.

—*You are strong, aren't you?* —le dijo mientras le apartaba el pelo de la cara con la otra mano. Cuando se ponía tontorrón siempre recurría al inglés. El castellano resultaba demasiado avasallador. «Eres fuerte, ¿verdad?» ni siquiera sonaba bien.

Cristina se movió dormida para colocarse mejor y cuando encontró la postura perfecta para los dos, ronroneó una incoherencia.

—*Yes, you are* —le susurró Mani al oído.

Un par de sombras llevaban un rato en el umbral de la puerta viendo desarrollarse aquella extraña escena no sabiendo muy bien si interrumpir o no. Decidieron esperar, algo atónitos, a que sus mejores amigos se dejaran caer en los brazos de Morfeo.

Capítulo 3

La casa fue despertándose en oleadas.

Antonia preparó café para un regimiento sabiendo de sobra que la resaca sería monumental y que, uno por uno, todos irían a la cocina tarde o temprano a beber litros de agua y picar de los bollos que pondría sobre la mesa. Churros, porras y bollería industrial, chorreando grasa o cubierta de chocolate. Orgasmo mañanero, lo llamó alguno.

Cristina se despertó sola en el sofá y tardó un buen rato en levantar los párpados indiferente a la gente que iba y venía cruzando el salón para ir a sentarse al jardín. Estaba tumbada boca abajo y el cerebro funcionaba a tan bajas revoluciones que la carencia de oxígeno por tener la cara pegada contra la almohada no suponía el más mínimo riesgo de asfixia. Y si consiguió abrir los ojos varios minutos después fue porque una bruja sádica decidió sentarse sobre ella y empezar a botar pasándole una taza de café delante de las narices.

—Arriba, dormilona. Son casi las doce y, si no te levantas, no vamos a poder despedirnos a gusto.

—¿Grcuangrrndo jgrsale el grfuelo? —Cristina hablaba a la perfección el resacón y Susana lo entendía igual de bien.

—Esta tarde a las siete, así que tenemos que salir a las tres de aquí.

Cristina volvió a cerrar los ojos aliviada de tener otras tres horas para volver a ser persona. Extendió el brazo y por arte de magia el café aterrizó en su mano.

Las carcajadas que se oían en la cocina terminaron de despertarla y darse cuenta de que estaba poco menos que en paños menores en medio del salón. Trató de taparse con la sábana, sin soltar el café, claro, aunque se relajó de nuevo al ver la pinta con la que todavía Arturo dormía la mona. Sus calzoncillos a rayas metidos entre los jarretes dejaban a la vista un antojo con forma de...

Cristina inclinó hacia un lado la cabeza muy despacio y enfocó la vista en aquella mancha.

—Sip, una pilila, con huevos y todo. Si te acercas, verás que está inclinada a la derecha. No es que yo lo haya hecho, por su puesto. Es lo que me han asegurado —juró Susana.

Cristina espurreó el café y ahí quedó atrapada, mirando con estupor aquella genitalia y pensando, por supuestísimo, en la madre de Arturo y lo mucho que debió de sufrir durante el embarazo, al tiempo que Susana lamía con parsimonia una palmera de chocolate.

—Novata, deberías comer algo si quieres que volvamos pedaleando. —Mani estaba detrás del sofá y comía a dos carrillos a saber qué. Solo le quedó decir «Pamplona».

—Oh, no. —Y no protestó solo ante la idea de tener que volver a la estación de tren en bici, sino porque ahora no tenía excusa para seguir apreciando jarretes ajenos. La soltería era muy dura de llevar.

—¡Que no cunda el pánico! Aquí estoy yo para solucionar el problema —gritó Raúl todo alegre sentándose al lado de Susana. Llevaba una napolitana de crema en una mano y la otra agarraba una taza de café con manchas de grasa resultantes de mojar ahí a saber cuántas porras. Raúl era un zampabollos que había decidido dejar la dieta que empezó para poder entrar en el traje de novio en el mismo momento que se puso el anillo de casado.

—¿Qué pánico? En media hora llegamos a la estación y listo —insistió Mani.

Cristina volvió a protestar con un gemido gutural muy poco favorecedor.

Mani rodeó el tresillo y se sentó en la mesa baja frente a ella.

—No te estarás echando atrás, ¿verdad? —le preguntó mirándola fijamente a los ojos.

—¿Podemos discutirlo más tarde? —suplicó Cristina—. Ahora mismo las extremidades no me responden y tengo ampollas en los pies por culpa de los malditos zapatos de tacón.

—Novata...

—He dicho —interrumpió Raúl levantando más aún la voz— que tengo la solución para el problema que nos ocupa.

Mani lo miró no muy convencido. Realmente quería volver con Cristina de vuelta a Madrid y en bicicleta, además, tardarían más tiempo en llegar. Era un plan perfecto.

—Iremos despacio —insistió—. Haré acopio de churros.

—¿¡Quiere alguien escucharme!? —El grito de Raúl despertó de golpe a Arturo, pero en cuanto vio que nadie corría peligro dejó caer la cabeza para seguir roncando.

—Susana y yo necesitamos que alguien nos lleve al aeropuerto —explicó el recién casado—. ¿Por qué no vamos los cuatro? Luego Mani puede acercarse a Cristina a su casa y cuidar del coche hasta que volvamos.

—Fantástica idea, amor —dijo Susana comiéndoselo con los ojos.

—Lo sé. —Y se lanzó a por ella.

Comenzaron a besarse como si no se hubiesen visto en años inclinándose poco a poco en la dirección de Cristina y escurriendo la sábana que la tapaba en el proceso.

—Creo que es hora de cambiarme.

Mani extendió el brazo para ayudarla a salir de aquella trampa mientras se reía para sus adentros. Había que reconocer que la idea era buena. Ahora podía pasar el día con la Novata sin necesidad de planificar nada.

El mundo volvía a girar con normalidad.

Susana y Raúl se iban de luna de miel durante una semana, aunque uno pensaría que fueran a mudarse al extranjero. Cinco maletas hasta los topes, dos bolsas grandes de mano y una maleta pequeña de cosméticos que Susana pensaba ingenua que le dejarían llevar consigo dentro de la cabina. Las bicicletas hubo que instalarlas en la baka del coche.

—Tu plan para que te lleven en coche—le dijo Mani a Raúl mientras montaba el portabicicletas en lo alto— va a costarte una fortuna en gasolina. Estos cacharros arruinan la aerodinámica del vehículo. ¿No te habría salido más barato un taxi?

—¿Y chafarme el espectáculo? —farfulló.

—¿Qué has dicho?

—Digo que mejor un chófer amigo que da por culo.

Mani lo miró extrañado y Raúl supo entonces por qué nunca consiguió escribir un poema.

—¿Por qué las mujeres tardan siempre tanto? —preguntó para salvar la situación.

—Yo me hago la misma pregunta —respondió Mani, el empanado, al tiempo que su cerebro pensaba la manera de meter a personas y bártulos en el Focus sin necesidad de alquilar una furgoneta.

Mientras ellos sudaban como pollos e intentaban empujar todos aquellos bultos dentro del coche, Cristina y Susana los miraban embobadas desde la ventana.

—¿Dónde vais? —preguntó Cristina fijándose en cómo Mani cargaba con las bicicletas, una en cada mano.

—Punta Cana —comentó Susana indiferente mientras se entretenía en seguir las curvas del trasero de su marido.

—Y para ir en bikini y pareo todo el día, ¿necesitas tanto? —Ahora Mani ataba las bicis a los raíles y tiraba con fuerza de las cuerdas para tensarlas bien y que el movimiento del coche y el aire no se las llevaran volando. Soltó un gruñido cuando vio que no quedaban perpendiculares a la superficie, luego un improperio y acabó dándole un manotazo al techo del coche.

—Nunca se sabe, mi querida *padawan*, nunca se sabe —susurró Susana ladeando la cabeza mientras Raúl metía la rodilla en el maletero para empujar con todas sus fuerzas una maleta de unos treinta kilos a punto de estallar.

—Voy a tener que fregar otra vez el suelo si seguís babeando así.

Ambas se dieron la vuelta para ver a una Antonia con las manos llenas de tarteras.

—Ha sobrado tanta comida que os toca llevaros algo. Una tartera es para que comáis antes de montar en el avión. La comida en esos cacharros es un asco. Y estas dos son para que Cristi tenga algo decente que llevarse a la boca mañana.

Bajaron las tres las escaleras y, tras despedirse con mucho drama, se montaron en el coche. Susana de copiloto y Cristina en el asiento de detrás.

—¿Y yo qué? —preguntó Mani escandalizado—. Antonia, sin tus croquetas no puedo vivir.

—Tendrás que pedirle a la niña que comparta. No tengo más tarteras.

Antonia metió la comida en el coche a los pies de Cristina y se despidió de ellos soltando alguna que otra lagrimita mientras su marido le metía prisa para dejarle despedirse a él también.

—Conduzco yo —gritó Raúl.

—¿Y lo del chófer amigo que da por culo?

Y entonces Mani vio a Cristina abrocharse el cinturón en el asiento trasero.

—Olvida lo que he dicho.

Y se metió dentro.

Unos minutos después, se adentraban en la autopista con el aire acondicionado a todo trapo para no morir desecados allí mismo. Hicieron planes para cuando la pareja de recién casados volviera de las antípodas y compartieron algún que otro secreto del que se enteraron el día anterior. Entre los chupitos, las Tizonas y la música, alguno se fue de la lengua más de la cuenta.

—Quédate con la comida, Cristina —comentó Raúl—. Seguro que no nos dejan pasar el control con ella. Además, tengo el estómago a punto de estallar. Creo que soñaré con barbacoa durante meses.

—Hazle caso, Novata —insertó Mani con rapidez.

—Tú lo que quieres son las croquetas. Admítelo —le recriminó Cristina.

Con el labio inferior, Mani se tapó el superior en una mueca más propia de un niño de siete años que de un hombre de... ¿cuántos años tendría?

Cristina no se atrevió a preguntar.

—Tengo la nevera vacía. —Y entonces hizo un mohín con ojitos de corderito.

A Cristina le costó mantenerse firme, aunque las croquetas de Antonia estaban demasiado ricas como para dejarlas escapar.

—¡Y la mía también!

—Mujer cruel...

Se despidieron rápido a la entrada de la Terminal 4 del Aeropuerto de Barajas porque con tanto equipaje llenaron dos carritos hasta los topes con maletas e interrumpían el ir y venir de otros viajeros.

A la vez que Susana abrazaba a Cristina, le susurró algo al oído:

—Mani es un buen tío, pero ten cuidado, ¿vale? —Cuando se separó tenía una ceja enarcada y una mirada de aviso que puso a Cristina los pelos de punta.

—Vale —contestó ella un poco por inercia.

Asintió con la cabeza y vio a Susana alejarse empujando un carro más grande que ella mientras Mani se acercaba por detrás.

—¿Preparada, Novata? Tenemos un montón de comida en el coche y estoy muerto de hambre.

Cristina lo siguió al coche y no prestó atención a casi nada de lo que dijo durante el camino tan confusa como estaba con lo que Susana acababa de decir. Sonaba tan contradictorio...

Salió de su sopor cuando entraron en un garaje privado del centro de Madrid.

—Creí que ibas a acercarme a mi casa primero —comentó confundida.

—¿Con el coche lleno de croquetas? Va a ser que no.

Mani salió del coche tras aparcar y ayudó después a Cristina, cogiendo de paso la bolsa llena con las delicias de Antonia.

Cuando iban camino de la salida del aparcamiento, Cristina se acordó de algo.

—¿Las bicicletas?

—Estarán seguras y la tuya tiene que quedarse ahí si quieres que te lleve luego a casa.

Tenía lógica.

—¿Vamos? —Mani ofreció el brazo como lo hiciese la noche anterior. Cristina dudó unos instantes, pero al final la curiosidad pudo con ella.

Capítulo 4

Salieron del garaje y caminaron un rato. El bochorno era infernal. El aire quemaba al respirarlo, la ropa se pegaba al cuerpo y era uno de esos días en los que el calor que venía de abajo era más intenso que el que emanaba del sol.

Hablaron lo justo. Un escaparate aquí, una buena cerveza allá, qué calor hace en Madrid en esta época del año y poco más.

Giraron una vez más y entraron en la Travesía de San Mateo. Unos metros más allá, pararon enfrente de un portal antiguo.

—Mi piso está en la primera planta, es el de las persianas de bambú —dijo Mani señalando arriba a la derecha.

Abrió el portalón y subieron. Hacía fresco dentro del portal.

—Bienvenida a mi humilde morada —dijo al abrir la puerta de su casa.

El piso no era muy grande, pero miraba al exterior. En el centro de Madrid, aquel inmueble debía de costar una fortuna. Cristina no quiso ni pensar la de ceros que tendría el precio del alquiler.

Y estaba vacío. A no ser por un par de cajas aquí y allí, o el sofá de dos plazas en medio de la sala, no había ningún otro mueble más a la vista.

—Si no te importa comer sobre un mantel en el suelo, creo que podemos disfrutar de un buen picnic.

Mani carraspeó al ver la expresión de Cristina, seguro.

—He estado reformándolo y ya se sabe que estas cosas llevan una eternidad —aclaró.

—No tienes que darme explicaciones. Me gusta. Tiene mucha luz —aseguró ella.

—Gracias, pero eso deberías haberlo dicho después de abrir las persianas.

Cristina fue a disculparse, aunque Mani no la dejó.

—Tranquila. Soy consciente de que no es nada acogedor. Siéntate y deja que esparza todos estos majares por el suelo. Tienes hambre, ¿verdad?

En realidad no tenía ni pizca.

—Por supuesto. Para las croquetas de Antonia siempre hay hueco.

—Música para mis oídos —dijo él alegre.

Una hora más tarde, a punto de explotar porque al final las croquetas cupieron, Cristina miró alrededor mientras yacía despanzurrada en el sofá. El piso estaba lleno de cajas de cartón. Algunas abiertas, pero la mayoría estaban cerradas con cinta adhesiva. Habían utilizado un rotulador gordo negro para clasificarlas. «Copas», «limpieza», «libros departamento», «impo...».

—Café solo para la señorita —cantó el anfitrión al entrar por la puerta.

—Ah, gracias.

Mani dejó una bandeja en el suelo y volvió a salir a buscar lo que le faltaba.

Cristina se incorporó para sentarse más dignamente y, en vez de pensar en el dolor de tripa, se fijó más en los detalles de aquel parco piso. Mucho mejor que el suyo, pero de un minimalismo casi extremo.

Sobre un mueble sin montar, a juzgar por las baldas unas encima de las otras, había unos cuantos libros. Leyó los títulos de pasada, aunque volvió atrás porque algo le llamó la atención.

Leyó de nuevo y a punto estuvo de levantarse, sacarlo de la pila y ojearlo.

Mani volvió de la cocina y le comentó algo sobre el color con el que iba a pintar las paredes.

Y aquel lomo de novela romántica la miraba con recochineo.

«No pienses mal, Cristina, no pienses mal».

—¿Te gusta leer? —preguntó ella más tarde con la vista fija en aquel título que tan bien conocía. Recién sacado al mercado. Como mucho hacía un mes. Era el tercero de una saga de unos hermanos buenorros que, claro, sufrían mucho, pero acababan ganándose a la chica. Y parecía que lo habían leído, porque el lomo tenía estrías, de las que salen al abrir demasiado el libro y el cartón se dobla siempre por el mismo sitio.

—Sí, mucho. Aunque me falta siempre tiempo para sentarme y disfrutar —aseguró él—. Solo Ciencia, eso sí. Soy un poco raro, la verdad, aunque las novelas del género fantástico o gráficas también me gustan.

—¿Y la novela romántica?

—Leeré una novela rosa cuando las ranas críen pelo. Hay gustos para todo, no me interpretes mal, pero yo no me inclino a leer sobre amoríos. Nunca pasa nada y ya se sabe cómo acaban. No tienen ningún interés para mí.

Cristina tuvo que sonreír.

—Irónico viniendo de alguien que vive a dos patadas del museo romántico.

—Entiendo que el adjetivo «romántico» en la novela no se refiere a lo mismo que el del museo, ¿cierto?

Parecía saber del tema y ella quiso saber hasta dónde, porque ese tipo de distinciones solo se comentan entre gente con interés en esas cosas y él había dejado claro que no tenía ninguno.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé muy bien —admitió él—. Una amiga mía me dio una explicación larguísima al respecto. Al final del monólogo solo me quedé con que eran cosas distintas y mejor no meterme con sus gustos literarios. Aprendí la lección.

—¿No has leído nunca ese tipo de literatura?

—¿Cuál, la antigua o la moderna?

—La moderna. La de los protagonistas luchando por su amor, la que tiene siempre finales felices.

Se echó a reír y movió la cabeza de lado a lado.

—No. Mi amiga ha intentado muchas veces que leyera una de esas novelas.

«Ahí», pensó aliviada Cristina. «Esa es la novela de la pila».

—Pero no la he dejado ni que me la diese. No estoy interesado.

Y Cristina suspiró. Estaba exagerando y lo sabía. Mani no tenía por qué darle ninguna explicación. Es más, intentar sonsacarle cuando una pregunta honesta podía aclararlo todo era algo mezquino. Pero ella no se atrevió, más que nada porque le daba miedo la respuesta.

Sí, la vida de soltera era complicada.

Ahí estaba un hombre encantador, muy atractivo y con neuronas en el cerebro intentando ligar con ella, y se veía incapaz de dar el paso. De disfrutar el momento. Cerrar los ojos y dejarse llevar. ¿Qué podía salir mal? Era difícil que volvieran a verse y, si lo hacían, era harto improbable que coincidieran más de dos veces al año. Mani era compañero de trabajo de Raúl, y Cristina una amiga de Susana, nada más. Hasta el día anterior ni siquiera sabían de la existencia del otro. Un rato de diversión y después tan contentos. Era la primera persona con la que congeniaba desde hacía una eternidad. Y, bueno, la atracción física era innegable.

Mani vio cómo la Novata se iba acalorando. Respiraba por la boca de forma acelerada y mostraba un rubor en las mejillas que nada tenía que ver con el calor. Estaba medio tumbada en el sofá, pero mantenía la espalda erguida haciendo que la blusa se estirase a la altura del pecho dejando entrever un sujetador con bordes de filigrana justo debajo del top.

¿Qué podía salir mal?

Se inclinó muy despacio, sin tocar nada. Ella diría sí o no, de palabra o acción.

Sus labios se abrieron despacio y entonces Mani imaginó las cosas que Cristina podría hacer con ellos, pero lo primero era lo primero.

Fue un beso a cámara lenta, a conciencia. Sus dedos acariciaron sus mejillas y ella le agarró con fuerza las muñecas, anclándole a la realidad. Le fue imposible mantener la calma con aquella sobredosis de perfume a Novata, mucho más dulce y potente de lo que había imaginado desde que le subiera la cremallera del vestido.

No tuvo más que resbalar una de las manos por aquellas succulentas curvas, para recibir jadeos gatunos a cambio. Cuando sus dedos exploraron por debajo de su falda, ella subió la rodilla y se sentó sobre él.

El roce era exquisito. Un lento ondular de caderas con pinchazos de placer en cada ida y venida, y esa boca, presta e inquisitiva, llena de vigor.

Era una sensación nueva. Querer perder el control y darlo todo, sin reservas. ¿Quién era esa mujer y dónde había estado toda su vida?

Ya preguntaría luego. En ese momento no tenía células en reserva para dedicarlas a conversar. Todo su ser estaba enfocado a una sola causa: perderse en ella.

Cristina rio y lo apresó con esos mullidos muslos cuando se levantó de golpe y la llevó en brazos al dormitorio. No tenía cama, así que, con ella pegada a él, se arrodilló sobre el colchón.

Cristina ni se enteró de que rebotó sobre una superficie elástica de tan imbuida como estaba en la euforia de tener aquel miembro turgente rozando donde debía. Movía incluso las caderas sin que ella hiciese ningún esfuerzo consciente. No se habían quitado la ropa y ya le costaba respirar.

Pero... algo no cuadraba. Pisaba terreno marcado, lo sentía, lo veía.

Mani, entre sus piernas, le desabrochaba la blusa con delicadeza y, mientras tanto, le besaba la garganta pasando los dientes justo después. La sensación era deliciosa y se extendía por el resto del cuerpo en forma de ondas eléctricas. Estaba a un suspiro de salir de su propio cuerpo. Con cada roce, más lejos llegaba la ola, tanto que se vio necesitada de que alguien la tocara entera para aplacar los temblores.

Sintió sus labios tintinear con el recuerdo de aquel beso infinito y, de seguir rozándose, iba a llegar al límite en menos tiempo que en deletrear su nombre.

—Novata —le susurró él al oído.

Cristina respondió levantando las caderas, si bien se regañó por ir demasiado rápido.

¡Y qué calor hacía!

A trompicones consiguió deshacerse de la camisa, y el top lo siguió unos segundos después. Acto seguido se lanzó a por las ropas de su amante, aunque solo llegó a bajarle la bragueta porque justo en ese momento Mani encontró la zona del cuello que le hacía ver doble y no solo tocó, sino que chupó hasta que Cristina quedó fuera de juego.

Mani tuvo entonces espacio de sobra para explorar y así lo hizo. La agarró del trasero sin contemplaciones y la acercó a él para que se diera cuenta de lo bravo que le estaba poniendo, solo con respirar.

Con una mano le acarició los pechos mientras que con la otra hurgaba con lo que sus braguitas escondían hasta encontrar lo que buscaba.

El placer que Cristina sintió le hizo marearse por un instante y perder el hilo de sus pensamientos.

Mani no cejó en su empeño de tocarla, dentro y fuera, sabiendo exactamente en qué lugares entretenerse. Le besó los pechos, le chupó los pezones a través del sujetador y le ronroneó halagos picantes a la vez que untaba sus jugos con los dedos en su botón de la felicidad.

Cristina comenzó a flotar.

La besó en la boca con urgencia mientras se frotaba al ritmo que marcaban esos dedos juguetones. Tan abrumadora era la sensación que abría y cerraba las piernas sin ningún ritmo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y lo agarró de los pelos acercándolo hasta que sus bocas se rozaron.

—Mani...

—Ay, Novata. Qué gusto da oírte ronronear.

Y se aplicó a fondo para que ella ronroneara, gimiese y gritase de placer en menos de cinco minutos. El orgasmo más rápido de su vida.

Cristina necesitó un momento para volver en sí. Mantenía los ojos cerrados y su pecho subía y bajaba por culpa de la respiración entrecortada. Cuando pudo por fin mirarlo, Mani apoyó con veneración la palma de la mano en el valle de sus senos y respiró con ella.

Ambos sonrieron. Ella de puro gusto y él de pura satisfacción. Y no era para menos.

—Tengo helado en el congelador —susurró él tras unos segundos—. Necesitaremos el azúcar antes de la segunda ronda. No te muevas, ahora mismo vuelvo.

Le mordisqueó en un hombro y salió acto seguido de la habitación sin parar a subirse bien los pantalones. Cristina lo siguió con la vista y dio un suspiro. Mani era el hombre más atractivo y atento que había visto en mucho tiempo. Giró la cabeza, necesitaba recuperar la respiración y estirar el tiempo lo más posible. Necesitaba vivir a tope el momento. Respiró hondo y enfocó en la habitación vacía, la bombilla solitaria del techo, la caja pequeña de cartón que hacía de mesilla, el libro que reposaba encima con un hombre con el torso desnudo y unos vaqueros con el botón abierto.

Frunció el ceño y le volvió esa incómoda sensación de hacía un rato.

Era otro libro que conocía. Se puso tensa y, en un eco lejano, creyó oír de nuevo las palabras de aviso de Susana.

Ya no se trataba de una casualidad. Alguien con gusto por la literatura romántica había leído esas novelas sobre aquel colchón, había dormido allí, justo donde ella se encontraba.

Cerró los ojos e intentó dejar a un lado aquellos pensamientos insidiosos. Solo quería un momento de intimidad, roce con alguien que le gustaba, unos minutos de sensaciones placenteras y no de problemas. Pero ese maldito libro le gritaba «¡Buuuuuu! ¡Fuera de aquí! ¡Buuuuuu!» cada vez que abría los ojos.

—Novata.

Mani había dejado un par de copas llenas de helado sobre el suelo. A gatas, sobre ella, la miraba preocupado.

—¿Va todo bien?

Cristina no supo qué decir, porque no, nada iba bien. Absolutamente nada.

«Mani es un buen tío, pero ten cuidado, ¿vale?».

Los ojos se le llenaron de lágrimas sin razón aparente. Al igual que lo hacían de forma

aleatoria desde hacía ya meses. En las ocasiones menos apropiadas, como aquella.

—Eh, eh. No te preocupes —le dijo galante a la vez que secaba una lágrima solitaria con el pulgar—. Se supone que nos tenemos que divertir. Si no es así, hacemos otra cosa o simplemente nos sentamos a ver pasar la tarde.

Cómo quería ella hacer todas esas cosas, ¡y el sexo desmedido también, maldita sea! Pero su cabeza solo le repetía «buuuu, ¡buuuu!». Cada vez más alto, cada vez más rápido.

Sintió la ansiedad agarrársele a la garganta y la necesidad de salir de ahí pitando lo antes posible.

—No. No puedo, Mani. No puedo —repitió apartando la vista.

Se separó de él. No con violencia, pero sí con firmeza. No quería que la viese venirse abajo. Nadie iba a verla en semejante estado. Cristina tocaba fondo en la intimidad o, si no, no lo tocaba. Punto.

—Tengo que irme. Tengo que irme —susurró deprisa.

Se vistió a toda velocidad y ni miró atrás cuando abrió la puerta del piso.

—Espera un momento. No hace falta que te vayas así. No estás...

Mani había conseguido agarrarla de la muñeca antes de llegar a las escaleras.

—Ha sido un placer conocerte, Mani —dijo de repente, cortante y con la vista fija en la pared que él tenía a la espalda.

Mani la miró sorprendido.

—¿Perdona?

—Acabo de acordarme de que hoy me espera mi madre para ir a comprar unas cosas y se está haciendo tarde.

Una mentira para salir del apuro. Una patraña que él no se creyó, claro está. Se recuperó pronto, sin embargo, y comenzó a abrocharse la camisa a toda prisa.

—Eh, vale. Te acerco en el coche —dijo mientras se subía la cremallera.

¿Por qué? ¿Por qué estaba estropeándolo precisamente con él? Pero ya era demasiado tarde, así que Cristina remató la faena.

—No, no hace falta. De hecho vamos a dar una vuelta por la Gran Vía, así que me pilla aquí cerca. El paseo me vendrá bien para bajar la barbacoa de ayer, los bollos de esta mañana y las croquetas. ¡Qué digo, debería ir corriendo!

Y le salió una risa chillona. Risita nerviosa y falsa *made in* Cristina.

Se dio la vuelta y salió corriendo de allí.

Ya en la calle oyó una voz que la llamaba desde arriba, aunque siguió su camino sin mirar atrás.

—¡Dejaré la bicicleta en casa de Antonia!

Eso fue lo último que escuchó de él justo antes de doblar la esquina.

Capítulo 5

Ocho meses más tarde

—Cristi, Cristi, Cristi...

Con los ojos medio cerrados, Cristina palpó la mesilla de noche hasta encontrar el despertador. Miró la hora y casi le da un pasmo al ver que todavía no eran las cinco de la mañana. Dejó caer la cabeza sobre la almohada con el teléfono en el manos libres justo a la altura de la oreja.

—¿Qué es lo que quieres, Susana? —gruñó.

—¿Por qué piensas que quiero algo?

La voz de su amiga resonaba en las paredes de la habitación y el silencio de la noche la hacía más gritona que de costumbre.

—Solo usas «Cristi» cuando necesitas un favor y este debe de ser muy grande si me has llamado así tres veces y todavía no ha amanecido.

—¿No te enseñaron a madrugar en Irlanda?

—Susana, o me dices qué quieres o cuelgo y me vuelvo a dormir.

—Está bien. —Se oyó un suspiro al otro lado de la línea—. ¿Tienes libre esta semana?

Era una pregunta retórica, en realidad. Las dos sabían que Cristina tenía tiempo de sobra. Aunque era de agradecer que quisiera asegurarse.

—Depende de para qué.

—Para coger un avión y echar una mano en una granja situada en medio de la nada inglesa durante varios días —soltó Susana de carrerilla.

—¿Por qué no nos vemos hoy y me lo cuentas todo con más tranquilidad? —Al menos tendría tiempo de prepararse para lo que fuera que se la venía encima, además de volver al sueño reparador que su cruel amiga acababa de cercenar.

—Es que...

Aquella vacilación terminó de despertarla.

—Te explico —añadió Susana antes de que pudiera meter baza—. Es que salimos esta misma noche. De hecho, estoy preparando la maleta porque yo me enteré ayer y están tan desesperados que se me ha ocurrido llamarte para rellenar el cupo.

Cristina se desperezó, saltó de la cama y fue a prepararse un café. El día se presentaba largo.

—Explícamelo todo más despacio, Susana. Nada de lo que dices tiene sentido.

—En realidad en un buen plan, si no fuese por las prisas.

—Al grano y déjame a mí decidir si es un buen plan o no.

—¡Qué susceptible! Pero lo entiendo por lo temprano que es.

—Susana, por favor —gimoteó Cristina desesperada. Eran las menos mil de la mañana, estaba muerta de sueño, no tenía café y su amiga no hilaba dos frases coherentes seguidas.

Se sentó en la silla de la cocina y ni se molestó en encender la luz. El alumbrado de la calle iluminaba la habitación llenándola de sombras naranjas y verdes.

—Un par de veces al año —explicó con pausa por fin Susana—, Raúl participa como monitor en proyectos que organiza la Universidad Complutense. Son prácticas sin remunerar para los estudiantes y él, de paso, se lo toma como unas pequeñas vacaciones. Las vacaciones de Semana

Santa empiezan este viernes, por lo que solo pierden un par de días de clase. Esta vez toca ir a una granja y jugar con los animalitos.

—¿Y qué tiene eso que ver con un químico? —Cristina seguía medio dormida y le costaba conectar unas ideas con las otras. Raúl no trabajaba en la universidad, que ella supiera, se dedicaba a hacer pastillas.

—Es muy largo de explicar y no creo que te interese a estas horas de la mañana. Yendo al grano. El caso es que media facultad está echando las tripas y con diarrea porque a un norovirus, o como se llame, le ha dado por acampar en la cafetería y, como consecuencia directa, todo el mundo ha cancelado las prácticas en el último momento.

—Entonces, no hay prácticas. —Simple.

Fin de la historia. Hora de volver a la cama.

—Ya, eso sería lo más lógico si no fuese porque las granjas no cierran y el ganado no deja de comer porque haya un norovirus a dos mil kilómetros de distancia. Todo está preparado desde hace semanas y parece que aquella gente contaba con la ayuda. Por eso mi esposo anda desesperado buscando a quién llevar, por lo menos para no hacer que no todos los trabajadores del sitio cancelen sus vacaciones. Raúl estuvo ayer en la universidad y no encontró a nadie sano o sin síntomas. Por ahora solo somos tres, contigo cuatro. Con algo de suerte, podríamos encontrar a uno o dos más, en el mejor de los casos.

—No sé, Susana. Esto me pilla muy de sorpresa.

—No te voy a mentir. Vamos a trabajar como mulas porque tenemos que suplir a diez personas. No creo que sea como ir de acampada, pero puede ser divertido. ¿Te animas?

—¿Desde cuándo hasta cuándo?

—Una semana justa. De miércoles a miércoles.

Cristina pensó por un momento en lo escuchimizado de su cuenta bancaria. Tras pagar el alquiler se había quedado casi a cero y los de la agencia estaban tardando en pagar los últimos cinco artículos. Era imposible para ella hacer semejante gasto.

—Me encantaría ir, pero no sé si me puedo permitir el billete de avión. —Susana conocía la verdadera situación en la que Cristina se encontraba. De hecho, era la única persona a la que le había contado todo sin escatimar detalles. Ni siquiera sus padres conocían toda la verdad.

—Por eso no te preocupes —estalló Susana tras un grito de alegría—. Raúl estará encantado de pagar el billete y allí no tendremos gastos; es lo menos que podemos hacer por meterte en este lío. La comida y el alojamiento corren a cargo de la granja. Por favor, por favor, por favor...

—¿Seguro?

—Segurísimo. Es una especie de intercambio. La granja tiene esclavos frescos durante una semana y, a cambio, les da alojamiento y manutención. Por su parte, los esclavos aprenden algo y se ganan unos créditos.

Estuvieron al teléfono un rato concretando pormenores, pero pronto tuvieron que cortar la conversación. Susana tenía que encontrar a más gente a la que pasar por vacaciones siete días de trabajo y no tenía más que unas horas.

Cristina estaba acostumbrada a ese tipo de salidas de su amiga. No era la primera vez que la metía en algún embolado sabiendo a ciencia cierta que era incapaz de decir que no.

Así que iría al norte y, de paso, haría un sólido intento de enfrentarse a sus fantasmas.

Con un suspiro abrió el armario, se sentó en la cama y pensó cómo demonios podía meter toda la ropa que necesitaba en una maleta pequeña. Y los fantasmas lucharon por salir, porque debía ponerse esa ropa, la misma que le traía los recuerdos más amargos.

Cuando salió de su casa era tan temprano que todavía no había metro, por lo que Cristina tuvo que llamar a un taxi que la llevase al Aeropuerto de Barajas. Cuando Susana dijo que salían esa noche, no especificó que el vuelo partía a las tres y media de la mañana. Harían escala en París y alguien los recogería a la llegada en el aeropuerto de Manchester. La Terminal 1 estaba casi desierta de no ser por un par de señores de la limpieza, una azafata bostezando y una familia intentando dormir lo más cómodamente posible sobre una montaña de maletas.

Al cabo de un rato, encontró a Raúl hablando animadamente con otra chica. En cuanto estuvo lo suficientemente cerca, el pobre corrió a darle un abrazo de esos que se quedan marcados porque no dejan pasar la circulación sanguínea. Cristina bajó los brazos y esperó a que su amigo ventilara parte del estrés usándola como muñeco de peluche por un momento.

—Ya estás aquí —dijo aliviado.

—¿Dónde está Susana? —Eso se lo dijo al cuello de la camisa de su amigo porque él no terminaba de soltarla.

—En el baño. Solo falta que aparezca Ángel y ya podemos facturar.

—Ejem. —La chica con la que Raúl había estado hablando hizo un movimiento a su espalda.

—Perdona —dijo Cristina—. No quería interrumpir.

Raúl la soltó por fin y se giró para abrir el ángulo y poder hablar los tres.

—No pasa nada —dijo la desconocida sonriente señalando a su espalda a una Susana más muerta que viva a juzgar por las ojeras—. Solo sopesaba si separaros antes de que su mujer apareciera, pero por lo visto no tengo nada de lo que preocuparme.

—Eres una buena amiga. Yo habría pensado lo mismo. ¡Y tú! —regañó Susana cantarina ya a su altura dándole un manotazo en el brazo—. Deja de abrazar a mujeres que no son la tuya.

—Ella te abraza siempre —se defendió el aludido.

—No es lo mismo.

—Lo es.

—No lo es —sentenciaron Cristina y la desconocida a la vez.

Como unidas por una especie de vínculo inquebrantable, las dos mujeres afirmaron con la cabeza y cruzaron los brazos preparándose para la pelea dialéctica.

—Me rindo —rio Raúl—. Es demasiado temprano para discutir y obviamente estoy en inferioridad de condiciones.

Susana entonces le pegó a Cristina un abrazo tan fuerte como el de Raúl y le incrustó los dedos en las costillas de pura alegría.

—¿Ves? —señaló él incrédulo.

La desconocida pretendió darle una colleja y volvió a repetir:

—No-es-lo-mis-mo.

—Veo que mi esposo ha hecho las presentaciones —dijo Susana tras soltarla y dejarla respirar.

—Pues mira por dónde, no —aclaró Cristina.

—Típico —dijo Susana poniendo los ojos en blanco—. Cristina, Estrella, Estrella, Cristina. No es tan difícil. —Y le lanzó a su marido una mirada que denotaba lo que opinaba de su coeficiente intelectual.

Cristina y Estrella se dieron los dos besos de rigor mientras Raúl las dirigía hacia la cola para facturar refunfuñando por el retraso del compañero que no había aparecido aún.

—Estoy tan nerviosa... —dijo Estrella quitándose el pelo de la frente con un soplido.

—A mí me lleva más la curiosidad que otra cosa. Será que yo no necesito las prácticas —admitió Cristina.

—Yo tampoco. Raúl no ha encontrado al final a casi nadie.

—Somos seis en vez de diez —comentó Susana—, pero podemos darnos con un canto en los dientes. Ese maldito norovirus ha hecho estragos.

Cristina estaba demasiado agotada como para discutir sobre números así que la dejó continuar.

—Seguro que yo soy la que menos os esperabais que fuera a tener tiempo o ganas —aseguró Estrella—, aunque no os iba a dejar colgados.

«Igual que yo», pensó Cristina.

—Pero quien algo quiere...

Y no terminó la frase. Misteriosa, la chica.

—¡Ah! Ahí está Ángel —dijo Raúl aliviado.

A lo lejos se acercaba un chico con barba, gafas de sol y unos auriculares enormes colgando del cuello. Un hípster de libro, vaya. Iba despacio, recreándose en las agradables vistas que ofrecía el interior del aeropuerto. En verdad el suelo estaba bien pulido y las persianas cerradas de las oficinas, tiendas y puestos de información estaban, pues eso, cerradas.

—Vaya, vaya. El día mejora a cada paso.

—Eres incorregible, Estrella —murmuró Susana.

—¿De dónde lo habéis sacado? —preguntó esta dándole un buen repaso al recién llegado.

—Ahí tenéis al único alumno de todo el campus que no tiene el norovirus —anunció Susana—. Ángel debe de tener una constitución de hierro y eso nos viene de perlas.

—Esclavistas —acusó Cristina.

—Desesperados más bien —reconoció Raúl—. Es inmune porque pasó el virus hace varias semanas. ¡Ángel, estamos aquí!

El tal Ángel se percató de su existencia.

—Ah, hola. ¿Raúl, verdad?

Se saludaron inclinando la cabeza y entonces se presentaron los demás. Estrella se acercó mucho cuando le dio dos besos, cosa que Cristina encontró admirable, es más, decidió allí mismo parecerse más a ella. No solo estaba soltera, sino que hacía lo posible por no dejar de estarlo. En ese momento se vio en el escalafón más bajo de la cadena amorosa y eso no podía consentirse. El mundo a su alrededor giraba y se divertía mientras que ella se encerraba en sí misma cada vez más.

Aquella semana se le presentaba en bandeja para salir de la rutina, dejar el día a día y hacer algo distinto, para variar.

—Siento llegar tarde —se disculpó el tal Ángel—. Vengo directamente de la fiesta de un colega y ya sabéis cómo son estas cosas.

«No», pensó Cristina, «y eso es lo más triste».

—Tranquilo, tenemos tiempo de sobra —aseguró Raúl. Estaba nervioso y se secaba el sudor de las manos sobre los pantalones. Organizar aquel viaje no tenía que haber sido fácil.

Facturaron sin problemas y no tuvieron que recorrer toda la santa terminal para llegar a su puerta de embarque. A esas horas, se agradecían aquellos pequeños milagros.

—Susana, pst —siseó Estrella mientras agarraba a Cristina del brazo y las llevaba a un aparte—. ¿Qué asientos tenéis?

Cristina y Susana le enseñaron sus tarjetas de embarque.

—Cristina, tú tienes el asiento del medio. Te lo cambio por el de ventanilla.

—¿Prefieres sentarte en medio de verdad? —No es que fuese a ver mucho de noche, pero todo era mejor que sentarse en el centro de un bocado.

—Sí.

—Vale, si a ti te da igual...

Subieron al avión y al ir a sentarse Cristina supo el porqué del cambio de asientos. Ángel tenía el asiento de pasillo.

Ya acoplados, Estrella se preparó para el ataque. Fue a abrir la boca y...

—Avisadme cuando pase el carrito. Necesito una cabezadita —soltó Ángel mientras se ponía cómodo para dormir.

—Claro. No hay problema. Eh, ¿Cristina?

—Dime.

—Si quieres sentarte aquí...

—Tarde.

Y así fue más o menos durante todo el viaje. Raúl y Susana juntos, lógico, Estrella algo decepcionada, Ángel durmiendo sobre cualquier superficie de más de diez centímetros cuadrados y Cristina algo menos deprimida por su inexistente vida amorosa. Cada uno se las apaña como puede.

—Nunca he estado en Manchester —admitió Ángel cuando por fin aterrizaron. La escala había sido tan corta que tuvieron que correr para coger el segundo avión, así que el viaje había sido bastante rápido.

—Y el aeropuerto será lo único que veas —aseguró Susana—. Antes de que alguien aparezca necesito ir al cuarto de baño, ¿quién se apunta?

—Voy contigo, no tenía que haber comido el bocadillo del vuelo. Siempre me sientan mal —gruñó Raúl atusándose el estómago.

Les dio tiempo de sobra de ir por turnos al baño, recoger y organizar el equipaje y mandar todos los mensajes de voz y selfis necesarios para decir que habían llegado bien, sanos y salvos. De hecho, esperaron en la zona de llegadas del aeropuerto algo más de media hora cuando empezaron a preocuparse; todavía estaban a ciento veinte kilómetros de su destino y nadie había aparecido para recogerlos.

Tras unas llamadas telefónicas quedó claro que, si querían llegar, debían alquilar un coche.

—Tenemos que coger un autobús para conseguir un vehículo —dijo Raúl mirando la pantalla de su móvil—. Las empresas de alquiler están separadas de la terminal. Al menos es gratis.

No tardaron mucho en darse de bruce con la más típica de las tarjetas de bienvenida británicas: la lluvia. El piloto del avión había comentado que se trataba de una «ducha rápida», pero el olfato de Cristina le decía que aquello iba para largo. Si algo había aprendido en Irlanda era que una vez empezaba a llover por aquellos lares, no paraba.

El día era oscuro y la humedad podía sentirse en los pulmones con cada respiración. El frío se metía en los huesos en pocos minutos y el viento gélido no daba tregua. Estaban a doce grados, pero se sentían como si fuesen dos. Al entrar en el autobús y al sentir de golpe el cambio de temperatura, comenzaron los escalofríos. Estaban a mediados de abril, después de todo, y eso en el norte de Inglaterra significaba frío invernal.

Tardaron un buen rato en llegar al mostrador correspondiente. Al menos podían elegir entre casi todos los coches existentes en el mercado. Raúl optó por un 4×4, ya que necesitaban el

espacio y el vehículo tenía que sobrevivir una semana de trabajo de granja.

Como Cristina sabía que no iba a poder pagar su parte del alquiler, se ofreció a conducir. Raúl se negó en rotundo a cuenta de a saber qué cosas relativas a la tarjeta de crédito de la empresa y el carnet de conducir del portador de dicha tarjeta. Al menos por fin se enteró de que aquello lo organizaba la farmacéutica para la que trabajaba en colaboración con la Universidad Complutense de Madrid y no al revés. Además de las prácticas, la empresa introducía sus productos a los futuros veterinarios y además hacía test de los medicamentos que producían en las granjas a las que iban. Según entendió ella, tenía que ver con los protocolos para introducir nuevos fármacos en el país.

Una vez la voz apretada y pija del navegador de a bordo comenzó a parlotear, se pusieron en marcha.

Pronto se incorporaron a la monotonía de la autopista M6 y tras un rato todo el mundo se quedó dormido menos el conductor y Cristina, que tenía un nudo en la garganta y no sabía muy bien cómo controlar los nervios.

Era demasiado pronto; no estaba preparada. Prometió no acercarse a esta parte del mundo en lo que quedase de vida. Todo aquello le recordaba demasiado a lo que había dejado atrás en Irlanda. El verdor, el idioma, el olor a nubarrones, el sonido del agua que caía del cielo y lo encharcaba todo... Por eso cerró los ojos y, quizá porque no había dormido en las últimas veinticuatro horas decentemente, se quedó frita con la frente sobre el cristal de la ventana.

Después de una hora y media de silencio solo interrumpido por el navegador y algún que otro comentario, Raúl los despertó con un anuncio importante.

—Estamos en Kendal, a las puertas del Parque Nacional del Distrito de los Lagos. Uno de los lugares más bonitos que veréis en vuestra vida.

Y no mintió.

La mayoría de las casas eran de dos o tres plantas como mucho y tenían las fachadas de granito visto o estaban pintadas de blanco. Los tejados eran en su mayoría de pizarra, de donde salían mil y una chimeneas. Si no hubiese sido por la lluvia, habrían pensado que se encontraban en el interior de una postal.

—No podremos cruzar la ciudad porque el centro es peatonal, pero creo que podéis haceros una idea. Intentaré callejear para que veáis varios sitios interesantes. ¿Os importa si bajo la calefacción? Hace un calor insoportable.

Susana y Raúl se habían quitado el jersey mientras que los demás se sentaban acurrucados unos a otros con la bufanda puesta.

—Al final tendré que ponerme guantes hasta dentro del coche —murmuró Ángel.

Cristina se frotó las manos, las plantó entre las piernas y siguió mirando por la ventana para no perder detalle. Estrella volvió a dormirse con la cabeza apoyada en su hombro.

Las calles estaban repletas de tiendas pequeñas y, a pesar del horrible clima, de gente también. Salieron de la ciudad al poco rato y fue mirar una casa un segundo y un segundo después se dieron de bruces, como si de un cuento se tratara, con la campiña inglesa. Verdes prados, muros de piedra y árboles con las copas casi llenas de hojas ya. El cielo cubierto de nubes grises le daba al verdor de los campos otro tono que a veces desaparecía tras los bancos de niebla.

Y era un paisaje idílico y sereno. Inmune al tiempo. Tan verde como en Irlanda, pero no tan salvaje. En el fondo parecía ser un inmenso jardín. Las colinas estaban limpias de árboles, pero parecían cubiertas por un manto de diferentes matices de verde y marrón cobrizo de plantas secas

y petrificadas de estaciones anteriores, ya que los nuevos helechos todavía no lo habían invadido todo. La primavera necesitaría algo más de tiempo para hacerse ver.

Pequeñas casas aparecían con cuentagotas a un lado y otro de la carretera y, de vez en cuando, pasaban por alguna zona más poblada.

A lo largo de la carretera y alrededor de los pueblos la vegetación era exuberante, pero a lo lejos en lo alto las colinas se veían desnudas.

Por el camino, Raúl iba haciendo de guía turístico improvisado. Pasaron por Windermere, Ambleside y cinco minutos más tarde entraron en Rydal.

—Por aquí a la derecha está la casa de Wordsworth, la grande, Rydal Mount. La otra, Dove Cottage, está en el siguiente pueblo, Grasmere. Por cierto, no podemos irnos sin comprar pan de jengibre.

A Cristina se le pusieron todos los pelos de punta de la emoción y casi le pega un codazo a Estrella en el cuello. Con las prisas no se había preguntado exactamente dónde iban a ir. Solo por estar allí, había merecido la pena el viaje. Viendo su reacción, Raúl arriesgó a parar justo en el camino que subía hacia lo alto de la famosa colina donde estaba la casa del famoso poeta.

—¡Mirad! Este año han debido de tener un invierno suave. Los narcisos están a punto de florecer. Lo mismo podemos ver Dora's Field en todo su esplendor.

Y Cristina ya no pudo más y con un «Perdona, Estrella, pero tengo que bajar y verlo», pasó por encima de sus compañeros, abrió la puerta del coche y corrió unos metros para ver aquella maravilla.

—¡No tenemos tiempo para hacer turismo! —gritó Raúl desde el coche—. ¡Cristina, ese solo es el jardín de la iglesia, para ver los narcisos de Dora hay que subir más!

Ella no quiso parar y siguió la pequeña carretera unos metros. Aquí y allí se veía alguna flor, aunque faltaba algo para que toda la colina floreciese. ¡Dora's Field! El mar de narcisos que William Wordsworth y su mujer plantaron en recuerdo de su hija fallecida. Solo de pensarlo se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Cristina! Ya tendrás tiempo de venir durante la semana. —Susana tenía medio cuerpo fuera con las manos haciendo de embudo sobre la boca.

Del pequeño B&B que había en el cruce, salió un hombre alto y muy delgado. Llevaba un mono de trabajo azul y, con las manos en los bolsillos, observaba divertido cómo Cristina respiraba a pleno pulmón, como si en el aire hubiese algo especial.

—Sus amigos están interrumpiendo el tráfico —dijo aquel hombre.

Cristina volvió a regañadientes sobre sus pasos. No quería subir al todoterreno, quería trepar aquella montaña. A gatas si hiciese falta.

—Vuelva en unos días, señorita. Les diré a los de la fundación que tengan algo de té preparado para entonces.

El hombre del mono hablaba con un acento cerrado, poniendo muchas úes en las palabras, casi sin mover los labios.

Ella sonrió ante ese humor soterrado, esa forma de hacer reír sin inmutarse, sin decir nada gracioso, en realidad. Le recordó a aquellos granjeros de Irlanda, tan estoicos, con tanto saber y poca palabra. Le resultaba familiar, cercano incluso.

Había vuelto al norte y por mucho que le doliera, se sentía retornar.

Oyó un bocinazo y antes de girarse le dijo al desconocido sin pensar:

—Con pastitas. Más vale que el té esté caliente cuando vuelva.

Y aquel hombre alargado y serio no pudo menos que regalarle una sonrisa siguiéndola con la

mirada hasta que alcanzó el coche.

—¡Ya voy, pesados! —gritó para que no siguiesen dando la tabarra—. En vez de estar ahí sentados podríais salir un momento y disfrutar de la oportunidad. ¡Estamos en terreno santo!

Volvieron a ponerse cómodos y esperaron impacientes a que ella se abrochara el cinturón.

—Pero ¿de qué habla? —preguntó Ángel a su lado.

—Romanticismo —contestó Raúl a la vez que aceleraba—. Estamos en la cuna del Romanticismo inglés. ¡Ah! Esta casa —dijo señalando a la derecha—, Nab Cottage, perteneció a Thomas de Quincey y más tarde la alquiló Hartley Coleridge. ¡Y no pienso parar!

—Cómo te odio ahora mismo —gruñó Cristina.

—Escribe un poema —contestó él—. Yo te ayudo: *Dear Babe, that sleepest cradled by my side*^[1]...

Susana suspiró.

—Si es que mi marido es todo un romántico —susurró entrecerrando los párpados.

—Es un sádico con buena memoria, eso es lo que es —aseguró Cristina, y Estrella afirmó con la cabeza.

—*Whose gentle breathings, heard in this deep calm...*

—No entiendo nada —zanjó Ángel—. ¿No veníamos a hacer de pastores?

Estrella abrió mucho los ojos y Cristina pensó que Ángel se pasaba más tiempo de fiesta que estudiando.

Unos desvíos después de pasar Grasmere, pararon delante de la valla que los separaba de su destino: Creek & Valley Farm.

—Hemos llegado —dijo con satisfacción Raúl.

Susana se bajó del coche y abrió con cuidado el largo portón de cinco baldas de madera horizontal y una en diagonal. Cruzaron uno de esos pasos construido a base de tubos metálicos atravesando el camino y, doscientos metros después, pararon enfrente de una casa típica blanca con la puerta de madera pintada de un rojo escarlata.

—Menos mal —dijo Ángel—. Empezaba a marearme. No esperaba que el camino fuese a estar tan lleno de curvas.

—¿Es así como llaman hoy en día a la resaca? —comentó Estrella dándole un empujón con el hombro.

Aparcaron el coche justo detrás de un viejo Land Rover verde, salieron a trompicones y todos estiraron las extremidades como si estuviesen en clase de yoga.

Alguien dio un portazo y todos se giraron y hablaron al mismo tiempo.

—Ah, ahí estás.

—Hola, tronco.

—¡Traemos refuerzos!

—Mira que es guapo hasta lleno de porquería, ¿a que sí, Cristina?

Esta se llevó la mano al pecho y replicó con un «joder, joder, joder» que nadie oyó más que ella.

El tiempo dejó de contar.

[1] Comienzo del poema *Frost at Midnight* escrito por Samuel Taylor Coleridge en el que hace continuas alusiones a su hijo, Hartley Coleridge.

Capítulo 6

Mani llegó medio corriendo y sin aire, con el mono lleno de mierda reseca incrustada y los guantes puestos, porque para qué iba a perder el tiempo en quitárselos. Por la cara que pusieron todos al verlo, debía de tener peor aspecto que el reflejo que le devolvió el espejo aquella misma mañana, y ya era decir. Ojeras cada vez más grandes y más oscuras, mal color y una perpetua capa de sudor sobre la piel a la que el polvo se pegaba tanto que siempre estaba sucio. Menos mal que llegaban refuerzos.

La mitad de los muchachos estaban de vacaciones y solo habían encontrado a Dominic dispuesto a posponer las suyas. Se suponía que los diez estudiantes podrían reemplazar a los cinco trabajadores, algunos incluso tenían algo de experiencia con animales, por lo que los dueños no dudaron en dar días libres a su gente. Lo que nadie previó es que al final fueran la mitad y sin experiencia ninguna, a excepción de Raúl.

Pero eso era mejor que nada. Con Dominic, si se organizaban bien, podrían conseguirlo y él podría por fin dormir más de tres horas cada noche.

Mani había llegado tres días antes para prepararlo todo, repartir el trabajo, organizar los talleres, y al final, por culpa del norovirus, no había hecho más que trabajar con los animales como un currito más. No le importaba, pero estaba descuidando el trabajo para el que realmente le pagaban. Dudaba incluso que las camas estuviesen hechas para recibir a los visitantes; lo único que sabía a ciencia cierta era que Hannah acababa de encender la calefacción.

Estaban tan hasta arriba de trabajo que la comodidad de los recién llegados era la última de sus preocupaciones. La maldita infección lo había puesto todo patas arriba y ahora se trataba más de salir airosos de la semana sin que Creek & Valley Farm se fuera a pique que de dar lecciones. Jamás volvería a preparar una salida con universitarios en aquella época tan importante del año. Aunque, si algo querían aprender, no había mejor manera que sufrirlo en sus carnes. Se consolaba pensando que para el año siguiente ya se habría olvidado de los problemas del anterior. Lo que nunca olvidaría era el enorme favor que sus amigos le estaban haciendo.

Así que olvidó el agotamiento por un momento y recibió a los cinco turistas con una sonrisa agradecida, si bien las palabras que tenía en mente se redujeron a una.

—Bienvenidos. —Y tuvo que parar de hablar porque se topó con la mirada verde de Cristina y, claro, eso suponía no pensar con claridad. Por lo visto, el recuerdo amargo de su fuga repentina aquel día de verano no había conseguido cambiar un ápice la influencia que tenía sobre él. La Novata cada día estaba más guapa. Apartó la vista y lo intentó otra vez yendo al grano—. ¡Cómo me alegro de veros! Podéis coger el equipaje, os enseñaré la cocina primero. Entraremos por la casa de los dueños y os contaré en el salón lo que os espera antes de subir; en nuestras habitaciones todavía la calefacción no ha empezado a notarse, lo siento mucho. Por aquí.

Entraron todos y esperaron en el recibidor a que Mani se quitara las botas chorreando barro y otras sustancias pegajosas y las pusiera sobre unas hojas de periódico.

Miraron con sorpresa la moqueta de color rojo con flores estrafalarias haciendo extraños mosaicos, el mueble robusto de la entrada con un gran jarrón a rebosar con flores silvestres justo delante de un espejo y se asomaron a ver qué había detrás de la puerta a la derecha abierta y que debía de tener una fogata en marcha, a juzgar por el inequívoco olor a carbón y madera no del

todo seca.

Cristina respiró hondo y disfrutó del momento.

Aquel vestíbulo le dijo, más alto incluso que el paisaje o la lluvia, que estaban en Inglaterra. La Inglaterra de verdad, la que no sale en las películas, la que todo el mundo conoce, siempre y cuando seas inglés.

Giraron a la izquierda y entraron en lo que parecía ser el salón. Las enormes flores de la moqueta parecían trepar por las paredes aunque cambiando de color y tamaño, extenderse por las cortinas y desaparecer en el techo para aparecer por arte de magia en la mampara de la lámpara. Los muebles eran viejos, pero recios, y en la chimenea ardía un fuego vivo al que se acercó para poder calentar las manos. A la altura de los ojos, sobre la repisa, se alineaban un montón de figuritas de porcelana, la mitad de ellas descascarilladas.

Horterísimo todo y extrañamente acogedor.

El resto se sentó en los mullidos sillones protegidos con cubiertas de flores pequeñas y esperaron pacientemente a que Mani les explicara.

Este carraspeó antes de ir al grano.

—Os daría un par de besos, pero creo que apesto a granja —dijo por fin mirando fijamente a Susana. Mirar a cualquier otro le haría perder el hilo.

—Ni que lo digas —comentó Estrella arrugando la nariz.

—Ya. Estamos pillados de tiempo y hay un montón de cosas que hacer. De hecho, salvo que estéis muy cansados, podríais empezar ahora mismo.

Y siguió sin mirar a nadie más que a Susana.

—Mani, colega —dijo Raúl con voz agitada—. Deja al menos que nos instalemos. Yo estoy molido del viaje.

Quedaban muy pocas horas de luz y había que ordeñar a las vacas. Mani miró el reloj y sintió otra vez cómo el día se ponía en su contra. No tenían tiempo para zanganear, por mucho que quisiera venderles las bondades del lugar y agradecerles el favor. Les daría diez minutos, ni uno más.

—Vale —dijo soltando el aire—. Perdonad mis modales. Tras esa puerta está la cocina.

Costó levantarse de aquellos cómodos sillones a juzgar por los quejidos de Estrella, las protestas de Ángel y el respirar entrecortado de Susana y Raúl. Cristina permanecía callada y miraba con sumo interés los diseños ochentones del papel pintado.

Las ganas de acercarse a ella y pedirle explicaciones lo asaltaron de repente, mezcladas con la necesidad de abrazarla y preguntarle qué había hecho desde que se vieran la última vez. Como ninguna de las dos opciones era posible, Mani se apoyó contra la pared y esperó impaciente a que volvieran a ponerse en marcha.

Menos Raúl, que conocía aquel sitio, todos se quedaron con la boca abierta cuando entraron en la cocina. Enorme, con espacio en la mesa para diez personas como poco. Todos los apliques de acero, lo que le daba un aire de cocina industrial. Los sillones y un televisor que parecía más una pantalla de cine le daban el toque acogedor.

—Podéis venir cuando queráis a prepararos algo. La despensa y la nevera siempre están llenas.

Mani no les dejó disfrutar el momento, obligándolos a seguirle en fila india con sus maletitas de ruedas hasta cruzar aquel espacio y salir a lo que parecía la entrada de un granero con un enorme portón.

—En el pasado esta era otra granja —explicó Raúl—. Lo que hoy es la cocina es una

construcción nueva que une las dos propiedades, por eso el estilo es tan diferente. Ya lo veréis cuando salgáis; desde fuera se ve mucho mejor. Al final, esta parte está dedicada a albergar a los trabajadores en la planta de arriba y actividades y cursos en la de abajo. —Paró para respirar y quitarse el sudor de la frente—. La casa por la que hemos entrado es la que usa la familia.

—¿Tenemos que ir ahí arriba? —protestó Estrella dejando caer los hombros.

Mani agarró su maleta y comenzó a subir la escalera ancha de madera. Cuando desapareció tras el descansillo, los demás lo siguieron. Estaba algo contrariado con la presencia de Estrella. Ella no pegaba allí ni con cola.

En la planta de arriba se extendía un pasillo larguísimo con puertas a cada lado. Como en un hotel.

—Esta es mi habitación. —Mani señaló la primera puerta a la izquierda—. Estrella, tú puedes dormir en la de al lado.

—Pero... —replicó esta. Mani, sin mirar atrás, avanzó unos pasos, abrió la puerta de la siguiente habitación y dejó allí la maleta de Estrella.

—Al final del pasillo están las habitaciones más grandes —continuó explicando—, un par de ellas con camas de matrimonio. Creo que Raúl y Susana estarán mejor ahí o si tú quieres, Estrella...

—¡No, no! Aquí me parece bien.

Las ruedas de la maleta de Ángel, casi les destrozan los dedos de los pies, pero no se quejó. No tenían tiempo.

—Pues yo duermo mejor con espacio. Así que esa cama es mía. —Ángel abrió varias puertas hasta que encontró una habitación a su gusto.

—Tú —dijo Mani mirando a Cristina por primera vez—, puedes dormir aquí —añadió señalando la habitación frente a la suya—. Tenéis diez minutos, amigos. Me hubiese gustado daros otra bienvenida, pero andamos muy pillados de tiempo y somos pocos.

—Tranquilo, Mani, que sabemos a qué hemos venido. Tú ponnos a trabajar.

—¡No le des ideas, Susana, que este es un explotador! —gritó divertido Raúl.

Cristina entró en su habitación y dejó de escuchar las risas de Susana al cerrar la puerta. Necesitaba volver a respirar. La presencia de Mani la había noqueado y los pulmones no le respondían. ¡Y su habitación estaba justo enfrente!

Se tomó un par de segundos y, para calmar los nervios, se dedicó a inspeccionar el dormitorio.

Era una habitación pequeña pero acogedora y, gracias a Dios, no tenía cortinas con estampados. Casi todo allí era de color blanco, incluido un pequeño armario al lado de la puerta. La ventana estaba al final de la habitación, en la pared opuesta a la puerta, y justo debajo se incrustaban una cama individual y una mesilla. Lo mejor de todo era que no había moqueta. El suelo era de madera y al lado de la cama solo había una pequeña alfombra de jarapa de vivos colores.

Fuera, en el pasillo, Mani se dio la vuelta para volver al trabajo cuando Estrella le cortó el paso.

—Podríamos dormir juntos. Aquí hace frío —ronroneó.

—Ahora no es el momento ni el lugar, Estrella —contestó Mani siseando.

—He venido hasta aquí, ¿no?

—A ayudar, espero.

—¡Pues clar...!

—¿Qué te pasa, mi vida? —preguntó Raúl compungido.

—Perdona, pero creo que...

—¿A dónde vas?

—¿¡Dónde está el baño!? —pidió Susana justo antes de taparse la boca con la mano.

—La última puerta —contestó rápido Mani.

—Buaj.

—¿Susana? —Raúl se apresuró a ver qué le sucedía a su mujer.

—Buaj.

Mani y Estrella corrieron a ayudar.

—¿Qué le pasa? —preguntó asustada Estrella.

—Ni idea, pero... Mierda. Necesito vomitar... —gorgoreó Raúl entre arcadas.

—¿Raúl? —preguntó Mani perplejo.

—Buaj.

Cristina llegó justo a tiempo de escuchar el sonido de un líquido consistente aterrizar sobre una superficie sólida y ver cómo Estrella corría a su habitación con un brazo alrededor de la cintura y una mano en la boca.

—¡Qué asco! —Y cerró con un portazo.

Mani miraba desde el pasillo el interior del cuarto de baño con una toalla en la mano mientras Susana y Raúl echaban las tripas. Uno en el retrete y el otro en el lavabo.

—Genial —murmuró Mani—, parece que habéis traído el norovirus de los cojones con vosotros.

—Buaj —recibió como contestación con un hermoso *splash* de sustancia semilíquida estrellándose contra la pila.

—No seas mamón, Mani. —Cristina lo empujó, le quitó la toalla y entró en el baño a ayudar —. Id a la cama en cuanto podáis incorporaros —le dijo a la pareja mientras se ponía unos guantes de plástico que colgaban de una tubería debajo del lavabo— y esperad ahí. Yo me encargo de limpiar esto. Mani, ve a preguntar a alguien de la casa si pueden llamar a un médico, ¡y que nadie entre en el baño!, lo último que queremos es que lo que tengan se extienda.

Mani asintió con la cabeza y salió a buscar ayuda.

—Venga, dúo dinámico. Parece que lo mío es salvaros de vomitonas en público. Espero encontrar lejía en algún lado y otros trescientos pares de guantes —musitó Cristina.

—¡Yo no salgo de aquí hasta que lo desinfectéis todo! —gritó Ángel al otro lado de la puerta de su habitación.

—Creía que era inmune al virus —comentó Cristina.

—O que la cama es cómoda y...

Susana no pudo terminar la frase y Cristina tuvo que saltar hacia atrás para no acabar vomitada de arriba abajo.

Capítulo 7

Sí. Tres horas después, no había duda de que el norovirus de la Facultad de Veterinaria de la Universidad Complutense de Madrid había cruzado el Canal de la Mancha. ¡Y cómo!

Susana y Raúl compartían ahora habitación, cama, vómitos y diarrea. Su amor solo podía hacerse más fuerte, si es que sobrevivían a la pérdida de fluidos.

Cuando Estrella, Ángel y Cristina fueron presentados a la familia, no es que se vieran muchas caras de alegría, la verdad. Por supuesto nadie las tocó. Solo les señalaron con la barbilla la sala, justo debajo de la planta donde dormían, que podían utilizar como comedor hasta saber si estaban también infectados.

A Ángel, de repente, pareció molestarle que no se creyeran que era inmune. Juró por lo más sagrado que su palidez era culpa de la fiesta del día anterior y que él ya había sufrido el maldito virus hacía tres semanas.

—Te quedas con nosotras. Por traidor —gruñó Estrella.

—Tú también con eso de que «¡quí isqui!» bien poco has hecho —le recriminó Ángel con retintín.

—Estamos quedando fenomenal. —Cristina tenía la sonrisa falsa pegada a la cara para tapar la vergüenza que sentía. Ahí delante de sus «anfitriones» y ya a la gresca como niños de teta.

El médico trajo unas cuantas pastillas para ayudar con los vómitos y aseguró que en tres o cuatro días Raúl y Susana se encontrarían mejor, pero dejó caer que lo mejor sería que volvieran a su casa lo antes posible. Les hizo defecar y orinar en unos botecillos, sacó muestras de la nariz de todos y les regaló dos galones de desinfectante a base de cloro con las consiguientes instrucciones de uso. Ah, y por si fuese poco, todas las toallas usadas hasta el momento acabarían en la basura o quemadas. Otro gasto que añadir a aquella visita. A ese paso, acabarían pagando por la estancia. Genial.

Raúl y Susana tuvieron suerte de no ver las caras de cabreo y miradas asesinas que se comieron aquella tarde.

Y no podían culparles de nada.

El cuarto de baño quedó en cuarentena y solo los enfermos podrían usarlo dejando a los demás el baño de abajo que se usaba cuando la granja escuela estaba abierta. Era como volver al campamento de verano; con cuatro duchas, un montón de lavabos y retretes en cubículos. No tan acogedor como el de arriba, pero igual de efectivo. Lo que añadía a la lista de tareas tenerlo limpio junto con el de arriba, además de desinfectar a conciencia el coche alquilado.

Por si fuera poco, pronto les recordaron que estaban allí para trabajar y mejor que lo hiciesen con ahínco, porque en vez de diez personas habían aparecido cinco, dos de las cuales enfermas.

Para cuando les enseñaron una de las cuadras, Estrella no sabía dónde meterse. Estaba tan pálida como Susana y Raúl y nadie estaba seguro ya de si había cogido también la gripe gástrica. No era de extrañar después de pasar en un avión y en un coche las últimas diez horas.

—No estoy segura, Mani —dijo una vez salió del establo para coger aire—. Pensé que tendría más aguante, pero esto supera con creces cualquier situación que pudiese imaginar. ¡Ahí no hay quien respire!

—Estrella, ahora no es el momento de ser remilgada. Esta gente necesita nuestra ayuda y lo

único que hemos hecho hasta ahora es traerles trastornos. Más que ayuda, hemos importado problemas añadidos —suplicó Mani.

—Ya, si yo eso lo entiendo, pero es que no sabes lo mal que huele ahí dentro.

—Vamos juntos, al cabo de un rato ni te darás cuenta. Las fosas nasales quedan dormidas de por vida —aseguró él.

—O hueles mierda de vaca por siempre jamás —protestó de nuevo ella.

—Eso también.

Rieron más por la presión que por la gracia del comentario, aunque al menos consiguió que Estrella hiciese de tripas corazón y volviera a la tarea.

Dentro los esperaba Cristina, metida en un mono de trabajo, con mascarilla y protegida de la cabeza a los pies en una especie de escafandra. Estaba claro que no se fiaban un pelo de ellos.

—Mira lo que me han pasado de contrabando —dijo a través de la máscara mientras sacaba del bolsillo un bote de Vicks VapoRub—. Vi en una película de asesinos que lo usaban para no oler la podredumbre de los cadáveres. ¡Funciona!

Estrella se lanzó a por el bote como si fuese el Santo Grial, lo abrió con las manos temblando, se apartó la mascarilla y puso debajo de la nariz un par de buenos pegotes. Tanto que al respirar se llevó las manos a la cabeza y salió corriendo otra vez del establo.

—¡Acaba de freírseme el cerebro!

Mani tuvo que aguantar la risa antes de salir tras ella. Por el camino no se olvidó de dar un par de instrucciones.

—Saca fuera de los corrales vacíos todo el heno y ponlo en medio del pasillo en una pila larga. Cuando acabes, pasaré con el tractor a recogerlo todo.

Cristina miró alrededor y quedó agotada solo de ver la cantidad de paja y mierda que acumulaba aquel sitio.

—Ahora vuelvo con Estrella —aseguró Mani—. Intenta quitarle hierro al asunto yendo poco a poco. Luego os dejaré solas porque tengo que ayudar a vacunar. Las vacas irán entrando en menos de una hora, así que daos prisa.

—¿Me estás pidiendo que haga de animadora? —Los dos sabían perfectamente a quién se refería.

Mani dejó caer los hombros y lo planteó desde otro ángulo.

—¿Por favor? Es obvio que tendré que quedarme más tiempo porque no hay manera de poder terminar el trabajo a sabiendas de que tú y Estrella no habéis trabajado en una granja en vuestra vida. Con Ángel, sois las únicas manos extras que tenemos por el momento. Hasta que Hannah y Peter encuentren a más gente, cada uno tiene que hacer el trabajo de dos. Voy a intentar convencer a Estrella de que al menos lo intente. ¿Me ayudarás a que no le dé un ataque mientras yo voy a hacer otras cosas que hacen falta?

Cristina se dejó convencer no por el discurso, sino por la cara de desesperación que puso Mani.

—Ve y encandila a tu amiga.

Y sin decir más, se dirigió al primer corral.

Eran grandes habitaciones separadas por muros de un metro, y justo en medio del establo había un pasillo ancho que recorría de lado a lado en el que quedaría apilado todo.

«No nos va a dar tiempo ni de limpiar la mitad», pensó Cristina apesadumbrada. Aunque antes de caer en la desesperación, hincó el tridente, o como se llamase aquel palo con pinchos, en la primera pila de mierda que vio y, a pulso, lo levantó llevando aquella porquería al pasillo.

Al cabo de unos minutos volvía Estrella embozada con mascarilla y gafas de plástico, unos guantes que le cubrían los antebrazos y unas botas tan altas que parecían de pesca. Parecía respirar con naturalidad.

—¡Estoy preparada! —gritó para hacerse entender.

Cristina tuvo que sonreír. A pesar de lo fina que era aquella chica, estaba poniéndolo todo de su parte.

Y así es como terminaron barriendo caca de vaca durante el resto de la tarde. Solas y sin entablar conversación porque pronto se dieron cuenta de que necesitaban ahorrar energía si querían llegar sanas y salvas a la noche. Para cuando todo el estiércol quedó apilado en el pasillo del centro, no sentían ni los párpados y poco les importó cenar sin compañía en una sala justo debajo de las habitaciones. Lo que más costó fue quitarse los monos, las botas, los guantes y lavarlos a conciencia con desinfectante. La escafandra, por supuesto, fue a la basura. No es fácil lidiar con tantas capas de ropa cuando todos los músculos del cuerpo te echan la bronca por hacerles semejante faena.

Tenían que esperar veinticuatro horas hasta saber si ellas también estaban infectadas y, cómo no, cualquier ser humano se acercaba a ellas como máximo a medio metro de distancia. Vamos, que Cristina y Estrella pasaron a ser parias. De Ángel no sabían más que estaba inyectando algo a las ovejas. Él no era un paria, claro, como había demostrado al final que era inmune al virus... Cristina se lo imaginó en aquella gloriosa cocina, viendo la tele tumbado en el sofá, y quiso mandarlo a la porra... porque sí.

Cenaron después de unas tarteras que alguien había dejado en la puerta y restregaron con detergente cada superficie que tocaron en aquella sala sumergiendo en cloro todas las tazas y platos durante un rato antes de enjuagarlos.

—Esto no es lo que me esperaba, la verdad —susurró Estrella en las últimas.

Cristina no podía estar más de acuerdo, pero estaba demasiado cansada para reír a carcajadas. Ya le había costado lo suyo levantar las piernas para apoyar los pies en la silla de al lado. Las energías no le daban para más.

En ese momento Mani entró por la puerta. Medio desnudo. Calcetines, bóxers, camiseta interior de manga larga y ya. Todo estirado y apretadito donde era debido. El final perfecto de una jornada agotadora.

Con tal panorámica, Cristina arriesgó incluso una contractura de cuello al ladear la cabeza.

—Esto tampoco —murmuró Estrella—. Gracias por alegrarme la tarde, Mani.

—He desinfectado la ropa de trabajo y esto es lo que llevaba debajo —dijo él tan campante.

—¿¡Con este frío!? Yo debajo llevaba tres capas y otra por si acaso. ¿Y tú, Cristina? —Según hablaba la fuerza se le iba por la boca. Lo último lo dijo en un hilo de voz casi imperceptible.

—*Leggings*...

—¿Mmm?

Y cayeron dormidas sentadas en las sillas de madera. La una con la cabeza apoyada en una mano con el codo plantado sobre una servilleta y la otra, directamente con la frente sobre la superficie de la mesa. Como fulminadas por un rayo con Mani en medio, de pie, en toda su gloria preguntándose si había sobrado algo de cena.

Los siguientes días fueron un infierno. Dos chicas de ciudad intentando hacer el trabajo de dos fornidas granjeras no podían más que terminar con agujetas por todas partes, incapacidad

para oler nada a no ser que fuera estiércol y una sensación de inutilidad constante.

A Ángel poco lo vieron durante ese tiempo. Dominic, el único currito que había salido en su rescate, lo había cogido bajo su ala y no coincidían con ellas. Luego, al terminar la jornada, se iban al *pub* y aparecían como dos zombis a la mañana siguiente preparados para otro día de trabajo. El inglés siempre puntual, Ángel..., bueno. Digamos que se movía en horquillas de entre media y una hora de retraso.

Y Mani siempre en todas partes, currando sin descanso, cogiendo el relevo cuando ella o Estrella caían rendidas sobre alguna bala de paja o cualquier asidero, en realidad.

—Yo creo que se mete algo —comentó Estrella durante un corto descanso mientras bebían té en la cocina—, porque no es normal. A las cinco como muy tarde ya quiero que me maten, me entierren y me dejen descansar. Desde que podemos usar la cocina, ni me apetece subir a la habitación. Esta mañana me he quedado dormida sobre el hombro del jefe durante el desayuno mientras me explicaba algo. A punto ha estado de darme de comer los cereales. Me da que habría sido mejor suerte coger el norovirus.

Esa misma mañana habían recibido los resultados médicos y todos ellos habían dado negativo.

—A mí me duelen hasta los párpados y hay zonas del cuerpo que no las siento desde ayer y eso que están inflamadas.

—He llevado tacones toda mi vida, Cristina, ¡y ha empezado a dolerme el talón de Aquiles! Yo no sé si aguanto otros cuatro días más. Terminamos de limpiar el establo, miro cinco minutos más tarde y todo está lleno de mierda otra vez. Y doy gracias de que no me toca ordeñar. ¡Se levantan a las cuatro de la mañana! Quiero mi ciudad, mi contaminación acústica y los empujones en el metro. No he abierto la novela que traía porque no puedo con el peso del libro. ¡¿Y dónde se mete Ángel?! No lo he visto en todo el día.

—Quién sabe.

Al poco rato, apareció Mani con una agenda en la mano y el portátil bajo el brazo.

—Buscaré un billete de avión para Susana y Raúl, ya están en condiciones de volar y aquí no pintan nada. —Soltó un suspiro de agotamiento y se sentó con ellas.

—Deja que descansen. Llevan durmiendo todo el día —dijo Cristina sentada en el banco con la cabeza contra la pared y los ojos cerrados—. Mañana será más fácil tomar una decisión.

—¿Nos vamos a la cama, entonces? —le dijo Estrella a Mani.

Mani no contestó de inmediato.

—Subid tranquilos —apacó Cristina—. Yo me encargo de terminar con los cacharros, atrancar la puerta y apagar las luces.

Mani y Estrella se levantaron de la mesa y por fin Cristina se permitió el lujo de sentir el nudo en el estómago que le rondaba desde que llegaron. Notaba la tensión desde todos los ángulos y ya no sabía si era por el cansancio o por lo que Mani la hacía sentir cada vez que se le ponía delante. Se tomó con calma lo de acabar en la cocina y esperó un rato hasta que no se escucharon voces arriba para subir a dormir.

Estaba ya en la cama cuando llamaron a la puerta.

—¿Sí?

Mani abrió la puerta sin llegar a entrar.

—Vuestro desayuno es a las ocho.

—Gracias, estaré preparada.

Él calló, pero no se movió de allí.

—¿Algo más?

—No, nada más. Buenas noches, Novata.

—Buenas noches.

Mani cerró la puerta con cuidado y, unos segundos más tarde, Cristina oyó como hacía lo mismo al otro lado del pasillo.

—Buenas noches, Estrella.

—Buenas noches. —Las palabras de Estrella sin embargo salieron cortantes como un cuchillo.

Al igual que el día anterior, Estrella y Cristina desayunaron después de que todo el mundo lo hiciera y prepararon algo de comer para los enfermos de arriba. Les dejaron la comida en el pasillo, junto con dos litros de tisana. Según Susana, lo peor de la infección eran los dolores de tripa.

Un rato después, ya por fin sin escafandra, les mandaron otra vez a limpiar porquería; esta vez caca de oveja. Y otra vez Estrella tuvo que parar ochenta veces porque no soportaba el olor. La pobre tenía el cielo ganado.

Mani fue a supervisarlas en un par de ocasiones, aunque no se entretuvo mucho a darles charla porque estaba hasta las orejas de trabajo. Y eso que otro muchacho de los que normalmente trabajaba allí había acortado sus vacaciones y los hijos de los dueños habían convencido a algunos de sus compañeros de instituto para echar una mano también.

Por lo poco que pudo escuchar, Cristina estaba segura de que Mani se echaba la culpa de todas las molestias que aquel proyecto estaba acarreando y tenía intención de trabajar más que nadie para compensar. Si seguía así, iba a terminar enfermo y no por culpa del virus.

Aquella noche Dominic sugirió ir a tomar unas pintas al Tweedies Bar en Grasmere. Comentaron que era uno de los *pubs* más populares de la zona y, con algo de suerte, podrían sentarse fuera en las mesas del jardín.

Ante la idea de algo de diversión, Estrella volvía a ser la mujer jovial de unos días antes por muy cansada que estuviese.

—Vamos, Mani. —Se había incluso puesto un vestido para la ocasión y estaba tan guapa que hasta el apático de Ángel le dedicó una galantería.

Mani no parecía muy convencido, pero se levantó del banco de todas formas.

—¿Vienes, Novata?

—No, pero gracias por la invitación. Estoy demasiado cansada para disfrutar de la salida. Tengo todavía cosas que hacer y además no quiero dejar a los dos pipiolos solos.

Susana y Raúl se irían al día siguiente por la tarde. La farmacéutica les había encontrado uno de esos vuelos *Last Minute* y Ángel se había prestado a acercarlos en coche al aeropuerto. Aunque la verdadera razón por la que Cristina se negaba a salir era que no tenía dinero para gastarlo en cervezas, ni en pan de jengibre, ni en básicamente nada que costase más de cuatro libras.

—Si se encontrasen peor, podrían llamarnos por teléfono y aquí están Peter y Hannah por si pasa algo. Venga, ánimo —insistió Estrella ya saliendo por la puerta.

—Estaré más tranquila si me quedo. Pasadlo bien ¡y tomad una turbia por mí! —gritó por la ventana.

El resto contestó con un «fine, mate!» y se repartieron en los coches.

Un rato después, Cristina estaba escribiendo en su Moleskine cuando la dueña de la granja, Hannah, se sentó a su lado.

—No esperaba encontrar a nadie aquí —dijo a modo de saludo.

—No me apetecía salir y alguien tiene que asegurarse de que los de arriba estén bien.

—Pensaba ocuparme yo de eso. Aún estás a tiempo. Mis hijos salen en un rato —ofreció. En el Distrito de los Lagos, al igual que en aquel rinconcito de Irlanda, había que tener coche si querías ir a cualquier parte y eso la hacía moverse incómoda en el asiento y, por consiguiente, renegar más aún del plan a cada minuto que pasaba.

—Gracias, pero me quedo.

—Entonces, será mejor alinear la conversación con té. Tengo además por ahí una botella de ron que puede que le dé un buen toque a la velada.

Hannah era una mujer encantadora. Rozaba los cincuenta, pero tenía la energía vital de una quinceañera. Después del primer *shock*, había conseguido reorganizar la semana para que todo funcionase igual de bien que si tuvieran a cinco personas más. Los había tratado con mucho cariño después de todo y obviamente se preocupaba de que Raúl y Susana se encontraran bien.

—Esta es la mejor parte del día —dijo mientras calentaba agua—. Después de la cena, cuando todo el mundo se ha marchado a casa. Es el único momento en el que puedo oír mis pensamientos.

—La vida aquí es dura, ¿verdad? —Cristina había dejado de escribir. Lo que Hannah tenía que contar era mucho más interesante que lo que a ella le rondaba por la cabeza.

—Mucho, como ya te habrás dado cuenta; sin embargo, no me arrepiento en absoluto de haber terminado aquí. —Sacó una botella de ron de uno de los miles de muebles de aquella cocina y puso todo lo necesario sobre la mesa, incluida media tarta de chocolate cubierta con dos dedos de crema.

—¿Cuándo comprasteis la granja? —preguntó Cristina con la boca llena.

—Son heredadas —contestó Hannah mientras mezclaba la leche con el té moviendo despacio la cuchara.

—Raúl comentó que en el pasado fueron dos propiedades diferentes.

Hannah sonrió; parecía estar encantada con la curiosidad de Cristina.

—Así es. Creek Cottage era de mis padres y Valley Cottage era de mis suegros. Cuando mi marido y yo nos casamos, decidimos intentarlo como granjeros y así es como nació Creek & Valley Farm, una granja de vacas por un lado y de ovejas y cabras por otro. Cada uno sigue fiel a sus animales. No verás acercarme a una oveja ni de lejos y Peter prefiere dejar las vacas bajo mi tutela. Imagina las trifulcas cuando tenemos dinero para comprar animales. Al final acabamos echándolo a suertes.

El entusiasmo de Hannah era contagioso y Cristina rio de buena gana con las ocurrencias de la inglesa. Puede que el ron ayudase.

—¿Cuántos animales tenéis? Porque yo ya ni me molesto en contar.

—Casi cien vacas lecheras, treinta vacas para carne, dos sementales, trescientas ovejas, unas cuarenta cabras, un cabrón, tres cerdos, unas treinta gallinas, cinco perros y dos gatos. Ah, y dos hijos.

—Vaya. —Era muy lógico que ella y Estrella se sintieran desfallecer al final del día. Aquellos números imponían. Quizá hubiese sido mejor vivir en la ignorancia, después de todo.

—Como ves —continuó Hannah tras un sorbo de té—, nos sobran ovejas y cabras, pero no hay manera de hacérselo meter en la cabeza al burro de mi marido.

—¿También tenéis un burro?

Hannah explotó con una carcajada que hizo que el té saliese disparado en un chorro que aterrizó al otro lado de la mesa.

—Por favor —suplicó Cristina mientras limpiaba la mesa—, no te chives o Peter me mandará de una patada de vuelta a Madrid y tendré que compartir asiento con los cagones de arriba.

Hannah dijo que no con la cabeza porque las risas no la dejaron hablar durante un buen rato.

Capítulo 8

Mani, en el *pub*, no estaba pasando tan buen rato. Había empezado a llover y todo el mundo se apiñaba en el bar sin un maldito sitio donde sentarse. Estaba agotado y lo que menos le apetecía era estar ahí de pie cuando podía tumbarse en la cama o charlar tranquilamente con alguien en la cocina de casa. Pero no había tenido valor de decirle a Estrella que había cambiado de opinión, al fin y al cabo, también ella tenía derecho a olvidarse del trabajo en la granja por un rato.

Estrella, aunque no lo dijera, odiaba aquel lugar. Nunca había querido venir antes cuando él la había invitado y había dejado claro en múltiples ocasiones que aquella vida no la atraía lo más mínimo. Ni siquiera en fotos. La primera vez que Mani le contó lo que hacía en aquella granja, Creek & Valley Farm dejó de existir para ella y ahora entendía el porqué.

Le había oído decir ya más veces de las que pudo contar que el olor la ponía enferma y tenía miedo de los animales. En cuanto se le acercaban demasiado salía corriendo y acababa detrás de alguien. Llevaba días intentando encajar, pero obviamente no estaba disfrutando lo más mínimo en el proceso. Ingenuo, había pensado que, tras el primer susto, se daría cuenta de que no había nada que temer, pero había aprendido bien que ese no era el caso. El problema era que ella odiaba más la granja con cada día que pasaba y sus quejas empezaban a hacer mella en los demás. Estrella trabajaba en una empresa de seguros, por el amor de Dios. Rellenaba partes y, a lo más, tenía que ir a algún sitio a hablar con algún cliente. Esa semana estaba siendo una pesadilla para ella.

Al menos él no había tenido la culpa de que ella viniese. Cuando Raúl dijo que recurriría a los conocidos no pensó que Estrella estuviese en la lista. Podía considerarse casi un milagro que tuviese una semana completa libre y que la dedicara a partirse la espalda cubierta de porquería. Mani todavía no podía creerse que Estrella se prestara a todo aquello, para empezar. Decir que estaba fuera de su elemento era quedarse muy corto.

Y era obvio que él era la verdadera razón de aquella loca decisión, a su pesar. Era la prueba de que ese acuerdo tácito que había entre los dos empezaba a complicarse. Sí. Mani y Estrella mantenían una extraña relación. Esporádica, sin ataduras, completamente abierta, para divertirse. El famoso «amigos con derecho a roce».

Nada más.

Aunque Estrella no parecía compartir sus pensamientos, a juzgar por su actitud. Como siempre juguetona, sexi y más que dispuesta. Mani agradecía que ella hiciese el esfuerzo, de verdad, si bien aquello no iba a ningún lado. No quería que Estrella volviese a hacerse ilusiones como en otras ocasiones. Pero Estrella era de ideas fijas y un encanto extraordinario. El mismo que le había hecho volver a ella innumerables veces en el pasado para arrepentirse poco después.

No recordaba con detalle cómo empezó todo.

Una noche loca en el pasado habían terminado en la cama y a la mañana siguiente habían seguido con sus vidas como si nada. Su amistad no se vio afectada, así que lo tomaron como una buena señal para divertirse sin mayores complicaciones. Ninguno quería una relación seria y les había ido bien durante bastante tiempo. Hasta que comenzaron a discutir por chorradas y en vez de mitigar los problemas de la vida en los brazos del otro, creaban algunos nuevos.

Negó con la cabeza cabizbajo y se preparó para no sabía muy bien qué, cuando la vio acercarse.

—Echaba de menos salir contigo a tomar unas copas —dijo sugerente.

Esa mirada y ese contoneo lo tenían algo confundido. Nunca había recurrido al coqueteo con él. Se conocían mejor que bien como para entrar en esos juegos. Estrella estaba dándolo todo.

Había conseguido meter sus mejores galas en un equipaje escueto, aunque aquel vestido no debía de ocupar mucho. Era de manga larga, eso sí, pero la falda era tan corta como las de la mayoría de chicas jóvenes que los rodeaban. En Inglaterra lloviera, tronara o nevara, las mujeres salían de marcha en minifalda y escote. Como Estrella aquella noche.

—¿Me has echado de menos? —arrulló.

«No mucho», pensó Mani algo incómodo.

Decir que sí era dar coba, decir que no era en parte mentira. Estrella era una buena amiga, la mejor, pero desde hacía un tiempo no levantaba nada en él, nada. Pero como en realidad no eran novios en el sentido estricto de la palabra, pero sí muy buenos amigos, era difícil poner límites. No podían cortar porque no estaban juntos, y como no estaban juntos, siempre existía la posibilidad de dar otro paso y comenzar una relación más profunda partiendo de la amistad que los unía.

¿Cuándo se había complicado todo tanto?

Sintió un ligero tirón en el brazo y al mirar a los ojos de Estrella se la encontró expectante esperando una respuesta.

—He estado tan liado que no he tenido tiempo de pensar en nada que no fuese el trabajo y Creek & Valley —terminó por decir. Al fin y al cabo era la verdad.

—Entiendo —dijo sonriente—. Entonces, será mejor que aprovechemos ahora. ¿Otra pinta?

—No, gracias. Tengo que conducir, pero déjame que vaya a buscarte una.

—Iré al baño mientras tanto.

Mani suspiró y se dirigió a la barra a por una pinta pensando seriamente cómo mantener las distancias durante el tiempo que les quedaba allí. Era extraño tener que darle largas, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Mani sabía que estaban eludiendo lo inevitable y lo irritaba que Estrella no quisiera darse cuenta. Ella seguía como siempre e insistía incluso más con cada negativa.

¿Estaría pillándose por él cuando al mismo tiempo Mani necesitaba más distancia? Mani quería distanciarse sin perder la amistad porque el idilio estaba más que finiquitado, mientras que Estrella quizá tomaba lo suyo como un juego cuya meta final era terminar emparejados. La idea le hizo sentir un nudo en el estómago.

Las reglas de juego habían sido siempre muy simples. Sus encuentros eran esporádicos, para pasar el rato, nada más. Casi siempre acababan en la cama porque era eso lo que siempre habían hecho: sexo sin ningún tipo de compromiso. Algo difícilísimo de encontrar y que durante un tiempo funcionó.

Mani había ido siempre con la verdad por delante de hasta dónde estaba dispuesto a comprometerse y siempre encontró que, al principio, sus aventuras disfrutaban igual que él, pero iban pidiendo más a cada semana que pasaba. Estrella había sido la excepción. Más alocada que él en todos los aspectos y sin miedo a disfrutar de su cuerpo sin ataduras. Por lo visto, eso último también había cambiado a pesar de que la última vez que se vieron bajo las sábanas quedó bastante claro que sería la última.

También es verdad que no hubiese sido la primera vez que lo dejaban para volver a acostarse

juntos poco después. La diferencia radicaba en que en aquella ocasión lo habían dejado a gritos y ahora Estrella no solo parecía olvidarlo, sino que había vuelto a la carga con más ahínco que nunca. Su amiga jamás había hecho algo parecido.

Que ella apareciera para ayudar y se insinuara así, no hacía más que complicar las cosas entre ellos. Tenía que hablar con ella y pronto, aunque primero tenía que terminar el trabajo. Mantener las formas era la única solución que se le ocurría, aunque sería difícil no darle falsas esperanzas. Se le pusieron los pelos de punta y se sintió culpable.

Y la presencia de Cristina no ayudaba.

Para nada.

Todavía le picaba que se hubiese marchado de aquellas maneras de su casa cuando se conocieron y no terminaba de entender el porqué. Había repetido la misma escena en su cabeza infinidad de veces y siempre terminaba más confuso.

Habían conectado sin proponérselo, incluso mucho antes de conocerse en persona. @Halfapint, como ella se hacía llamar en las redes sociales, siempre le había parecido una persona muy interesante. Hacía comentarios con sentido, nunca se metía en grescas y jamás insultaba cuando daba una opinión, tampoco agobiaba como si conociese al resto de toda la vida y tenía una forma de expresarse tan elegante que lo cautivaba.

Y en persona, mejoraba incluso. Y no solo porque fuese una mujer bellísima. A esos ojos verdes tan expresivos había que añadirle un gesto claro que no escondía segundas intenciones. Mucha gente, bajo el anonimato de un avatar, daba una imagen edulcorada de sí misma que en la realidad le costaba mantener. Con ella sucedía lo contrario. Cristina era la versión 2.0 de @Halfapint y no al revés.

—¿Has pedido?

Mani se dio la vuelta y se encontró a Ángel con el brazo estirado moviendo un vaso de pinta vacío. A veces era difícil saber si aquel esfuerzo era el único que hacía, porque trabajar...

—¿Cuál quieres? —ofreció. Ángel podía hacerles compañía, quizá así tuviese tiempo de pensar en cómo cortar por lo sano con Estrella de una forma civilizada y de una vez por todas.

—Me da igual —respondió Ángel con lengua de trapo—, quiero probarlas todas. He empezado por el primer tirador y luego me he recreado con el segundo, así que toca el tercero.

Pidió por tanto una pinta del tercer tiro para Ángel, otra pinta de cerveza turbia para Estrella y él se conformó con un zumo de naranja.

—Y dime, Ángel. ¿Qué especialidad quieres coger en veterinaria? —preguntó mientras esperaban.

—Ninguna —dijo el aludido apoyándose sobre la barra.

—¿Perdona?

—No estudio veterinaria.

Mani no daba crédito. ¿Se trataba de una broma?

—Mi novia es la veterinaria —aclaró Ángel agarrándose a la barra para seguir erguido—. Yo solo pasaba por allí cuando me encontré con tu amigo. Me dijo que me convalidarían las prácticas.

Normal que todo saliese al revés.

—¿Qué estudias?

—Filosofía.

Soltó una carcajada y luego otra hasta que ya no pudo parar.

Capítulo 9

Al día siguiente, Cristina se presentó puntual a la comida. Con gran esfuerzo se había duchado y ya limpia pareció revivir. Aquella mañana había trabajado con Dominic desde que despuntara el alba y hubo momentos en los que pensó que acabaría en la camilla de una ambulancia por culpa del esfuerzo, pero al final consiguieron terminar el trabajo. ¿Y por qué tuvo que pegarse la paliza junto a aquel grandullón? Porque Ángel tuvo que llevar a Raúl y Susana al aeropuerto, y Estrella, en un momento de genialidad, se había apuntado como conductora suplente en caso de que un ataque alienígena se cerniera sobre la tierra y Ángel no fuese capaz de llevar a buen puerto la misión. Cristina no la culpaba, al contrario. Estrella había intentado tomarse un respiro, nada más.

La mañana con Dominic había sido divertida a pesar de los pesares. El inglés se había tomado la molestia de explicarle todo y contestado a sus preguntas sin echarse a reír por su falta de conocimientos sobre ganadería. Había sido paciente y no le había dejado hacer el trabajo más duro. De hecho, Cristina había ido a acicalarse antes de que llamaran para comer, dejándolo atrás solo rematando un par de cosas.

Cuando lo vio aparecer y deshacerse de sus botas, ella le sonrió y él le guiñó un ojo.

Hannah iba y venía llenando fuentes con comida mientras aquellos hombres entraban sin zapatos en la cocina, arrastrando los pies y gruñendo cosas entre ellos.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó Cristina.

—Si no te importa, te agradecería que me ayudaras a poner la mesa. Las tazas y platos están en la alacena. Ponlo todo en medio, ellos irán organizando según se sienten —contestó Hannah sin levantar la vista de la cazuela.

Como en una obra de teatro perfectamente orquestada, cinco hombres enormes fueron tomando asiento mientras iban colocando en su sitio correspondiente todo lo que Cristina encontró en aquellos armarios.

El sonido de los cubiertos sobre la superficie de madera y el clic clic del cristal de los vasos y la cerámica de los platos y tazas se unió a los resoplidos que todos soltaron al sentarse en los bancos.

Aquella cocina era gigantesca. Era una construcción con grandes ventanales en las paredes y el techo. Más que habitación, parecía invernadero. Unía las dos antiguas viviendas de forma que a un lado vivía la familia y al otro los trabajadores temporales. Y todos coincidían en medio donde una de las paredes estaba llena de muebles de cocina y electrodomésticos. En el centro dominaba una isla de trabajo y al lado de las ventanas que miraban al jardín podían tranquilamente sentarse más de diez personas alrededor de una mesa de madera que, en aquel momento, reventaba con platos vacíos y fuentes de comida a rebosar de delicias.

—¿Cristina? —preguntó Hannah.

—¿Sí?

—¿Te importaría sacar la leche de la nevera?

Cristina se dirigió a uno de los frigoríficos, el grande.

—No, no. En el pequeño es donde guardamos la leche, el queso y los yogures.

Así que allá que fue Cristina.

—Huele a repollo —oyó decir a Dominic justo cuando sacaba la botella de la nevera.

El inglés de aquellos lares era casi inentendible si ella había escuchado la palabra «repollo». En esa cocina olía a todo menos a repollo. Prestó entonces más atención mientras calculaba cuántas botellas de leche necesitaría. Porque sí, los ingleses almorzaban con té y la mayoría lo bebía con leche. Siete personas a chorrito por té hacían un total de...

—Pues yo tengo malas noticias —aseguró Peter—. Anoche me desperté varias veces y olía a huevo podrido. Pensé que estaba soñando, pero esta mañana me ha venido el olor otra vez al bajar las escaleras.

—Rupert —dijeron varios a la vez.

Hannah resopló mientras llevaba una tetera a la mesa.

—¿Lo sabe Mani? —preguntó.

Cristina se irguió rápido, apretando con fuerza el cuello de la botella.

—Shhh —pidió uno de los muchachos—. Hoy tengo que trabajar con él. ¿Estás seguro de que era huevo podrido y no repollo?

Sip. Hablaban de repollo. Y huevos podridos. En morse, por lo que a ella se refería.

—Seguro. Huevo podrido algo fermentado, además —juró Peter.

Todos los que sabían de qué iba aquella extraña conversación pusieron cara de pasmo. Y Cristina también. Un huevo podrido fermentado estaba en otra galaxia en cuanto a malos olores se refiere. Pensó que no tenía intención de limpiar tuberías atascadas o algo similar, con limpiar el cuarto de baño de arriba ya se había ganado un puesto en el paraíso. Prefirió asegurarse; en realidad debía de estar entendiendo mal.

—Perdón que interrumpa, pero ¿qué pasa con el olor a huevo podrido y quién es ese tal Ru...? —Cristina no pudo terminar la pregunta.

—¿¡Cómo que huevo podrido!? —espetó una voz desde la puerta.

Todos giraron la cabeza y cuando vieron a Mani entrar a toda prisa, gruñeron al unísono.

—Nada —dijo rápido Hannah—, estábamos explicándole a Cristina los entresijos de la casa. No hay por qué preocuparse.

Cristina puso cara de asombro y, muy convenientemente, Hannah le pidió que sacara de la despensa todas las cajas de huevos para explicarle después, con pelos y señales, qué raza de gallina ponía cada cual.

Entonces aprendió que, efectivamente, los huevos verdes no es que estén podridos, sino que los ponen las gallinas araucanas.

—Menos mal —dijo Mani mientras se sentaba a la mesa con un resoplido.

Y ahí se quedó la cosa sin que Cristina supiera quién era Rupert, si era costumbre en Cumbria cocinar repollo en mitad de la noche, si las tuberías tendían a oler a huevo podrido o si Mani tenía un olfato fino.

El caso es que a lo largo del día, cada vez que él entraba por la puerta lo primero que hacía, incluso antes de quitarse las botas llenas de estiércol, era levantar la cabeza y husmear el aire buscando algo. A veces paraba en seco y seguía un supuesto rastro hasta topar con una pared o negar con la cabeza.

A parte de eso, la jornada se sucedió sin altercados con Cristina haciendo lo que le pedían sin darle tregua y contando los minutos que le quedaban para irse a dormir.

Estaba a punto de meterse en la cama cuando vio a Mani cruzar el pasillo como un espantapájaros lleno de mierda hasta las orejas sin fuerzas siquiera para estirar la espalda. Entró en su habitación, soltó un gruñido en el que mandaba al infierno a alguien, salió con un gel de

ducha en la mano y fue escaleras abajo a ducharse. O al menos es lo que Cristina supuso.

Se arrebujó entre las sábanas y apuntó «espantapájaros lleno de mierda» en su cuaderno y aquella ocurrencia le llevó a otra que la hizo perderse de nuevo en su mundo de historias sin contar. Su única forma de terapia.

Cristina seguía a lo suyo sin darse cuenta de que alguien carraspeaba. Solo el sonido de los nudillos contra la madera la hicieron mirar hacia la puerta donde Mani estaba plantado. Tenía las manos en los bolsillos del chándal y la camiseta de manga larga se le ajustaba al cuerpo. Estaba todo limpio y tenía el pelo todavía mojado. Con la humedad, aquel color a canela pasaba a rojo teja oscuro, lo que hacía resaltar sus ojos claros aún más. De tener pecas, parecería más inglés que los ingleses.

—En serio que me gustaría saber lo que escribes en ese cuaderno —dijo él apoyándose en el marco de la puerta.

Era conveniente que los humanos no supieran leer las mentes ajenas, pensó Cristina. Sus pensamientos comenzaban a transformarse en todo menos platónicos y, por supuesto, le hicieron perder el hilo de lo que quería replicarle.

—¿Han vuelto Estrella y Ángel? —preguntó ella por fin solo por rellenar el silencio después de un momento algo perdida.

—No. Me han mandado un mensaje para comunicarme que pararían a tomar algo en no sé qué *pub*. Tardarán en volver.

Mani entonces alzó la mirada al techo y arrugó la nariz. Husmeó el ambiente como había hecho cientos de veces durante el día, pero esta vez quedó satisfecho con lo que olió porque se relajó con una sonrisa en la cara. Cristina no pudo más y preguntó por fin.

—¿Huele mal?

—Aquí no —contestó críptico.

—¿Tiene que ver con el olor a hue...?

—No sigas por ahí —la cortó Mani en voz baja.

—¿Por qué? —susurró ella también. ¿A qué venía tanto secretismo?

Mani miró en todas direcciones, incluso sacó la cabeza al pasillo para asegurarse de que no había nadie. Volvió a husmear el aire y cuando olió, o no, lo que tanto le preocupaba, entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

—Vas a pensar que estoy loco y ahora mismo estoy tan cansado que lo más seguro es que cayera dormido antes de terminar de contarte.

Cristina levantó los brazos rendida y se dio cuenta de que Mani no estaba de pie, erecto como cualquier *Homo sapiens*. En realidad se mantenía girado sobre su propio eje vertical y la cadera no se mantenía horizontal al suelo. Parecía más bien que se mantenía sobre una pierna, con los hombros caídos y la cabeza ladeada.

Estaba hecho un cromo. Quasimodo tenía mejor pinta que él.

—Necesitas unas friegas de alcohol de romero, a ser posible. Las friegas harán que tu espalda se enderece y el romero ayudará con la peste —dijo con fingida indiferencia mientras terminaba de escribir una frase.

—Me acabo de bañar y huelo al gel de oferta de Boots —aseguró él apoyándose en la puerta.

—¿Lo estás en serio comparando al alcohol de romero?

—¿Tienes?

—No, pero mi crema de los pies con chile puede que te ayude. —Levantó la vista y se apiadó del hombre que estaba a punto de caer fulminado—. El calor del chile puede hacer maravillas en

los músculos, aunque no esperes milagros con el olor.

—¿Quieres ponerme crema de los pies en la espalda? —preguntó él sin mucha convicción.

—Haces muchas preguntas, Mani. Es lo que hay. ¿Quieres unas friegas o no?

—Vale.

Y se dejó caer sobre la cama boca abajo al lado de Cristina soltando un gruñido. Por lo visto, había dejado de aparentar. Mani estaba tan molido como el resto o más.

—Eh... Tu habitación está al otro lado del pasillo —comentó ella.

—Y tú estás aquí con la crema —le dijo él a la almohada.

Pobre Mani. No podía ni con su alma.

Encogiéndose de hombros, Cristina se puso en marcha. Cuanto antes acabase, antes podrían dormir. Crema en mano, luchó contra el colchón para subirle la camiseta, se sentó a horcajadas sobre su trasero, esparció una buena cantidad sobre su espalda y empezó a restregar con fuerza, primero con la punta de los dedos y luego con los nudillos.

Aquella actividad duró tres segundos y medio antes de parar por culpa de los sonidos guturales que salían de la garganta del paciente.

—No pares, por favor —suplicó Mani en cuanto no sintió las manos de Cristina frotarlo con ahínco.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Cristina apoyó todo el peso de su cuerpo sobre un bulto en medio de la espalda.

—¡Aaaaaah!

—Mani, si sigues así te van a oír y van a pensar cosas raras.

—¿¡Que me estás matando, quizá!?

Cristina apretó de nuevo moviendo en círculos los nudillos; esta vez con algo de saña.

—¡Ahí, ahí! —gritó él intentando levantar los brazos.

—En vez de espalda, lo que toco es la cordillera pirenaica de tantos nudos que tienes. —Ella respiraba con dificultad por el esfuerzo y él protestaba con jadeos.

—Y no veas cómo duele, pero no pares. ¡Aaaahhh!

Cristina siguió frota que te frota haciendo el mismo movimiento con los nudillos y con el talón de las manos como si estuviese lavando ropa a mano sobre una tabla de madera. Para cuando le dio una palmada para indicarle que había terminado, solo obtuvo por respuesta la respiración profunda de Mani y un pequeño ronquido tras cambiar a una posición más cómoda.

—¿Te has dormido? —Esta vez intentó moverlo para estar segura.

Él gruñó, pero no soltó prenda.

—Mani, tienes que irte a la cama. Recuerda que me tienes que despertar a tiempo para preparar el desayuno.

Medio dormido dijo algo parecido a que no pensaba dormir con Rupert, pidió por favor que no le hiciese semejante faena y comenzó a roncar.

El móvil de Cristina no tenía batería y en aquel lugar ningún cargador era compatible. Susana y ella tenían el mismo aparato, pero no volvió a cargarlo antes de que se marcharan. Porque, tonta de ella, había olvidado meter su cargador en el equipaje, así que Mani era su despertador y no tenía intención de ir a husmear a su habitación. Estaban todos cogiendo la mala costumbre de dormir donde pillaran.

Por eso lo zarandeó. Con insistencia.

—Ya voy. Dame un segundito. —Por fin parecía volver a la vida.

Mani trató de incorporarse, pero cayó dormido de nuevo antes incluso de que Cristina volviese de guardar la crema. El tío había caído de lado con un brazo aprisionado debajo y saliendo por el otro lado.

—Mani...

Cristina apretó con la yema de los dedos en una de las zonas que acababa de masajear. Tenía que doler.

Mani solo levantó la cabeza.

—Novata, ahora mismo no puedo moverme. Acabas de descolocarme las cervicales, ¿no te doy pena? Solo un momento y me marchó a mi cama.

Cristina se echó a reír, extendió una manta sobre él y se metió en la cama a seguir escribiendo.

Mani oyó la banda sonora de *Rocky* a las cuatro de la mañana, pero el sonido llegaba con sordina.

Se incorporó todo lo deprisa que su martirizado cuerpo le permitió, si bien el brazo de Cristina se lo impidió. Se había quedado dormido en su cama después del masaje y el sonido del móvil venía de la otra habitación.

Estaban hechos un nudo en la diminuta cama. Si se movían lo más mínimo, o ella acababa en el suelo, o él quedaba incrustado entre el colchón y la pared. Si intentaba moverse terminaría por despertarla y a Cristina le quedaban un par de horas de sueño. No recordaba cómo y cuándo se había metido en la cama con ella para empezar y quizá fuese mejor no escarbar hondo en las razones por las que terminó allí.

Respiró un par de veces el aroma que le llegaba de ella y poco a poco fue apartando extremidades, manta y edredón. Cristina dormía con la cabeza apoyada en el brazo derecho de él y su mano derecha lo abrazaba por la cintura encajando el brazo izquierdo de él justo debajo. Las piernas seguían un patrón parecido al de los brazos y era difícil desenredarse en aquellas condiciones, más aún cuando era casi imposible ver dónde acababa la pierna de uno y empezaba la de la otra. Y a eso había que añadirle la falta de circulación sanguínea por culpa de la presión. Vamos, que el cuerpo no respondía y tenía que maniobrar además en una cama individual. Consiguió desasirse deslizándose poco a poco hasta los pies del colchón mientras la musiquita del móvil sonaba cada vez más fuerte. Victorioso, acabó levantándose sin que Cristina se enterase.

Un rato más tarde, colocaba con cuidado el bebé de una cabra en posición para poder tirar de las pezuñas y sacarlo con vida del vientre de su madre. Venían dos y debían darse prisa.

—Es casi la hora del desayuno y todavía siento que ni hemos empezado —soltó Dominic cabreado—. Me debes una por arruinar la única semana de vacaciones que no quería cogerme.

—Arg. Vamos, preciosa. Un empujón más —gruñó Mani.

La cabra baló su descontento por el esfuerzo, pero empujó otra vez. La cría salió despedida hacia fuera, resbaló sobre la paja e intentó levantar sin éxito la cabeza. Mani le limpió la boca y restregó con paja el cuerpo de la recién nacida hasta que reaccionó. Le levantó una de las patas. Era macho. Agarró las patas delanteras del choto y lo acercó a la madre para que esta lamiese a su bebé como le pedía el instinto. Tras unos segundos, el segundo par de pezuñas salía por las nuevas contracciones, pero la cabra estaba demasiado cansada para empujar con la fuerza necesaria. Esta vez fue más fácil, sin embargo. La cría venía como debía y solo hubo que tirar en

una ocasión. Limpió los restos de placenta, era hembra, y presentó el bebé a su madre, que, para entonces, tenía a su primer chivo casi limpio.

Mani se incorporó satisfecho y disfrutó unos momentos de aquella escena. Daba igual el tiempo que pasara y las veces que lo hiciera; llevar un parto a buen término era siempre motivo de alegría.

—¿Tenemos alguna más? —preguntó a Dominic.

—No, Peter está con las ovejas. Por ahora hemos terminado y tengo hambre.

—Yo también.

Mani miró el reloj y, al darse cuenta de la hora, empezó a correr de vuelta al granero para despertar a Cristina antes de que fuese demasiado tarde. A los pies de la escalera empezó a quitarse las botas de goma a trompicones rezando para que Hannah no estuviese ya en la cocina.

Por supuesto que la jefa estaba en la cocina. Canturreaba y sacaba ingredientes de la nevera mientras en la plancha se derretía un buen trozo de mantequilla.

—Joder —dijo al echar un vistazo a través de la puerta—. Joder, joder, joder.

Oyó una sonora carcajada desde la cocina.

—¡Esa boca! —lo reprendió Hannah.

Mani subió de tres en tres las escaleras y abrió la puerta de la habitación de Cristina sin llamar.

—Novata. —Se acercó a ella—. Novata —insistió mientras intentaba despertarla abriendo las cortinas.

—Grrrrr —se oyó debajo de la colcha.

—Lo siento, pero se me ha ido el santo al cielo y andas un poco pillada de tiempo.

—¿Mm?

—Son casi las siete y media.

Cristina alzó la cabeza de golpe.

—No puede ser.

—¡La culpa no ha sido solo mía! —juró él.

—Mani, ¡te dije que me despertaras a las siete!

Cristina saltó de la cama dándole un empujón y salió corriendo al cuarto de baño escaleras abajo.

—¡Pero ponte algo encima!

Cristina ni lo miró.

—Mierda, mierda y más mierda —iba murmurando ella mientras se ponía las zapatillas—. ¡Qué frío!

—Buenos días, belleza —cantó Hannah riéndose y estirando la cabeza en dirección a la puerta cuando Cristina saltó de golpe los últimos tres escalones.

—¡Ahora mismo estoy contigo! —contestó aprisa.

Cristina corrió al baño para lavarse la cara, hacer sus necesidades y cepillarse el pelo ensortijado. Desenredar un pelo largo con tendencia a ondularse era una pesadilla cuando había prisa. Lo dejó en el momento que se topó con el primer nudo y el cepillo casi se queda incrustado para siempre; al final se lo ató en un cutremoño y salió por la puerta a toda pastilla.

Volvió de vuelta ya más consciente de la poca ropa que llevaba encima cepillándose, sin pasta, los dientes por el camino y rezando para que ninguno de los chicos estuviese pululando en la entrada.

Todo despejado.

Subió los escalones de dos en dos y se juró entonces que limpiaría cuanto antes y de forma definitiva el baño de arriba para evitar semejante exhibición en el futuro. Iba con la ropa de cama y sin sujetador y todo bamboleaba a cada pisada.

—¡Qué frío hace en la Gran Bretaña, se mete en los huesos y ya no sale jamás! —espetó.

Giró en el descansillo a toda prisa y se encontró de bruces con Mani.

—Esta me la pagas. —Intentó rodearlo, pero él volvió a cortarle el paso.

—No volverá a pasar. Todavía tienes tiempo de ayudar con el desayuno.

—Se acabó lo de hacer de despertador. ¡Es la segunda vez! —Empezó a subir el último tramo.

Mani la seguía pidiendo disculpas y, de paso, entreteniendo la vista en las partes traseras de la Novata. Desde el primer día que la conociera, su mirada acababa centrada siempre en esa zona del cuerpo como por arte de magia

—Han nacido mellizos. Un chivo y una cabritilla y he tenido que ayudar —le dijo a dicha parte.

Cristina paró de repente y se dio la vuelta.

—¿De verdad? —preguntó toda acaramelada pensando en las pequeñas criaturas con grandes orejas y ojitos de bebé—. ¿Están bien? ¿Y la mamá?

Mani asintió.

—Hemos estado muy liados, Novata.

—Vale. ¡Pero mañana me despiertas a tiempo!

—¡¿Queréis dejar de gritar?! ¡Algunos tenemos dolor de cabeza! Cómo odio los lunes —refunfuñó Estrella desde su habitación.

Capítulo 10

Preparar el desayuno para una cuadrilla de granjeros hambrientos no resultó tan fácil como Cristina se imaginó.

Pensó que estando en la cocina sus días serían más relajados y no tendría que trabajar tanto en las cuadras. A ella le encantaban los animales y más de una vez le habían llamado la atención porque se pasaba más tiempo acariciándolos que recogiendo su mierda o preparando los pesebres. Nadie comprendía que cuando una cabra te dice «beeeee» pues lo más normal es ir y ver qué quiere, y preguntarle por su día, y, si se deja, rascarle la espalda. En Creek & Valley, sin embargo, tenían el tiempo tan apretado que ni un mísero hola a los terneros. Y del trabajo hercúleo mejor ni hablar. Por eso pensó que si ayudaba en la cocina quizá se quitara de los trabajos más pesados, por lo que se ofreció voluntaria a ayudar en la casa. Debió haberse imaginado que no iba a ser un camino de rosas cuando Peter la llevó personalmente de la mano a que Hannah le explicase lo que hacer.

La conversación que siguió acabó con un contrato verbal, allí mismo en la cocina, sentadas con un té entre las manos. Esa vez sin ron, que conste.

Estaban desesperados. Cristina, Ángel y Estrella regresaban a Madrid al día siguiente. Sus hijos volvían a los estudios, uno de los muchachos que había vuelto antes de sus vacaciones se había puesto enfermo y en un par de semanas tendrían el primer taller de la temporada. Quince personas nuevas cada fin de semana deseosas de aprender cómo hilar lana, teñirla y tejer con ella en los telares; y Hannah no tenía nada preparado.

Cuando Hannah prometió que le pagaría por el trabajo si se quedaba una semana más con ellos y que Mani también había decidido quedarse, por lo que podía volver a España con él en coche, Cristina no lo dudó. Ni siquiera preguntó cuánto ganaría; confiaba en ellos. Nada la esperaba en Madrid de todas formas y en Creek & Valley la necesitaban como el comer.

Sustituiría el trabajo más duro por los fogones y de tener tiempo ayudaría en los establos si fuese necesario.

Ángel y Estrella retornaron, pues, encantados a los madriles y Cristina se frotó las manos imaginando las recetas buenísimas con las que podía experimentar.

Buen plan, ¿verdad?

Pues no tanto.

¿Qué diablos comen los ingleses para desayunar después de llevar tres horas trabajando en una granja? Cristina lo aprendió rápido ese día y se olvidó de inmediato de todos esos experimentos con los que había soñado.

Cuando llegó a la cocina, Hannah ya había puesto un montón de fuentes sobre la mesa e iba y venía con movimientos precisos mientras lanzaba instrucciones sin mirar a nadie.

—Desde que tenemos la plancha es mucho más fácil —dijo señalando la cocina ultramoderna de la izquierda—, pero el AGA sigue siendo el rey. Todo lo que vayas terminando, lo pones en una bandeja y lo metes en el AGA para mantener la comida caliente.

El AGA. Otro desconocido para ella y que allí era uno más de la familia.

Se trataba de una cocina con horno que siempre estaba encendida. En serio, siempre encendida. Hacía las veces de fogón, asador y calefacción central. Iba a gas y tenía dos gruesas

tapas en la parte de arriba que al abrirlas dejaban a la vista una placa metálica redonda para plantar las cacerolas encima. Cuando se terminaba de cocinar, la tapa se cerraba y listo. Ese AGA era además de los grandes, con cinco hornos nada menos. Podías cocinar un ganso a la vez que horneabas pan, gratinabas los vegetales y calentabas los platos para presentarlos calientes en la mesa.

Una maravilla. Con mayúsculas.

Cristina fue presentada oficialmente al AGA y a la cocina de gas más moderna y parecida a lo que ella conocía, y con un par de instrucciones y una palmadita en la espalda la lanzaron a los leones. Necesitaba preparar a tiempo dos mil kilos de beicon que se parecía poco al beicon; docenas y docenas de huevos revueltos con un chorrito de leche, porque sin leche no hay huevo revuelto que sepa bien; tres kilos de medios tomates a la parrilla; a saber cuántas rodajas de *black pudding* o lo que en cristiano ella entendió como morcilla; cuatro latas de judías blancas preparadas con salsa de tomate; tostadas que primero hubo que cortar a mano de un pan enorme larguísimo cuadrado, porque en Inglaterra el pan de molde no se compra en rodajas y además está mucho más duro; zumo de naranja embotellado que prometía ser cien por cien natural por muy poco que recordara al cítrico; unos yogures que estaban ácidos a más no poder y litros y litros de café y té con leche.

Cuando los hombres y mujeres empezaron a sentarse en la mesa, la cocina parecía más un campo minado que un lugar donde poder recuperar fuerzas. Pero allí todo el mundo fue paciente y nadie comentó nada en el primer día que la nueva pinche les preparaba el desayuno. La misma que no paraba de decir «sorry» o «just a moment» con acento irlandés, para más inri.

¿Dónde se había metido? Una semana de tres comidas al día, ayudar a poner en orden el taller, limpiar los establos y seguro que alguna sorpresa más le tendrían preparada.

Lo tenía merecido por haber intentado escaquearse.

Menos mal que la granja parecía volver a la normalidad y todo el mundo sabía lo que tenía que hacer. ¡Pero eso incluía que tuviesen el desayuno a punto y a su hora!

Porque todo aquello no era, ni por asomo, lo que habían estado desayunando hasta el día anterior. Nadie pidió cereales y la fruta parecía de adorno, con lo cara que estaba. Como ellos siempre habían empezado más tarde que los demás... Además, ahí había alimentos que no podían sentar bien a tan temprana hora.

—Tiene muy buena pinta y huele de maravilla —dijo Dominic mirando dónde trinchar después de haberse comido dos platos hasta arriba de comida.

—Para ser la primera vez, Cristina no lo está haciendo del todo mal —dijo alguien a su espalda.

Sudaba como un pollo y estaba segura de que algo importante se le había olvidado. Como no quedaba un milímetro libre en la superficie de la mesa, pensó que tampoco podía ser muy grave.

—Gracias, gente inglesa —replicó ella en un resoplido.

—¡Descarada! —gritó Peter aguantando la risa.

—A que no sois capaces de decirlo en castellano —retó ella.

—A que sí. Cualquier palabra que se te ocurra.

Cinco minutos después, seguían intentando cualquier palabra que a ella se le ocurriera, cuanto más sonora mejor. No conocía a casi ninguna de aquellas personas, pero se sentía parte del grupo ya.

—Des... par... pa... jo —repitió Cristina por enésima vez.

—Des... pæaa... peaaa... ho.

—Más o menos.

—No te molestes, llevan toda la vida practicando las erres y las jotas y parece que empezaron ayer —dijo Mani de repente.

Mani acababa de entrar en la cocina y, como era el último en llegar, todos tuvieron que mover el culo para hacerle un hueco. Con lo grande que era el banco y lo pequeño que parecía cuando cuatro hombres como aquellos se sentaban en él.

—Tenemos un caso de mastitis. Deberías llamar a Robert —le dijo Mani al dueño.

Peter soltó el aire y se levantó a llamar al tal Robert.

—Gasto más en veterinarios que en pienso —dijo al salir.

—Lo que hay que oír —se quejó Mani antes de sentarse.

Al dejarse caer, Cristina vio con el rabillo del ojo cómo le asomaba el dedo gordo del pie por un agujero en los calcetines parduzcos. Su ropa siempre estaba a punto de hacerse jirones y conseguía mantenerla a base de remiendos y malas costuras. Ella pensó que, aunque era lógico usar lo más posible la ropa de trabajo, aquello era ir demasiado lejos. Más aún cuando, al sentarse, una de las costuras del pantalón dijo a gritos: «Hasta aquí hemos llegado, amigos».

Nadie se inmutó en aquella mesa tan ocupados como estaban con las miradas fijas en el plato, mezclando huevos con judías blancas mientras desaparecían las tostadas entre parpadeo y parpadeo. Estaba claro que reventar costuras puntuaba muy por debajo en la escala de prioridades a la hora de hacer comentarios en el desayuno.

Cristina fue a decir algo, pero el temporizador le recordó que había más pan metido en uno de los hornos y, ya de paso, mejor era poner agua a cocer. El té se bebía en un visto y no visto. Si alguien pasaba más de media hora en la cocina podía poner a hervir agua al menos cuatro veces. Aquella debía de ser la tercera tanda desde que se levantasen.

Cuando volvió a la mesa, la comida había casi desaparecido y Mani buscaba, tenedor en alto, donde pinchar para no dejar en las fuentes ni las migajas.

Hannah parecía disfrutar viendo la cara de estupefacción de la española.

—Llevan desde antes del amanecer en pie y doblan turnos porque tenemos poca gente —dijo—. Da igual cuánta comida pongas, siempre será poca.

Cristina solo pudo asentir, con la boca abierta y una nueva opinión sobre el trabajo que realizaba aquella gente todos los días. Tenían las manos agrietadas, arrugas alrededor de los ojos y estaba segura de que aparentaban una década más de la edad que realmente tenían. Las dos mujeres que trabajaban allí también mostraban las señales de un trabajo a la intemperie, lidiando con animales y maquinaria. Fornidas, con el pelo al buen tuntún y unos músculos que más quisieran las que chupan horas de gimnasio levantando pesas.

Y Mani encajaba a la perfección en aquel grupo. De no saber que era químico y se pasaba el día mirando por microscopios, hubiese jurado que había sido criado por una loba.

El pelo lo tenía tan revuelto que parecía nido de gorriones. Aunque se había lavado las manos, la suciedad le cubría de arriba abajo; olía a mierda de vaca y una pluma había quedado pegada al codo.

—Deja que me ocupe del resto —dijo Hannah dándole una palmada en el hombro—. Tú siéntate y desayuna, que también te espera un día duro.

Cristina se sentó sin rechistar y se pensó varias veces lo de arriesgar la vida para trinchar aquel último pedazo de beicon de la fuente que todos los comensales miraban con cara de leones hambrientos. Lamiéndose los colmillos y todo.

Por si acaso esperó paciente a que la anfitriona trajera otra sartén con huevos, una segunda

cazuela de judías blancas con salsa de tomate, una fuente de morcilla y una montaña de lonchas de beicon.

—Hace falta más té —dijo para sí, aunque, en vez de levantarse, aprovechó para trincar algo de carne y huevos.

El hambre quedó algo aplacada y unos diez minutos después, uno a uno, los allí presentes se recostaron para disfrutar de la última taza de té antes de volver al tajo.

Cristina sintió un dedo gordo calloso tropezar con su tobillo, por lo que aprovechó entonces para indagar. Al fin y al cabo todo el mundo parecía estar de buen humor y había que pararle los pies a alguien, nunca mejor dicho.

—¿Has pensado, no sé, hacer un curso de corte y confección? —le preguntó a Mani—. Cortito, de esos que se enseñan los martes por la tarde a ávidos de las artes manuales que quieren gastarse una millonada en una máquina de coser que lo hace todo sola. Seguro que Hannah puede hacerte un hueco en uno de sus talleres.

Mani quedó a medio camino de agarrar la tetera y se quedó mirando con nueva admiración la cubierta hecha de ganchillo que la cubría a la vez que Cristina sentía aquel dedo gordo retroceder.

En realidad, tomar el té era mejor que la pausa del cigarrillo y allí todos fumaban, todo sea dicho. Además, como las barrigas estaban llenas y no había que luchar por la comida, todo el mundo se entretuvo en estudiar cómo él respondía.

—Me apaño bien —dijo seco Mani.

—Estoy de acuerdo, pero ¿qué dice Rupert al respecto?

Alguien tuvo que hacer esfuerzos para no escupir el té por culpa de la carcajada.

—Eso, Mani. ¿Qué opina Rupert? —preguntó uno de los muchachos jocoso.

Mani le hizo una peineta a lo inglés, es decir, con el dedo índice y el del medio, y, muy despacio se giró para mirar de frente a Cristina.

—Preferiría que dijéramos «el que nunca será nombrado» —mandó algo enfurruñado.

—Aquí donde lo ves, a Mani le dan miedo los espíritus —se chivó Dominic.

—No entiendo nada —aseguró Cristina. Porque era cierto.

—Rupert es un fantasma —aseguró Hannah.

Cristina miró a todo el mundo a la cara para asegurarse de que no le estaban tomando el pelo.

—Bueno, espíritu, ente, halo de energía. Todo vale —aseguró Dominic.

Hannah tomó el relevo.

—Las dos granjas están construidas sobre los cimientos de una antiquísima casa señorial. Según los archivos, fue fortificación en el medievo, pero los sucesivos señores fueron convirtiéndola en residencia palaciega.

»El más famoso de ellos fue Rupert, el vengador.

—Lo de vengador te lo estás inventando —acusó Peter.

—Yo me lo creo —aseguró Mani.

—Porque a ti te putea —dijeron a la vez todos los demás.

Hannah continuó con la historia.

—Murió acuchillado por la espalda y acusaron a su propia hija del asesinato. Por lo visto, el parricidio lo llevaban en el código genético porque pasó otras tres veces más.

Mani se movía nervioso y jugaba con el cuchillo de mesa haciéndolo girar como una peonza.

—Sir Rupert llevó siempre en vida unos guantes color carmín y por eso creemos que es él, a juzgar por los reflejos rojos que a veces se ven en las paredes —continuó Peter.

—¿Quién? —Cristina estaba perdidísima y dudaba ya de que su inglés fuera lo suficientemente bueno como para entender todo aquello.

—El espíritu que huele a huevo podrido. El que huele a repollo es una mujer que se sienta a leer en las esquinas. Te aconsejo que, si no te importa mucho el olor a col, te quedes donde ella está; relaja una barbaridad —aseguró Hannah.

—¿Va en serio? ¿Creéis que hay fantasmas en esta casa? —Tenía que ser una broma, ¿verdad?

—¿Y en cuál no? —preguntó Dominic confundido.

Cristina arqueó las cejas por la sorpresa. ¿Es que aquello era de dominio público?

—¿Me vais a decir que Wordsworth, por ejemplo, camina todavía por los salones de Rydal Mount? —preguntó sarcástica.

—Uy, acabas de entrar en terreno peligroso. Todas las casas en las que vivió el poeta se pelean por ese honor —aseguró Peter—. Yo me lo imagino a la perfección sentado en Dove Cottage comiendo *porridge* por las mañanas. Las gachas de avena eran su desayuno diario incluso cuando vivía a cuerpo de rey.

Todos asintieron.

—La española no se lo cree —dijo Dominic mirando a la escéptica Cristina.

—Es normal, hasta que no los vea...

Hannah le tocó el brazo y le hizo una caricia a lo «pobrecita, no te preocupes, que ya llegará». Y Cristina seguía sin dar crédito, pero tenía también curiosidad.

—Volvamos a Rupert y ¿qué tiene que ver Mani con él?

—¡Pues todo! —protestó el aludido—. Rara es la vez que vengo y no me cambia las cosas de sitio; me roba las mantas; salta durante horas sobre la única balda de madera del suelo que cruje; ¡la última vez metió crema de manos en el tubo de pasta dentífrica! Y no me preguntes cómo lo hace porque todavía estoy trabajando en como desenmascararle.

—Puso hasta cámaras de seguridad —siseó Dominic llevándose un dedo a la sien—. Como si Rupert no lo conociera.

—Debió de escuchar mi plan antes de llevarlo a cabo —gruñó Mani.

—Al menos esa vez no apareció —malmetió alguien.

—Una de cada diez. Magnífica estadística —refunfuñó Mani ofendidísimo.

—No sé qué pensar. ¿Es peligroso? —Cristina empezaba a cagarse de miedo.

—Solo atormenta a Mani y cuando está solo, para que la humanidad piense que está loco. Así que no tienes nada de lo que preocuparte —aseguró Hannah.

Pues sí que el tal sir Rupert era un capullo, oiga.

—Volviendo a Dove Cottage —interrumpió Peter—. He oído que van a cerrar porque quieren remodelarlo.

—Ya iba siendo hora.

—Lo que me recuerda que Cristina quería ir. Ya que vais al baile escocés esta noche, podríais acercarla primero a Dove Cottage y luego al Grasmere Village Hall.

Cristina no sabía nada de bailes escoceses, pero si para ir a Dove Cottage había que bailar después, ¿quién era ella para quejarse?

—Yo no voy si tú no vas —le dijo Dominic muy serio a Mani.

—Ya estamos... —suspiró Hannah.

—En serio, sé quién va. Así que..., a no ser que se apunte Mani, yo no voy.

Cristina se asustó, de verdad, lo de sir Rupert era nada en comparación con no ir a Dove

Cottage. Así que se giró y suplicó a Mani con la mirada.

—Pareces un emoji con corazones en los ojos —aseguró este.

Cristina volvió a pestañear. Esa vez mucho más despacio.

Mani se echó a reír, negó con la cabeza y claudicó.

—Vale, te llevo. Y tú, Dominic, no seas tan dramático. Vamos, bebemos una cerveza, echamos un baile y a casa. Tampoco es para tanto.

Dove Cottage había sido la primera residencia de William Wordsworth en Cumbria hasta que se mudaron a Rydal Mount. Esta última, una vivienda más acorde con el tamaño de la familia y el reconocimiento que ya recibía entonces.

Cristina se pasó con la boca abierta toda la visita. Los techos bajos, la madera de las paredes, la piedra pulida del suelo de la planta baja, el mobiliario. Aquella casa respiraba. Un gas invisible se cernía sobre ella rodeándola y, si cerraba muy fuerte los ojos, la podría llevar volando a mundos de locura. Disfrutó de cada segundo y no se privó de tocarlo todo. ¡Y el jardín! Decenas de tonos de verdes, lleno de flores y rincones mágicos ocupando parte de la ladera de la colina en la que se asentaba la casa.

Mani la guio y explicó lo que sabía, aunque reconoció que había estado allí solo una vez con anterioridad. Comentó que él era más de andar por el monte o hacer excursiones con la bicicleta de montaña, cosa que Cristina ya sabía.

Pero no soltó su brazo en todo el tiempo que miraron las vitrinas con artilugios de aquel tiempo pasado, o cuando pasearon por el jardín. Y ella no se quejó si él tuvo que acercarse mucho y relatarle todo bajito y al oído para no molestar a los otros visitantes.

—Es hora de ir al baile —dijo ella toda acalorada como única excusa plausible. A cada minuto que pasaba, la presencia de Mani se le hacía más incómoda. Le ponía la piel de gallina, le daba escalofríos, su cuerpo respondía a él sin que ella pudiese hacer nada por impedirlo.

Él asintió con la cabeza y al baile que fueron.

La gente se acumulaba ya a la entrada del Grasmere Village Hall cuando llegaron y a Cristina le pareció curioso que algunos fueran con la ropa de domingo y otros parecieran haber salido de la cama hacía dos minutos; ah, y la mayoría llevaba botas de montaña. ¿Sería lo más cómodo para bailar a lo escocés? Miró los pies de Mani y, sí, las suyas eran negras con el simbolito amarillo del Gore-Tex.

Respiró aliviada cuando encontró la sección de mujeres más o menos jóvenes que habían optado por vestido y zapato mono; alguna de ellas con minifaldas realmente cortas. Ella quedaba en el medio, más o menos. Con zapatos bajos, pantalones vaqueros y un jersey de cuello alto de angora negro. Lo único decente que le cupo en la maleta, en realidad.

El baile tendría lugar en una sala grande con escenario a un lado, donde ya un par de músicos afinaban los instrumentos, y una mesa larga llena de comida al otro. En el centro quedaba la pista de baile. Según el programa tendrían gaita, por supuesto, violín y flauta.

—Aquí pone que habrá una introducción. ¿Qué significa?

Mani ojeó el programa un momento.

—No todos conocen los pasos. Al principio enseñan los movimientos más básicos y según evoluciona la noche se empieza a complicar. Así todo el mundo puede bailar como sabe.

Eso era un alivio, porque Cristina había nacido con dos pies izquierdos. Aprender a montar en bicicleta ya había sido casi un milagro.

Un caballero con falda subió al escenario y les dio la bienvenida para enseñarles a continuación a danzar en cuadrados, círculos, cruces y líneas paralelas. Los dedos gordos de los pies de Mani sufrieron los pisotones de Cristina y, sabiendo de los tomates en los calcetines, no hubiese sido de extrañar que acabara con las uñas negras.

Disfrutó contando, haciendo reverencias y dando vueltas como una niña agarrando las manos callosas y fuertes de aquel hombretón con el que se encontraba a gusto un momento y al siguiente le daba incómodas vibraciones. Desde que se conocieran esa dualidad había estado siempre presente en ella.

Aplaudieron tras terminar sin percances el primer baile y entonces Mani se disculpó para ir a hablar con Dominic. Sin pareja, ella decidió atacar los sándwiches de queso y pepinillo, algo muy típico.

En un aparte decidió disfrutar del baile contemplando a los profesionales y allí vio al señor alto de humor seco del primer día, ese que le prometió té recién hecho cuando volviese a Dora's Field. Él miraba aquí y allí y, cuando la reconoció, se acercó.

El mono azul de trabajo lo había dejado esa noche en el armario. Como la ocasión dictaba, llevaba falda escocesa, chaleco y chaqueta de *tweed* a juego. Algo hortera, en su opinión, pero el caballero sabía llevarlo con elegancia. Le sonreía más con los ojos claros que con la boca, pero la cercanía estaba ahí. Era apuesto y las entradas en lo alto de la frente lo hacían más interesante. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y entre el color rojo asomaban zonas plateadas, sobre todo en las sienes.

—¿Ha tenido la oportunidad de tomar el té en Rydal Mount? —preguntó galante.

A Cristina le asombró que se acordara de aquel pequeño detalle. En el fondo había sido una pequeña broma, hablar por hablar.

—Me temo que no. Al menos hoy he visitado Dove Cottage.

—¿Le ha gustado?

—Muchísimo —dijo honesta.

—No me lo diga. Es usted una romántica.

—Hasta la médula y muy orgullosa de ello.

—Podría hablar entonces con mi hijo mayor, lo mismo se le pegaba algo. Apostaría cinco libras a que usted sabría hacerle entrar en razón. Es tan... prosaico. —Y chascó la lengua.

—Cinco libras es muy poco salario para tamaña empresa.

—Hablan mis genes escoceses —admitió con una sonrisa—. Ya se sabe que todo lo que pase de cinco libras nos parece caro.

Ella fue a replicar, pero comenzaron a tocar una nueva pieza.

—¿Le apetece bailar, señorita? —preguntó él.

Cristina había terminado de comer, así que se dijo: «¿Por qué no?». —

Soy nueva en esto y algo torpe. Espero que no tenga juanetes.

El desconocido alto y ahora apuesto soltó una carcajada y la guio al centro de la sala. Se añadieron a otra pareja y bailaron lo que les habían enseñado al llegar.

Cristina danzó, dio saltos, siguió el ritmo de la música y nadie la regañó por tropezar con esta o aquella pierna.

Cuando la música terminó tuvo que apoyarse en su pareja de baile porque le faltaba el aire. Salieron de la pista y, una vez recuperó el aliento, comenzaron a charlar.

—¿Viene usted de visita a los Lagos a cuenta de su literatura, entonces?

—No, en realidad he venido a ayudar a unos amigos.

Y le contó por encima lo que había sido su aventura hasta el momento. De repente, el desconocido se tensó.

—Cristina. —Sintió unos golpecitos en el hombro y giró la cabeza.

Ahí plantado y más tieso que una vara tenía a Mani, que, si bien se había dirigido a ella, miraba más al hombre con el que había estado charlando.

—¿Sí?

—Ha surgido una emergencia —dijo serio.

Por instinto, Cristina se dio la vuelta dando la espalda a su acompañante.

—¿Están todos bien? —preguntó inquieta.

Miró alrededor buscando a sus compañeros y respiró aliviada al ver que todos sus conocidos estaban allí.

—Una vaca está de parto y necesito una ayudante —dijo serio a la vez que la cogía del brazo y la invitaba a salir.

Cristina estaba confusa. ¿No sería mejor llamar a un profesional?

—Debería ir, señorita —dijo sonriente el señor alto y apuesto—, estas cosas son importantes. —Se dio la vuelta con mucha teatralidad y se fue.

Ella, algo confusa, siguió a Mani a donde fuese que la necesitara.

Tardaron un buen rato en llegar y con el traqueteo Cristina no sentía su propia piel para cuando saltó del coche. Aquel Land Rover era más viejo que su abuelo y se notaba en la inexistente suspensión. Se había pasado medio viaje con las manos en alto intentando no chocar con el techo o la puerta. Habían salido hacía kilómetros de la carretera principal y la última parte del camino estaba sin arreglar. Pronto empezaría a oscurecer y en algún momento dejó de ver luces de casas en la lejanía. Se encontraban en medio de la nada.

Cuando llegaron a la finca, solo había pastos y colinas libres de árboles hasta donde alcanzaba la vista; el viento soplaba fuerte y no apareció nadie cuando Mani salió del coche para abrir el portón enganchado a la pared de piedra con cadenas. Condujeron unos doscientos metros y por fin asomó la granja. Cristina respiró aliviada, aunque duró poco. Incluso con la poca luz del atardecer podía verse perfectamente que los edificios de aquella granja estaban a punto de caer por su propio peso. A través de las ventanas de la vivienda se veían cortinas que debieron de ser compradas en el año 1971 y la pintura de la puerta estaba descascarillada de forma que asomaban varios colores unos pintados sobre otros. El terreno era un lodazal y miraran donde miraran había restos de tractores y maquinaria agraria medio sepultados. Todo cubierto de herrumbre. Creek & Valley era un palacio con vistas, en comparación.

Aquel lugar estaba desierto y, de no ser por algún que otro mugido, bien podían estar en una granja abandonada tiempo atrás.

—Por aquí —dijo Mani mientras se dirigía a una de las cuadras al tiempo que esquivaba restos de uralita y piedras amontonadas.

Ella lo siguió intentando no resbalar, agradeciendo la existencia de aquellas horribles botas negras de goma dos tallas demasiado grandes que siempre guardaban en el maletero. Miedo le daba pensar cómo estarían los establos si en el corral podía hundirse hasta casi la rodilla.

—¿No tienes nada que coger del maletero? —Cristina preguntó porque volver podría ser una odisea y olía a lluvia.

—Primero tengo que ver cómo está la vaca y lo avanzado del parto. Espero no haber llegado

demasiado tarde —contestó él sin darse la vuelta. Iba a buen paso y era difícil mantener el ritmo.

Cristina paró en seco. ¿Cómo que demasiado tarde?

Mani advirtió que su acompañante había dejado de andar y que, segundo a segundo, se hundía en el lodo como si estuviese en un mar de arenas movedizas. Volvió sobre sus pasos y, a duras penas, consiguió desatascarla sin perder las botas por el camino.

—¿Crees que el ternero pueda estar muerto? —preguntó presa del pánico. Más por la salud del animal que por la seria posibilidad de acabar allí sepultada para siempre.

Él asintió con la cabeza mientras tiraba de ella apremiándola a seguirlo.

—Es una posibilidad. Es un parto de riesgo.

Cristina corrió tras él con el estómago en el esófago y miró por dónde salir corriendo para vomitar en el caso de encontrarse con una escena la mitad de gore de la que Mani le había puesto en la cabeza.

No le hizo falta buscar mucho, porque para poder entrar en el establo había que subir un escalón de medio metro de alto provocado por la acumulación de estiércol. *Grosso modo*, ella calculaba que dejaron de limpiar allí el mismo año que compraron las cortinas. Si vomitaba en cualquier esquina nadie se daría cuenta.

Dentro los esperaban una fila de vacas metidas en una especie de corral y otra, al fondo, separada por barrotes de madera. Mani fue directamente a por la que estaba sola.

El animal se encontraba medio tumbado lanzando mugidos que le romperían el corazón a cualquiera con sangre en las venas.

Cuando Mani se acercó, la vaca intentó incorporarse aunque solo consiguió un ligero balanceo y debió de ser doloroso porque, inmediatamente, quiso cambiar la postura.

—¿No sería mejor que viniese un veterinario? —preguntó Cristina con voz queda. Ni siquiera pensó que Mani fuese a oírla. Fue más una reflexión para sí.

—¿Y qué te crees que soy yo? —contestó Mani todo áspero.

—Yo creía...

—Perdona. Deja que me asegure de que la vaca se encuentra bien y luego te explico, ¿vale?

Cristina dijo que sí con la cabeza, cada vez más confusa.

Mani y Raúl trabajaban, por lo que ella sabía, en una empresa farmacéutica y, como su amigo era químico, había asumido que Mani también lo era.

—Novata —llamó Mani.

Cristina se acercó a él intentando mantener las distancias con la vaca. Estaba nerviosa en medio de un parto difícil, lo último que necesitaba era que los movimientos de ella la fueran a asustar, ¿no?

—Dime —susurró.

—Ve al coche, por favor —mandó Mani mientras sacaba un guante de plástico larguísimo del bolsillo—, y tráeme el maletín grande y la bolsa de deporte azul. He dejado el maletero abierto.

Cristina salió presta del establo con una sensación incomodísima sobre los hombros. La responsabilidad que sintió por aquella vaca y su ternero no nacido era algo que nunca había experimentado hasta entonces.

Jamás tuvo animales en casa porque su padres pensaban que un animal doméstico en un piso era una crueldad. Y siempre se mantuvieron firmes al respecto. Ni siquiera cuando la vecina del cuarto murió, quisieron cuidar de su gata, aún y cuando le habían dado de comer el tiempo que la anciana estuvo en el hospital.

Pero ahora no era el momento de pensar en gatos o periquitos. Una vaca necesitaba de ayuda

urgente.

Abrió el maletero del Land Rover y buscó rápido lo que Mani le había pedido. Había dos maletines, así que cogió el más grande y la bolsa de un azul fuerte con el logo de un club deportivo. Tenía que ser esa.

Cargando con los dos bártulos e intentando no dejarlos caer sobre el barro, cerró las puertas del todoterreno y corrió de vuelta al establo sorteando baches.

Al entrar encontró allí a un señor mayor con las manos en los bolsillos discutiendo con Mani entre gruñidos.

Cristina se acercó despacio por miedo a interrumpir, aunque otro mugido de dolor de la vaca le hizo acelerar el paso.

—Déjalo todo ahí —le pidió Mani.

En la pared había un adoquín enorme de piedra lo bastante ancho como para poner las bolsas.

—No hacía falta venir, *vet*, la vaca se encuentra bien —gruñó el hombre mayor.

—Estaba aquí al lado. No me costaba acercarme y ver cómo iba —contestó seco Mani sin dejar de auscultar a la vaca.

Cristina no sabía muy bien de dónde venía tanta animadversión, pero aquel señor estaba tieso como una vara y Mani no paraba de mentir.

—Al olor de un buen montón de libras es a lo que venías, ¿verdad?

—Lo que haga falta por Gilda, señor.

—Ya. —Aquel «señor» era todo menos respetuoso.

Sin decir nada más, Mani sacó de la bolsa un bote y unas gasas. Fue hacia la vaca, la apartó el rabo y comenzó a limpiar. Justo después se puso un guante que le llegaba hasta el hombro, lo recubrió con el gel del bote y, sin pensárselo, comenzó a meter la mano. Ahí, en el recto, como si tal cosa, poco a poco hasta pasado el codo.

Gilda se quejó. Normal.

Cristina eligió la esquina más alejada preparada para todo cuando la cerveza y el sándwich de pepino de la fiesta decidieran dejar su cuerpo a través del esófago.

Mani, arrodillado, palpó ahí dentro mientras movía y presionaba con la otra mano, la de fuera, sobre la pelvis y el abdomen de la vaca. Y ella no perdió ni un segundo en fotografiar aquella estampa en su cabeza. Dolorosa en todos sus aspectos y real, como la vida.

Gilda volvió a gemir de dolor.

Entonces Mani comenzó a sacar aquel brazo y, con este, salió una buena cantidad de mierda semilíquida.

Cristina apartó la vista y comenzó a respirar por la boca.

—Nos quedamos aquí esta noche —anunció Mani.

—¿Y por cuánto me va a salir la broma?! —replicó aquel «caballero».

—Por lo que haga falta, Bluefield. O, si lo prefiere, puede perder a la madre y la cría. Usted decide.

Un momento, ¿iban a marcharse así sin más si aquel hombre no quería gastarse el dinero? A lo mejor un crédito... Irse sin asegurarse de que la vaca y el ternero estaban bien era una maldad y seguro que iba en contra del código deontológico de los veterinarios, ¿verdad? ¿¡Verdad!?

La vaca volvió a mugir y Cristina no pudo menos que acercarse despacio y acariciarle el cuello. Miró con temor a Mani, pero este solo tenía ojos para el granjero. Y entonces se dio cuenta: estaban en medio de un duelo silencioso.

Al cabo de un momento de lanzar ambos dagas por los ojos llegaron a una especie de

entendimiento.

—Deberás mandarle entonces la factura a los Williams. Al fin y al cabo es culpa suya que hubiese un hueco en la valla y tuviesen a su toro sin controlar. Y no pienses tampoco que os voy a dar de cenar —espetó aquel hombre agrio antes de salir sin mirar atrás mascullando protestas.

—Nos quedamos, ¿verdad? —preguntó Cristina mirando con ojos llorosos a la vaca.

—Nos quedamos —oyó detrás a Mani.

Aquella noche fue la más larga y la más corta de su vida.

Capítulo 11

Por enésima vez Mani se arrepintió de haberla sacado del baile escocés. Cristina se lo estaba pasando bien y se había ganado a pulso una noche lejos del trabajo de la granja. De entre todos, era la que menos ganaba partiéndose la espalda cada día, lo hacía por ayudar y todavía no había preguntado ni una sola vez qué iba a recibir a cambio.

La verdad es que actuó sin pensar. En cuanto la vio en brazos de... ese cuando salía para atender la llamada, no pudo contenerse. Y usó su bondad en su provecho. Mani sabía que ella jamás diría que no a una vaca pariendo sin asistencia. Un animal en apuros era algo que Cristina no podía soportar. Porque si algo había aprendido de ella en los últimos días era que no toleraba ver a un animal sufrir. Trataba a todos los animales que había visto como si fuesen animales domésticos, daba igual que fueran grandes o pequeños, bravos o mansos. Es más, si por ella fuese, los habría metido a todos en la cocina para que no pasasen frío por la noche.

Pero viéndola allí, sin saber qué hacer y con esa cara pálida llena de preguntas, cada cual más angustiosa que la anterior, ya no estaba tan seguro de haber hecho bien. Le dolió tener que esperar a contestar sus dudas y tranquilizarla, pero primero necesitaba saber lo que le sucedía a la pobre Gilda.

Sacó otro guante de plástico del bolsillo y lo lubricó en exceso por si las moscas. La torsión que había tocado antes, de ser de las fuertes, podía obligarlo a practicar una cesárea y no era precisamente el mejor lugar para ello.

Cristina seguía acariciando el cuello de Gilda y, para su asombro, la vaca no protestaba. Con todo y con eso, Mani tuvo que corregirla.

—Aléjate algo más y poco a poco deja de atusar a la vaca. No queremos que se asuste cuando vuelva la siguiente contracción.

En ese momento se oyeron los pasos pesados de Timothy.

—¿Está bien?! Mi vaca. ¿Está bien?

Mani se relajó y giró la cabeza para recibir al recién llegado.

—Gracias por llamar, Tim. Gilda está ahora en buenas manos.

Timothy les regaló una de sus honestas sonrisas y se puso en cuclillas cerca para ver cómo iba todo.

La vaca en realidad era de Timothy. Gilda fue un regalo de cumpleaños de su madre y la cuidaba como si fuese una hermana.

—Papá dice que no me haga ilusiones, que Gilda es vieja y que deberíamos sacrificarla —susurró apenado.

—Haremos todo lo posible para que no haga falta —le aseguró Mani.

Tim sonrió de nuevo y se dio una palmada en la frente. Estaba nervioso y no era para menos.

—¿Cuándo empezaron las contracciones? —preguntó Mani.

Tim pensó seriamente cómo contestar.

—No lo sé bien —dijo al cabo de un par de minutos—. La vi tumbarse cuando vine después de comer.

—¿Se comportó raro esta mañana?

El joven pensó de nuevo y dijo que no con la cabeza.

Al menos habían cogido el parto con algo de tiempo para prepararlo.

—¿Crees que mamá velará para que todo salga bien? —preguntó el muchacho aguantando las lágrimas.

¿Cómo se contesta a una pregunta como aquella? El dolor en los ojos de Tim era tal que daban ganas de darle esperanzas, aunque fuesen falsas.

Mani optó por la honestidad, sin embargo.

—No lo sé, Tim. Lo que sé es que con nosotros aquí Gilda está en buenas manos, ¿verdad?

Eso pareció aplacarlo. Se echó hacia atrás y respiró más tranquilo; solo entonces se dio cuenta de la presencia de Cristina.

—¿Quién es? —preguntó levantando la barbilla en dirección a donde ella se encontraba pegada a la pared.

—Es mi amiga Cristina. Ha venido a ayudarnos, si te parece bien.

—Hola —dijo saludando con la mano—. ¿Te gustan las vacas?

Tim preguntó muy serio, porque en realidad para él aquello era esencial. Si a alguien no le gustaban las vacas, ¿qué hacía allí? Más aún, ¿cómo podría confiar en que esa persona no le haría daño a la más preciada para él de ser el caso?

—Mucho —respondió sin más Cristina.

—Gilda es la mejor. ¿Has ayudado en algún parto antes? —inquirió inocente.

—La verdad es que no —reconoció ella—. Vengo a asistir solamente; a hacer lo que me digáis para ayudar.

—No te preocupes, Mani te enseñará. Me enseñó a mí y yo no aprendo con facilidad. En el colegio me llamaban retrasado, aunque mamá siempre dijo que porque soy especial, ¿verdad, Mani?

Mani dijo que sí con la cabeza y, por cómo Cristina sonrió, asumió que entendió lo especial que realmente era Tim.

—Creo que si Gilda trae una ternera al mundo, papá se alegrará.

—Y si es un ternero también —aseguró Mani.

Bluefield sénior pagaba con Gilda las frustraciones y el dolor que sintió tras la muerte de su esposa. Con ella desapareció lo que mantenía aquella granja en pie. Era cierto que, en circunstancias normales, un animal como Gilda habría terminado en el matadero meses atrás, pero es que la vieja vaca era mucho más que un número en aquella granja. Era casi un animal doméstico y el ojito derecho del ama de aquel lugar, siempre lo había sido. Martha, con la ayuda de Tim, la había criado como a un miembro más de la familia y, por mucho que doliera, Gilda seguía siendo eso, una más entre ellos.

Por desgracia, también les recordaba varias veces al día que Martha no se encontraba entre los vivos. Y ese era realmente el problema.

Mani y Cristina estaban para mucho más que hacer venir al mundo un becerro sano; les había caído en gracia mantener el equilibrio en una familia que hacía aguas. Tras la muerte de Martha, su marido pasaba más tiempo en el *pub* que en su casa; Tim, un hombre adulto con la mente de un niño, sobrellevaba la pena trabajando con más ahínco aún en una granja que acumulaba una pila de deudas que, de no cambiar las cosas, los dejaría debajo de un puente lo más tardar al siguiente año, y ambos, a su manera, lo estaban poniendo todo en el asador con la pobre Gilda, la vieja y querida Gilda.

Perder a la vieja vaca sería un palo que Mani no deseaba para Tim y, en el fondo, tampoco para Bluefield. Aquel animal era una de las pocas cosas que mantenía el *statu quo*.

En los últimos años, Martha había sido el alma de aquel lugar. Se ocupaba de la casa, de tener a Tim siempre organizado, de regañar como solo ella sabía a su carcamal marido y con la espalda quebrada siempre para hacer que todo cuadrara.

Sin ella, la granja había quedado suspendida en aquel momento en que se les echó encima la desgracia y Mani intuía que, sin Gilda, todo se precipitaría.

El futuro, de todas formas, con o sin Gilda, no pintaba prometedor, y Mani si lo sentía por alguien era por Tim. Trabajaba duro y sabía cómo llevar una granja solo, a excepción del papeleo, claro. Quizá, hablando con Peter, podrían asegurarse de que el muchacho tuviera trabajo si todo se iba a pique. Hablaría con lord Kaka si fuese necesario, aunque le repateara el estómago. Pero eso lo haría en otra ocasión; ahora Gilda era en lo que enfocar todos los esfuerzos.

—¿Me ayudarás a sacar al becerro si Gilda no puede empujar? —De sobra sabía Mani que la única forma de que Tim no se volviese loco de preocupación era haciéndolo partícipe.

Tim dejó de sonreír, cerró muy fuerte los ojos y asintió. Recordaba a la perfección la última vez que tuvieron que ayudar a la vaca preferida de su madre a parir. Fue un parto difícil y no ayudó que nadie asistiera el anterior a ese. De aquellas lluvias venían ahora esos lodos. Gilda tenía cicatrices desde aquello, lo que le impediría dilatar como era debido.

—Tim, ¿por qué no me traes un par de cubos con agua bien caliente, jabón y unas toallas limpias?

—Claro, Mani.

Y salió corriendo del establo.

—¿Cómo está? De verdad, ¿qué posibilidades hay de que todo salga bien?

Mani levantó la cabeza de golpe. Se había olvidado de Cristina, la cual estaba apoyada en la pared esperando noticias.

—Desde que hemos llegado solo le han dado contracciones una vez —contestó—. Es demasiado pronto para saberlo. El feto no es muy grande y eso ayuda. Gilda ha parido muchas veces, por lo que puede que sea coser y cantar. ¿No es cierto, vieja amiga?

Cristina no se creyó ni una palabra, a excepción de lo de las contracciones. El veterinario estaba tenso, le hablaba a Gilda modulando la voz en susurros de amante y esa mirada de pena le delataba.

Con movimientos calculados y sin brusquedad, Cristina se separó de la pared y, mucho más decidida que antes, se ofreció para lo que hiciese falta.

—Es importante salvar a Gilda, ¿verdad?

Mani soltó el aire y sopesó cuánto contar. En realidad lo que allí sucedía era de dominio público, aunque no le apetecía lo más mínimo traicionar la confianza de esa familia y menos en su casa.

—Bluefield no lo quiere reconocer, pero este animal significa mucho para él y para su hijo. No tengo intención de cobrar por mis servicios. Primero porque Bluefield sénior no los ha pedido y segundo porque le exigí a Bluefield júnior que me llamara sabiendo que estaban preocupados por Gilda. Tendría que haber pensado antes lo de traerte conmigo. No va a ser un camino de rosas.

Cristina apretó los labios y tomó en consideración lo que acababa de escuchar.

Gilda entonces se movió inquieta y soltó un mugido algo nervioso.

Eso la decidió.

—Dime lo que tengo que hacer. No he visto dar a luz en mi vida, ni siquiera en la televisión,

y ya he aguantado las arcadas cuatro veces desde que llegué, pero pondré todo de mi parte.

Mani sonrió aliviado y, acariciando a Gilda en el cuello por última vez, comenzó con los preparativos.

—Parto —dijo él mientras hacía una lista en la cabeza.

—¿Perdona?

—Es un parto.

—Lo que he dicho —afirmó Cristina confundida.

—Las vacas no dan a luz, paren. Lo sabe todo el mundo —dijo entre risas Tim, que esperaba las instrucciones de Mani para poner el agua, el jabón y la toalla en el lugar correcto. Debía de haberlo tenido todo ya medio preparado para llegar tan rápido.

Cristina se lo tomó con deportividad.

—Ya, bueno, pero yo no soy todo el mundo, Tim. Yo soy la Novata.

—Tu amiga habla raro, Mani.

—Aprendió inglés en Irlanda, ¿qué quieres?

En aquel país, los ingleses la superaban en número, así que irguió la cabeza, levantó la barbilla y si soltó un «hunf» es algo que jamás admitiría.

Capítulo 12

Su primer parto y tenía que ser una cesárea. ¿Quién la había metido en aquel embolado? Mani. ¿Quién si no? Porque cualquier otro ser humano no habría sido capaz de sacarla de una fiesta donde los hombres iban con falda escocesa. Porque era tocarlas y empezar a sentir escalofríos. De los buenos. Mira que aquellos bailes eran de lo más inocentes, pero un te agarro aquí, te suelto allá, damos una vuelta como una peonza y te agarro de la cintura mientras te rozan los pliegues de la tela, la habían puesto a tono, la verdad, y no había pensado en nada más. Una mirada de Mani y dijo que sí a todo.

Así que, avergonzada por las verdaderas razones que la llevaron a meterse en semejante aventura, decidió centrarse en lo que importaba en aquel momento: Gilda y el bienestar de su bebé.

Pobre Gilda. La vieja dama estaba medio tumbada y con los ojos fuera de sus órbitas. Hasta una inexperta como ella podía ver que estaba sufriendo.

Le acarició con muchísimo cuidado el cuello para no asustarla más igual que había visto hacer a Mani y, muy bajito, la arrulló.

—¿Vas a pinchar? —oyó decir a Tim.

—Sí, no quiero esperar más.

Mani inyectó algo en la parte trasera del animal y miró la hora en un reloj que colgaba de un pilar de madera.

—Tenemos unos seis o siete minutos —dijo—. Tiempo de sobra para prepararnos.

Sacó todo el instrumental que iba a necesitar y comenzó a dar instrucciones.

—Novata —apremió sin levantar la vista de lo que estaba haciendo.

—Dime.

—Coge una de las mantas y, con mucho cuidado, tapa la cabeza de Gilda. Eso la tranquilizará y así no verá lo que le estamos haciendo.

Cristina corrió a la esquina y escogió la manta más oscura. En cuanto la posó sobre la cabeza del animal, esta dejó de moverse. Se sentó cerca, a la espalda del animal, de forma que no se encontraba en el camino de nadie. Desde allí podría ver lo que sucedía y estaría a mano por si la necesitaban.

Mani empezó a cortar con unas tijeras el pelo en la zona en la que iba a hacer la incisión. Limpió después con jabón casi toda la barriga y, cuando estuvo limpia, volvió a inyectarle algo a la vaca.

—¿Qué le has pinchado? —preguntó Cristina.

—Es la anestesia —contestó.

—¿La vas a dormir?

—¡Nooo! —gritó Tim—. Si..., si..., si duerme a Gilda, ¡el ternero morirá! Es solo para que le duela menos, ¿verdad?

Mani asintió con la cabeza, cogió un bisturí, soltó el aire por la boca e hizo una raja de arriba abajo en diagonal sin que le temblara el pulso. Las manos de Cristina, sin embargo, no parecían estar quietas.

La raja era de unos treinta centímetros, quizá algo más, y enseñaba un tejido rosa justo debajo.

Él cogió las tijeras y con cierta violencia cortó aquella especie de bolsa. De rodillas, se acercó más a Gilda y metió la mano en la abertura.

Cristina tragó saliva y comenzó a sudar.

—Estoy en la cavidad peritoneal —explicó Mani—. Ahora tengo que poner al becerro en posición.

Ella no sabía si se lo decía a ella, a Tim o a sí mismo, pero funcionó. Durante unos instantes no prestó atención a lo que sucedía en el vientre de la pobre Gilda. Hasta que el glub, glub de vísceras la hizo mirar. En aquel instante le vino a la nariz una nube dulzona tan espesa que le dejó huella en el cerebro, le invadió los pulmones y le estrujó las entrañas.

El sándwich de pepino y la cerveza formaron una pelota de cemento en su estómago, y aunque quiso vomitar, no fue capaz. Todo el cuerpo lo tenía en tensión y, muerta de miedo, se acurrucó junto a la vieja dama, respiró por la boca y se juró no volver a mirar.

Gilda hacía por moverse, intentaba cocear sin éxito y gemía de dolor. Soltaba el aire resignada y acto seguido volvía a empujar.

Mientras Tim, también de rodillas, le decía lindezas, le suplicaba se tranquilizase y miraba a Mani con angustia. Tras un gemido agudo, juntó las manos y se puso a rezar en alto a la vez que se movía de atrás adelante sin parar.

—¡Tijeras, Tim! —gritó Mani de repente sacando al muchacho de su trance.

Cristina levantó entonces la cabeza para verlo con ambos brazos metidos hasta el codo dentro del animal. ¡Se había desmayado! ¿Cuánto tiempo había pasado?

—Tengo las tijeras, Mani.

—Acércate con la linterna y enfoca por debajo —le mandó—. ¿Ves esa tripa rosa en forma de uve?

—¿La piel tirante debajo de la piel?

—Esa misma. Necesito que cortes hacia abajo una pulgada, el ternero necesita algo más de sitio.

Más que hablar, Mani gemía, mientras hacía esfuerzos por colocar al becerro en su sitio antes de poder sacarlo. Y Cristina tuvo que admitir que hasta cubierto de sustancias viscosas estaba guapo.

—¿Así? —susurró Tim, o quizá lo dijo gritando, el mareo y la inquietud inundaban la cabeza de Cristina y era como si escuchase voces debajo del agua.

—Perfecto. Cuando saque las pezuñas del ternero, quiero que las agarres bien como otras veces y, cuando te diga, tires hacia afuera poco a poco.

Mani apartó algo las rodillas y, como si estuviese levantando pesas, hizo hueco para que Tim se pusiera en posición.

—Listo —aseguró el joven.

Cristina sintió la bilis subir por el esófago, pero se aguantó las ganas de soltar hasta la primera papilla y de volver a desmayarse. Ahí todo el mundo cumplía con su parte, lo menos que podía hacer era estar ahí por si la necesitaban para algo. A ser posible con todas las aptitudes intactas. Cerró los ojos con fuerza y, por primera vez en mucho tiempo, lanzó una oración para que mamá y bebé salieran de aquella.

—Tú puedes, Gilda. Es pan comido —le susurró a la vaca.

Levantó justo después la vista y se mantuvo alerta sin perder detalle de los movimientos de aquellos dos hombres.

—Poco a poco, Tim. Así, muy bien. Ya queda poco, vieja amiga. Perfecto...

Cristina oyó más que vio salir a la pequeña criatura. Llegó al mundo tras un plop y un suspiro larguísimo de su madre.

—¡Es un ternero y está vivo! —gritó de alegría Tim.

—Claro que sí, colega —exhaló Mani—. Ahora límpiale los mocos y frótale la tripa con algo de paja. Yo tengo que cerrar cuanto antes y dejar a Gilda como nueva.

Mani se quitó los guantes, se aplicó desinfectante en las manos, cogió aguja e hilo y se puso a coser con cuidado.

—Ya está, Gilda. Tienes un ternero precioso —dijo cuando terminó—. Ya puedes quitarle la manta de los ojos.

Cristina tardó un momento en reaccionar. Le temblaba todo.

—Novata. Ya pasó.

Ella, algo zombi, apartó la manta. Gilda parpadeó y acercó la nariz al becerro.

—Lo llamaré Manuel —decidió Tim.

El ternerito ya levantaba la cabeza mientras Gilda lo lamía con gusto. Era la cosa más bonita que Cristina había visto en su vida.

—Mi nombre es muy feo, Tim.

—Está decidido —insistió tozudo—. Voy a decírselo a papá.

Y Cristina ya no pudo reprimir las lágrimas. Acariciaba a Gilda sin mirar dónde, la atusaba con las mejillas, le abrazaba la cabeza y reía, reía de pura felicidad.

—¿Están bien? Los dos, ¿están fuera de peligro? —preguntó con la nariz hundida en el remolino de pelo claro que la vaca tenía entre los cuernos.

Mani levantó la vista y la miró sorprendido.

—Sí. Los dos están bien. Creo que este campeón va a traer suerte a este lugar.

—Lo sabía, preciosa. ¡Lo sabía!

Y esa risa, con cada beso, con cada caricia, se transformó en llanto. Cristina lloró, por tanto, que no fue capaz de parar.

—Novata...

Mani rodeó a Gilda y se arrodilló para coger en brazos a Cristina.

—Están bien, lo prometo —susurró mientras le apartaba el pelo de la cara—. Mira, el ternero quiere levantarse.

Pero Cristina no podía mirar, el dolor y la alegría podían con todo lo demás.

—Abrazame, Mani. Solo un momento, con todas tus fuerzas.

Él no perdió ni un segundo. La levantó lo suficiente para que se sentara sobre él y la dejó desahogarse todo lo que quiso, besándole el pelo y acunándola el tiempo que hiciese falta.

Capítulo 13

Cristina no tenía fuerzas ni para abrocharse el cinturón de seguridad. Después de la llorera había quedado como muñeca de trapo. Apoyaba la cabeza en la ventanilla del todoterreno y hacía dibujos con los dedos en la sucia superficie.

Decir que Mani estaba preocupado era un eufemismo, de los gordos. Aquella intensa reacción le pareció que tenía que ver solo en parte con el nacimiento del ternero; intuía que un montón de sentimientos mucho más profundos habían salido fuera sin control y aquel momento de alegría y alivio tan solo fue una buena excusa para dejarlos escapar.

Y él quería saber, pero no a costa de hacerle recordar lo que fuese que había sufrido en el pasado. Bastante había sucedido aquel día. Además sabía que, si la ponía entre las cuerdas, ella volvería a huir.

Así que optó por centrarse en lo bueno de la noche.

Carraspeó primero y solo habló hasta que ella cambió de posición.

—¿Ha sido hoy entonces tu primera distocia?

—¿Mande? —Las reacciones de aquella mujer siempre lo mantenían alerta. Cristina era difícil de predecir y eso le gustaba.

—Parto difícil. Hoy, además de que la madre era ya mayor, el choto estaba mal colocado. Dos por uno.

—Uf, no me extraña que el pobre Tim se pusiera a rezar. Gracias por lo que has hecho, ha sido increíble. Y sí, ha sido mi primera y última..., ¿cómo se llama?

—Distocia.

—Pues eso, que no volverán a verme jamás asistiendo un parto de vaca. Jamás de los jamases. Palabra de Cristina mareada. ¡Y eso que no he visto ni la mitad! Por un momento he perdido el conocimiento, Mani. Si mañana me preguntan voy a tener que inventarme al menos cinco minutos. Yo creo que le he demostrado a Gilda que somos una especie estúpida.

Entre los baches y la conversación, la Novata iba volviendo a su ser.

—Mujer, la vaca no veía nada y he sido yo el que ha sacado al ternero —picó él.

—Tú no cuentas. Eres un profesional.

—¿Qué fue lo más gore? Por simple curiosidad.

—Si te soy sincera, todo puntúa. Sacaste el bisturí y ya quise salir corriendo con la vaca en brazos. ¿Seguro que estará bien?

Mani asintió con la cabeza.

—Pero...

—¿Sí?

—¿Crees que la llevarán al matadero? —preguntó en un susurro.

—No —aseguró Mani—. El veterinario local irá mañana mismo para ver que todo evoluciona bien y preparar la esterilización. Gilda va a tener una buena jubilación. Aunque no lo parezca, es la niña bonita de la granja.

Cristina, algo más tranquila, se entretuvo en mirar por la ventana. Sin mucho éxito, la verdad. Todo estaba oscuro. A lo más, se veía alguna pared de piedra o el borde de los arbustos que crecían a cada lado de la carretera gracias a la luz de los faros del coche.

—Apestamos —zanjó ella.

Mani soltó una carcajada, pero no la desmintió. De verdad que olían mal. Barro, mierda, vísceras, sangre y sudor. Perfume veterinario. Con cerdos era incluso más penetrante.

—Y pensar que tenías a todas las invitadas solteras de aquella boda a tus pies.

—Todas menos una.

Cristina calló por un momento.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó bajito.

Mani agarró con fuerza el volante y se puso a calcular en porcentajes. ¿Cuáles eran todas las posibilidades que se le planteaban con esa pregunta? ¿Qué posibles respuestas recibiría en cada caso? Dejó de pensar al rato, al fin y al cabo Cristina nunca hacía lo que él esperaba y optó por la sinceridad.

—Lo estaba. Ahora ya no sé —contestó cauto.

Esta vez fue Cristina la que rio y qué bien sonaban aquellas carcajadas. Incluso con la mugre y los pequeños caminos que las lágrimas habían dejado en sus mejillas, estaba radiante.

—Lo hago fatal —admitió ella de repente moviendo la cabeza de lado a lado.

—¿El qué?

—Ligar —aseguró Cristina como si fuese de dominio público.

—Bueno. —Chascó él la lengua a la vez que ladeaba la cabeza pensativo—. Hay partes de mi cuerpo que opinan lo contrario.

Ella abrió mucho los ojos y entonces Mani mandó a paseo la cautela que se había impuesto para no caer en otra escena como la de ocho meses atrás. Cristina era lo que quería, más que ninguna otra cosa. Dejarla pasar era pecado.

—Tengo una idea. —Y pisó de forma inconsciente el acelerador—. Podemos saltar todas esas reglas no escritas aplicadas al ligoteo e ir directamente a lo que importa. ¿Qué tal si empezamos por un baño? Las manchas y olores a parto no son sexis, palabrita de veterinario experto.

—Soy una patosa —aseguró ella como si nada—. En la bañera no vamos a conseguir hacer nada. Además, no conozco a nadie que, con el corazón en la mano, admita que disfruta del sexo en una pila que o es muy grande y todo resbala o es muy pequeña y los contrincantes acaban con moratones.

Mani agarró el volante con fuerza y buscó una postura más cómoda sobre el asiento. Las palabras de Cristina acababan de darle más ideas de las necesarias. Para no saber ligar, sabía cómo acelerarle el pulso.

—Entonces, solo nos bañamos. Tú mandas —carraspeó y comenzó a respirar todo lo despacio que pudo o acabarían teniendo un accidente.

Media hora después, Cristina no era capaz de mirarlo a los ojos de pura ansiedad sexual. Mira que se sintió avergonzada cuando le soltó aquello de la bañera pensando que se había pasado, pero cuando acabaron cara a cara de pie sobre el agua caliente, le costó no lanzarse a él y suplicarle que fueran al grano allí mismo.

Pero Mani había cumplido lo dicho y no la había tocado ni siquiera para ayudarla a entrar en el agua. Eso sí, mirar, miró. Se entretuvo, la estudió, no perdió detalle de cómo su piel desaparecía debajo de la capa de espuma o cómo suspiraba al sentir el agua limpiarla.

Se habían desnudado el uno frente al otro. Ella rápido, él a velocidad de tortuga, tomándose su tiempo. Se aseguró de que Cristina viese las horas invertidas trabajando en granjas,

caminando por el campo, montando en bicicleta y levantando pesas en el gimnasio cuando todo lo demás era imposible.

Y luego estaba aquella parte de su cuerpo que en la vez anterior su Novata no había tenido posibilidad de conocer a fondo. Una parte de la que no estaba especialmente orgulloso por no ser nada del otro mundo, pero que jamás le había fallado y que por tener una peca justo en medio, cerca de la punta, atraía las miradas.

Con Cristina no fue distinto. Ya se encargó él de no recurrir a las velas. Encendió todas las luces del baño, al fin y al cabo, solo estaban allí para un lavado rápido, ¿no?

Ella llegó hasta a morderse las uñas y Mani disfrutó verla luchar contra las ganas de intentarlo en aquella bañera. La posibilidad de acabar con cardenales no parecía ser tan importante ahora.

A saber quién le habría dicho que no se podía follar con gusto en una bañera, pero el que fuese le había hecho un favor porque ahora tenía la excusa de enseñarle algún que otro truco. Los días que les quedaran en Creek & Valley iban poniéndose cada vez más interesantes.

Cada uno se secó con su toalla y agarrados de la mano fueron veloces a la habitación de Cristina. Mani hizo una rápida parada en su habitación para coger los condones y no se extrañó en absoluto al no verlos en el cajón en el que los había puesto.

—Será hijo de puta...

Comenzó a sacar cosas a lo loco de la cómoda, miró en la maleta, dentro del armario. Nada.

—¿Qué sucede? —preguntó Cristina asomando la cabeza por la puerta.

—No encuentro los condones.

—Yo tengo —afirmó ella—. Un par.

—Gracias a Dios.

Cerró el cajón con fuerza, se dio la vuelta y, antes de salir de la habitación, le hizo una peineta a la inglesa a Rupert; para que no hubiese confusiones.

Casi se atraganta de verla allí en medio del pasillo desnuda y con toda la piel de gallina. Quiso tocarla, acariciar aquel vello de punta, pasar la mano entre sus piernas, sentir si ella estaba tan preparada como él.

Una pequeña brisa se levantó al cerrar la puerta, lo que le hizo coger el aire de repente, haciéndola temblar. A veces el frío húmedo inglés se ponía de parte de los amantes. No como sus fantasmas. Cristina tenía una piel sensible y él iba a explotarla hasta que le suplicara parar.

La guio hasta la cama y, al caer sobre el colchón, lo arrastró con ella, quedando encima entre sus preciosos muslos.

Los pechos de Cristina eran todavía más turgentes de lo que recordaba. Multitud de veces se había entretenido en recordar el escote de aquel vestido de lunares. Había soñado una y otra vez la escena de la cremallera estando él enfrente, viéndola vestirse con lentitud. Aquellas curvas se habrían ido ajustando al tejido con el crack, crack, crack de cada diente al cerrarse; los brazos habrían caído hacia atrás con los pulmones llenos de aire. Los pechos subirían y se apretarían lo suficiente para ver ese pequeño canal en el que él habría metido el dedo para tocar aquella piel suave y esponjosa.

Y en ese momento no tenía que soñar. Aquel busto perfecto lo llamaba para que lo cuidase y le diera mimos.

—Ocho meses, Novata. Una eternidad —murmuró hundiendo la nariz justo donde había soñado—. Después de tanto tiempo lo quiero todo y lo quiero de un golpe. Necesito un atracón y aplacar las ansias para luego volver a la carga y no parar hasta el agotamiento.

—Mani, no hables. Si no vamos a lo importante ahora mismo, moriré de un infarto.

Cristina lo agarró de la nuca y le acercó la boca a uno de sus pezones.

—El que va a morir de un infarto soy yo —aseguró él antes de ponerse a chupar.

Y ya no hablaron más. Gimieron, gritaron, rieron, pero no salió ni una sola palabra más de sus labios hasta que cayeron rendidos el uno atado al otro varias horas después.

Mani no pegó ojo aquella noche. Todavía con ganas de ella, de su cuerpo, de su mente. Como si con su Novata cerca fuese posible desvelar todos los secretos del universo.

Cristina dormía plácida en sus brazos, con su espalda pegada al torso; por primera vez sin pijama o uno de esos conjuntos que le volvían loco porque dejaban intuir lo que había debajo. Desnuda para él como ninguna otra mujer hasta entonces.

Besó su hombro, incapaz de controlarse, a la vez que la mano fue por su cuenta a ver lo caliente que estaba ahí abajo. Al tocar con los dedos ella se movió incómoda.

Normal después del trote que se habían dado un par de horas antes.

Quizá fuera mejor idea dormir y reponer las fuerzas para el día siguiente, aunque la luz que entraba por la ventana daba a entender que quedaba muy poco para que saliese el sol.

Se pegó más a ella, y respiró de su cuello al tiempo que cubría uno de sus pechos.

—Oh, Mani. Estoy agotada —susurró a la vez que ondulaba el cuerpo.

De sus labios salía un mensaje, mientras que su cuerpo pedía todo lo contrario. El cerebro de Cristina todavía bailaba en el sopor.

—¿Quieres que pare?

—No, no, sigue. Pero hazlo todo tú —susurró.

Le pellizcó el pezón como réplica. Ella siseó y tornó el cuerpo hasta que quedó de espaldas sobre el colchón. Lucía una sonrisa radiante y tenía los ojos entreabiertos.

—Voy a besarte —sentenció Mani.

—Gracias por el aviso. —Su voz era ronca y arrastraba un tono somnoliento que le perforó como flecha candente.

—De nada.

Empezó en el hueco del cuello y lo imaginó lleno de miel. Pegada a la piel como manjar al que volver una y otra vez. O *whisky* acumulado justo en medio. Si no querían que se derramase por las sábanas y desperdiciarlo, ella tendría que estarse muy quieta mientras él se entretenía en darle placer. ¿Cómo una cavidad tan pequeña podía dar tanto juego?

El gemido de Cristina le trajo de nuevo al presente, si bien no tenía ninguna intención de acelerar. No quería ni debía desaprovechar la ocasión de memorizar un mapa de su cuerpo utilizando todos los sentidos a su disposición.

Del cuello pasó al hueso de la clavícula y mordisqueó hasta llegar al hombro, mordió algo más fuerte ahí y, antes de que protestase, chupó el picor y olió su piel húmeda. Hizo lo mismo con la otra clavícula y volvió al punto de inicio, donde lamió desde el medio del cuello hasta la barbilla.

Su Novata era salada y picante. Se relamió de gusto y comenzó a bajar. Tocó con la nariz uno de sus pechos y le dio un beso de esquimal al pezón. Ella tembló, por lo que repitió la maniobra hasta que una mano sobre su cabeza lo obligó a descender.

Los tapaba el edredón de plumas y ahí debajo su fragancia era tan potente que no daba opción a pensar en nada más. Y la besó con reverencia, al menos al principio, porque pronto pasó a saborearla como de verdad quería.

Movió la lengua en círculos y cuando ella se abrió más a él, la introdujo para absorber el néctar que le regalaba.

—Mani, si sigues así...

Nada de palabras, él quería oír sonidos sin filtrar, así que le mordisqueó el botón de la felicidad y recibió un lamento que no hizo más que hacerle ir más despacio todavía.

En su crisálida faltaba el oxígeno y era difícil aspirar por la nariz en aquella posición. Mani nunca hubiese pensado que eso lo excitaría; tanto que comenzó a frotarse contra las sábanas.

Las caderas de Cristina comenzaron a bailar y ya no supo si besaba, mordía o succionaba. O de seguro que lo hacía todo a la vez, porque las sensaciones nublaban su cerebro y los gemidos de ella le espoleaban a ir a más.

Su boca llena de ella no daba abasto y a la vez le sabía a poco. Las caderas tenían vida propia, desconectadas de un cerebro ocupado en una sola cosa. Tanto era así que costó mantener su propio orgasmo a raya.

«Dame más, Novata. Pongámoslo todo perdido». Y aceleró con labios, lengua y dientes.

De repente, todo a su alrededor tembló. Cristina lo apretó entre sus muslos y su orgasmo salió en cascada, derecho a él.

Y tragó aquel chorro ávido. Aquello no le había ocurrido nunca. Maravillado, se dejó llevar, derramándose como un adolescente sobre las sábanas como si no supiese controlar su cuerpo.

Jadeó más que respiró y necesitó algo de tiempo en volver en sí. Salió de debajo de la colcha y se pegó a ella como una lapa mientras esperaba a que el corazón parase de correr.

—Creo que debería disculparme —musitó Cristina cuando pudo recuperar el habla.

—¿Por? —La cara avergonzada de ella le puso en guardia.

Cristina le limpió los labios con la yema de los dedos y acto seguido levantó la colcha para mirar. Cuando dejó caer la cabeza con un lamento, Mani se incorporó para mirar también.

Tumbada sobre la cama, boca arriba, con las piernas abiertas y Mani entre ellas arrodillado, mirando con interés lo que ahí se cocía, se dio de bruces con la imagen más erótica que había tenido el lujo de contemplar en su vida.

—Joder, Novata. Acabas de esponjar el ego del macho que hay en mí. Debería darte las gracias.

—¿Perdona? ¡Acabo de mearte la cara! —Tenía la zona toda mojada y viscosa y había dejado también una mancha en las sábanas.

—Esto no es orina, es *squirt*. —Mani pasó el dedo por sus labios todavía mojados y volvió a quedar maravillado por la humedad que no había conseguido chupar. La boca se le hizo agua.

—¿Qué?!

—Eyaculación femenina. Ha sido... increíble. Me he corrido solo con beberte.

Mani se dejó caer a su lado y Cristina volvió a ver cómo le había dejado la cara pringada.

—Sé lo que es, pero pensé que era una leyenda urbana. Lo había leído solo en las novelas y siempre me pareció una exageración. Tengo medio cuerpo pegajoso. Buaj. —Seguía algo confundida.

Él se acercó de nuevo a ella y pasó muy despacio la mano por el interior de sus muslos recogiendo parte del jugo.

—Me están entrando ganas de leer esas novelas. —Se entretuvo en los labios de ella de nuevo y, una vez tuvo bastante, se metió los dedos en la boca, uno a uno.

Cristina tembló y se le puso la piel de gallina.

—Estás bien rica.

Cristina dijo que no con la cabeza y, como respuesta, él volvió a jugar con ella y le ofreció lo que encontró para que probara.

Mani soltó un gruñido al verla relamerse y, sin previo aviso, se situó de nuevo sobre ella y lamió de su piel el resto, como si fuese un helado, empezando por la boca hasta llegar a las rodillas.

—Tengo que asegurarme de que puedo hacerlo otra vez.

—¿El qué? —susurró Cristina otra vez perdida en el placer.

—Pringarnos enteros.

Capítulo 14

Cuando Cristina abrió los ojos, sus pestañas rozaron el vello del pecho de Mani. Estaban hechos un nudo de brazos y piernas, el mismo despertar que en los amaneceres anteriores. Respiró hondo deleitándose en ese aroma a ellos con el que ya hasta soñaba.

Había pasado los cuatro días más intensos de su vida.

Durante la jornada trabajaba hasta que caía rendida en la cama medio muerta por el agotamiento y revivía por arte de magia en cuanto Mani venía a visitarla con la excusa de que Rupert rondaba su habitación oliendo a huevo podrido y, según ella sospechaba, aterrándole con sus malas pasadas. Charlaban entonces de esto y aquello sentados sobre la cama hasta que la cercanía de sus cuerpos los obligaba a hacer algo, lo que fuese, por calmar el ansia.

Cristina sabía que aquello era la excitación debida a la novedad, aunque cada noche tocaban menos y hablaban más. Largo y tendido, la última hasta casi el alba.

Tenían vidas muy diferentes, pero muchísimas cosas en común. Uno comentaba algo, el otro puntualizaba otra cosa y entraban en conversación hasta que los temas pasaban tan rápido como el tiempo, haciendo las horas demasiado cortas para todo lo que querían decirse. Mientras charlaban, se acariciaban, se besaban y se sentían. A veces paraban de hablar y entregaban sus cuerpos al otro, y en otras ocasiones, ni se daban cuenta de lo que sus manos hacían mientras reían por alguna absurda ocurrencia.

La noche anterior ni siquiera supo cuándo cayó dormida. Mani le estaba explicando que la farmacéutica para la que trabajaba estaba especializada en medicamentos para animales y que por eso necesitaban de veterinarios como él. Hablaba largo y tendido sobre los programas de los que estaba a cargo para vender dichos medicamentos...

En algún momento se dejó vencer por el cansancio y la falta de sueño acumulados.

Recordaba bostezar y un beso en la frente. Nada más.

¡Qué cuatro días!

Recordó con algo de sonrojo que la mañana del domingo de Pascua, tras la primera noche de sexo delirante, no tuvieron fuerzas ni para bajar y comer chocolate con el resto. Alguien, que no fue ninguno de ellos, ordeñó las vacas y nadie los avisó cuando tuvieron una oleada de pequeños corderitos que traer al mundo.

Les dejaron dormir, aunque no pararon de toser y mandarles miradas el resto del día. Así que Cristina desvió la atención trabajando con más ahínco y, ya de paso, no pensar en todo lo que le estaba sucediendo.

Porque no fue solo su aventura con Mani y el trabajo.

El martes, un día antes de terminar su tiempo allí, cuando le repetía a Hannah los datos de su cuenta bancaria, esta le dio una sorpresa de las gordas.

—Tengo que acercarme a Ambleside para apuntarme a un curso en la biblioteca municipal —dijo mientras hacía la transferencia *on-line*— y he pensado que puedo dejarte en Rydal Mount y recogerte a la vuelta. Los narcisos están en flor.

Cristina solo pudo decir que sí con la cabeza, porque las palabras se le quedaron atascadas en la garganta.

Tan entusiasmada seguía cuando Hannah la llevó que se quedó mirando atontada la famosa

casa sopesando si entrar o no. Como no tenía mucho tiempo, prefirió pasear en el campo de Dora a respirar de la soledad del lugar. La casa de los Wordsworth tendría que esperar a la siguiente visita.

Un momento. ¿Barajaba la idea de volver? Ella, que tanto había odiado la idea de venir y ya hacía planes para futuras visitas.

Cruzó la verja y comenzó a caminar. No quiso sentarse, bastante abrumada se sentía ya. Prefirió pasear la mirada al compás de sus pasos adentrándose cada vez más en aquel prado lleno de flores.

En los últimos días, viendo que en Creek & Valley necesitaban siempre de trabajadores, había sopesado quedarse más tiempo. Había encajado bien en el Distrito de los Lagos. La vida allí era sosegada y dura a partes iguales. Te dejaba el cuerpo molido, pero hidrataba el alma. O al menos es lo que Cristina sentía trabajando allí. Pero la paga, aunque incluía comida y alojamiento, era minúscula, y las opciones de encontrar algo mejor a medio plazo, nulas. Pensándolo bien, lo único que haría sería aplazar lo inevitable: volver a Madrid y enfrentarse a sus fracasos de una vez.

Bien sabía que aquel instante de su vida rodeada de verdor, animales y los brazos de Mani era un espejismo. Solo un pequeño respiro.

Hasta la fecha, había conseguido ignorar el vacío que habitaba en ella a base de agotar su cuerpo y mente trabajando y entregándose al placer. Y funcionó, vaya si lo hizo. En aquellas dos semanas no se había sentido la Cristina que no llegaba a nada, sino la mujer que hacía cosas y las hacía bien. La que no tenía que dar explicaciones a nadie y actuaba como creía conveniente, no como se supone que debía. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se dejó hundir un momento en sus miserias. Solo un momentito.

En aquella colina alfombrada de narcisos, la soledad y la tristeza eran más llevaderas, dolía menos.

El aire húmedo le llenó los pulmones e intentó no levantar barreras en la mente para poder relajarse. Algo que no se había permitido hacer en los últimos nueve meses y medio. Era trágico que aún contase los días, pero era una costumbre que no se veía capaz de romper todavía.

Cómo escocía recordar. Y para colmo no tenía que hacer ningún esfuerzo. En cuanto bajaba la guardia le invadía la patética realidad de su vida y tenía que controlar las ganas de regodearse y mandarlo todo a la mierda. Se sentía tan cobarde... No luchó por lo que quería un año atrás y ahora repetía patrones. Buscaba la forma de no tener que hacer nada por no enfrentarse a sí misma.

Comenzó a levantarse aire y las copas amarillas de los narcisos ondularon sin ceder. Las ráfagas se intensificaron haciéndolas doblarse hasta casi tocar el suelo, pero volvían a levantarse. El tallo firme, protegido por hojas fuertes y tiesas, no dejaba que el viento destrozase esas preciosas flores.

Cristina consintió que las lágrimas corrieran mejillas abajo. Llorar, desde el nacimiento del ternero Manuel, ya no daba tanto miedo.

Pasados unos minutos se vio de cuclillas pasando la mano por la copa de un narciso que, a pesar de estar entre dos rocas, había encontrado la forma de salir y florecer. Aquella idea le puso una sonrisa en la boca y soltando el aire fue en busca de otros narcisos que, a pesar de los pesares, habían prosperado en circunstancias casi imposibles.

«No soy la única», pensó. Y justo entonces se sintió bien con solo eso, ser.

Y siguió paseando, llorando y acariciando narcisos hasta que Hannah fuera a recogerla como

había prometido.

Un resoplido y frotar de sábanas la trajo de nuevo a la realidad y a sus últimas horas en el Distrito de los Lagos.

Suspiró y giró la cabeza para mirar a Mani, el hombre que roncaba a su lado. Nunca había dormido con alguien que roncase y, por extraño que pareciera, agradecía aquellos sonidos. No la hacían sentirse sola.

Los dos habían eludido hábilmente cualquier conversación que versara sobre lo que sucedía cada noche en su cama; o sobre las balas de heno en el establo de las ovejas donde, de forma conveniente, guardaban una manta para no pincharse con la paja; o en la bañera, ¡oh, la bañera! Las bañeras jamás serían lo mismo en la vida de Cristina.

Y aquel viaje estaba a punto de terminar.

Seis horas de coche hasta Portsmouth. Un día entero en el ferri hasta llegar a Bilbao y otras cinco horas al volante para al fin alcanzar Madrid. Hora más, hora menos. Le daba pena irse y más pena aún conectar con su insípida vida diaria, pero ¿día y medio a solas con Mani?

Cristina tenía intención de disfrutarlo a tope.

Hannah los despidió en la cocina con unos diez kilos de sándwiches de pepino, un termo de café, otro de té, medio pastel de carne y unos cuantos yogures que, como no se los comiera Mani, se los regalaría a su compañera de piso. Olga nunca le hacía ascos a nada.

—¿Y el Land Rover? —preguntó con los brazos llenos de viandas a la entrada de la casa.

Entre los vehículos aparcados en batería no se encontraba aquel cacharro con ruedas. Solo una cosa le había quitado el sueño sobre aquel viaje y era el continuo traqueteo que sufrirían. En aquel armatoste con ruedas caduco notaba en la espalda cada kilómetro recorrido y al cabo de unos veinte sentía el coxis vibrar. Los viajes en coche de caballos del pasado tenían que haber sido un infierno.

—No es mío —la tranquilizó Mani—. Es de mi amigo Bob, el veterinario local. Él me deja el coche y yo lo ayudo cuando no puede llegar a todo.

—Aaah. ¿Vamos en taxi?

Mani sonrió.

—Este es mi coche, el de verdad —contestó señalando un Ford Focus que llevaba aparcado en el mismo sitio desde que ella llegara y tenía tanta porquería encima que no se podía ver el interior a través de las ventanas.

Cristina respiró aliviada y tanto se relajó que la cesta que tenía agarrada comenzó a resbalar.

Mani soltó una carcajada, abrió el maletero y la ayudó a meterlo todo. Una vez perfectamente organizado, soltó el aire y, algo más cabizbajo, cerró de nuevo el maletero.

Dentro del coche se puso cómodo, le dio al arranque y usó el líquido limpiacristales para poder conducir sin estrellarse contra los árboles del camino.

—En marcha, entonces —susurró.

Y salieron de allí sin mirar atrás.

Capítulo 15

Acababan de pasar Birmingham cuando sonó el teléfono. Mani cogió la llamada sin pensar para no despertar a Cristina, que dormía en el asiento del copiloto. Estaba tan agotada que ni se movió.

La voz de Estrella llenó la cabina y no pudo evitar un pinchazo de intranquilidad. Bajó el volumen y se maldijo por haber contestado.

—¿Qué tal, Mani? —preguntó risueña.

—Me pillas conduciendo por la izquierda. —Lo mismo evitaba así cualquier conversación, del tipo que fuera.

—Pensé que estabas ya de vuelta. ¿Qué tal ha ido todo?

—No puedo quejarme. Al final encontré una buenísima ayudante.

Miró por un momento a Cristina y con cuidado de no despertarla le acarició la mano.

—Me alegro —dijo algo seca, o eso es lo que Mani quiso oír.

Siguió conduciendo y esperó a que Estrella le dijese para qué había llamado, ya que no tenía intención de alargar aquello más de lo necesario.

Los días que pasaron en la granja habían sido cuanto menos tensos. Estrella no estaba acostumbrada a que fuese Mani el que decidiera, más que nada porque él siempre estuvo dispuesto a todo. En los años que se conocían, Mani siempre estuvo ahí cuando a ella le apetecía. O así solía ser.

—Entonces, ¿cuándo vuelves? —preguntó Estrella sin terminar de ir al grano.

—Tengo que trabajar pasado mañana.

—¿Te apetecería salir a tomar algo?

Y Mani quiso estampar la frente contra el volante. Conocía de sobra ese tono. Si continuaban hablando iban a entrar en terreno peligroso.

—Voy a estar fuera de circulación durante un tiempo. He perdido días en la oficina que tengo que recuperar y la semana que viene me mandan a un congreso en no sé dónde.

—Si lo prefieres, puedo ir al piso —susurró. Insistía e insistía sin darse cuenta de nada.

Todo era culpa suya y lo sabía. Mira que lo tenía claro y, sin embargo, no terminaba de encontrar un buen momento para zanjar las cosas de forma definitiva. Tenían que hablar, pero no cuando ella venía con ganas de otra cosa.

—Tengo que pasar, Estrella. Ya hablaremos, ¿vale?

—Como quieras —contestó sin perder siquiera un segundo—. Ya sabes dónde vivo. Echo de menos nuestros encuentros, así que no esperes mucho. Cuídate, que tu espalda luego no te lo perdona. Chao.

Esas fueron las últimas palabras que se oyeron en aquel coche.

Incómodo, miró a su derecha y soltó el aire aliviado al ver que Cristina seguía dormida.

Llegaron a Portsmouth sin problemas y, en silencio, dedicaron el viaje en el ferri a mirar el mar desde la borda. Cada uno imbuido en sus pensamientos, rodeados del sonido ensordecedor del mar intranquilo. Comieron en el restaurante y disfrutaron de las vistas protegidos por grandes ventanales.

Mani tenía una extraña sensación de incertidumbre pegada al pecho, de un fin antes del

comienzo, con lo excitante que sería todo lo de en medio si se daban la oportunidad de ser y estar.

Miraba a Cristina sin ningún pudor a un palmo de distancia y, sin embargo, la distancia no podía ser mayor entre ellos. En aquella cubierta la vio alejarse sin moverse. Y no hizo nada por impedirlo.

Intuía que con ella los días estaban contados. El tiempo en el Distrito de los Lagos había sido solo un regalo, muy a su pesar. Y lo más triste era que tenía la sensación de que había pasado todo y nada en aquellos catorce días. La huella de la Novata quedaría impresa a hierro candente dentro, como uno de esos recuerdos que nunca se olvidan.

Sintió tristeza y algo en él se rebeló. ¿Por qué no podían continuar una vez llegaran a Madrid? ¿Qué podía salir mal? Todo iba bien entre ellos.

La cabina en la que dormirían era escueta, aunque las camas eran tan grandes como la que habían compartido en Inglaterra. Dos individuales, separadas por una pequeña mesa escritorio justo debajo de la ventana.

Cristina eligió la cama de la derecha y se tumbó con la ropa puesta. Se cubrió el rostro con el antebrazo y quedó quieta. Mani quiso achacar aquel extraño comportamiento al cansancio. Dos semanas de trabajo físico duro y noches de sexo ininterrumpido tenían que hacer mella.

Aunque ya no las tenía todas consigo cuando se duchó sola y no se metió en la cama con él tras apagar todas las luces.

Llovía con fuerza y el barco se columpiaba luchando contra las olas.

Cristina se sentó en la silla.

—Cuando hace meses me dijiste que no tenías nada serio con alguien, ¿te referías a no tener nada serio con Estrella? —preguntó tras un rato. De sobra sabía que él estaba despierto.

Mani se llevó la mano a la cabeza, se peinó con los dedos un momento y sopesó si mentir, o al menos edulcorar la respuesta, porque de verdad que su relación con Estrella no era seria. Eran los demás los que lo asumían.

—Sí —contestó escueto.

Cristina suspiró y siguió mirando lo que ocurría fuera, al otro lado del cristal. Poco podía ver; fuera estaba oscuro, si acaso, solo alguna gota de lluvia que se estrellaba en la ventana y gracias a los focos de la embarcación.

—Hace seis años —dijo ella casi en un susurro—, conocí al hombre perfecto. Estábamos en un botellón, él con sus amigos y yo con mis amigas. Por casualidades de la vida, los dos grupos estábamos ocupando la misma esquina de la plaza, lo que provocó lo inevitable. Al cabo de varias horas de consumo de alcohol ininterrumpido, una de mis amigas se había lanzado a los brazos de uno de sus amigos. Con el movimiento provocado por culpa de la colisión y la falta de reflejos debidos a los altos niveles etílicos, al suelo fueron los dos, liándose allí mismo. Pero el alcohol, además de causar la desinhibición, fue el causante de terminar aquel ardor desmedido. En menos de diez minutos habían perdido el conocimiento ambos y allá que fuimos el hombre perfecto y yo en su rescate. Mi amiga estaba encima de su amigo con las piernas abiertas y su amigo tenía la mano debajo del sujetador de mi amiga. Te aseguro que fue toda una proeza desenganchar aquella mano de las garras de aquellos pechos. Para más inri, según el hombre perfecto intentaba sacar la mano de la trampa, el cierre de una pulsera que llevaba su amigo se enganchó con la tela del sujetador, lo que provocó un tira y afloja de varios minutos hasta que aquella mano salió disparada con medio sujetador detrás. Todo esto sin que el amigo del hombre perfecto y mi amiga recuperaran la consciencia.

Mani tuvo que sonreír imaginándose aquella escena. Ella hablaba con tranquilidad. El humor de Cristina era único. Incluso las situaciones más hilarantes las contaba como si estuviese explicando la Ley de la Relatividad. Cuando soltaba aquellas cosas todo el mundo reía menos ella y, sin embargo, reía a moco tendido por cualquier chorrada que sucediera a su alrededor.

—Creo que tus amigos me caerían bien —dijo cuando el silencio se alargó de nuevo.

—Eso espero —replicó ella—. Fuiste uno de los testigos en su boda.

Mani quiso reír, pero algo en su tono de voz le hizo ir con cautela. ¿Por qué tenía la impresión de que el cielo estaba a punto de caer sobre sus cabezas?

Cristina se levantó de la silla y se tumbó de espaldas en la otra cama. Viendo que quería continuar, Mani se incorporó, se sentó con la espalda apoyada en el cabecero y esperó.

—Cuando llegó la calma y todo el mundo recuperó la consciencia —continuó—, el hombre perfecto me acompañó a mí y a mi amiga a coger un taxi y se aseguró de que emprendíamos el camino de vuelta a casa de una pieza no antes de intercambiar nuestros números de teléfono. No supe nada de él en semanas, pero un sábado por la noche recibí un mensaje mientras estudiaba para un parcial. «Están todas tus amigas menos tú», decía aquel mensaje. «Tengo que estudiar», contesté. El siguiente mensaje fue mucho más directo: «He venido porque quería verte». Yo contesté: «Podemos vernos otro día».

Cristina suspiró y continuó con aquella historia que cada vez pintaba menos divertida.

—No sé cuántos mensajes nos mandamos aquella noche. Para cuando amaneció era la mujer más enamorada de la faz de la tierra. Comenzamos a vernos casi todos los días y en menos de dos meses parecíamos un matrimonio, eso sí, de los felices. Yo bebía los vientos por el hombre perfecto y sé que él estaba enamorado de mí hasta los huesos. No hacía falta que lo proclamara, yo lo sabía.

»Y te diré más —siguió tras darse la vuelta para mirar hacia la cama donde Mani escuchaba con atención—. El hombre perfecto no era solo perfecto porque fuese romántico, encantador, guapísimo o tuviese un cuerpo de escándalo. El hombre perfecto además era un cerebritito y había terminado la carrera adecuada en tiempo récord. El hombre perfecto había estudiado nada menos que Ingeniería de Telecomunicaciones y fue el segundo de su promoción. Como podrás comprender, el hombre perfecto no tuvo que esperar mucho para que el mejor de los trabajos se le pusiera en bandeja. Yo, sin embargo, a pesar de no ser una zote en la carrera, no había elegido bien. Al contrario que el hombre perfecto, había dedicado casi todas las neuronas disponibles de mi cerebro en sacar adelante mis estudios de Humanidades, lo que daba a mi discurso un toque de lo más digno, pero que mantenía vacío el bolsillo. Comprenderás entonces que para cuando el hombre perfecto me ofreció emigrar con él a un país casi perfecto para trabajar en una empresa casi perfecta cerré los ojos y lo seguí.

Ahora Mani intuía a dónde quería ella ir a parar.

—Con una maleta en una mano y el hombre perfecto en la otra salí por primera vez de casa de mis padres para cruzar el Cantábrico y aterrizar en la capital de la cerveza Guinness. Al principio, vivimos en Dublín. Encontramos un piso decente gracias a la empresa y entre que el trabajo era absorbente para él y el inglés era más que chungo para mí, se pasaron los dos primeros años como en un suspiro. Pero todo iba sobre ruedas entre el hombre perfecto y yo. La primera piedra del camino vino de la mano de los pastizales y la vida en el campo, porque el hombre perfecto estaba cansado del ajetreo de la gran ciudad y a menos de una hora en coche teníamos la posibilidad de comprar una casita igualita que la de las postales. Y, aunque yo veía que mis posibilidades de trabajo se reducirían un 99,9 %, le abrí los brazos a la idea, más que

nada porque en el fondo ya estaba pensando en darle descendencia al hombre perfecto. ¿Te imaginas, Mani? Un *cottage* perfecto repleto de niños perfectos con la oportunidad de crecer felices en un país perfecto lleno de oportunidades. Pero, claro, yo no soy perfecta y por alguna extraña razón el hombre perfecto no había caído en ese pequeño detalle hasta entonces. Eso o que procrear no se nos daba tan bien como todo lo demás. Viendo que nuestros esfuerzos caían en saco roto y que yo cada vez me veía más perdida sin hacer nada de provecho salvo ser consorte del hombre perfecto, comencé a invitar con asiduidad a todos los conocidos que tenía. Su compañía traía aire fresco y me daban ideas sobre lo que hacer con mi vida. Así que probé aquí y allí y comencé a hacer dinerito que, si bien era nada en comparación con lo que el hombre perfecto ganaba, me daba dignidad y ánimos para seguir buscando crear una familia. Pero mis días cada vez eran más tristes, Mani, y me deprimía sobremanera que fuese así cuando vivía con el hombre perfecto la vida perfecta que siempre había soñado. No tenía coche, ¿para qué si residíamos en un lugar perfecto?; no tenía amigos, ¿para qué queríamos vivir en un sitio repleto de gente y ruido y estrés cuando podíamos disfrutar de la vida en una casa donde los vecinos estaban a tres kilómetros? Solo tenía conexión a internet que el hombre perfecto se había encargado personalmente de instalar porque lo necesitaba cuando trabajaba en casa y las visitas cada vez más esporádicas de nuestras amistades.

Cristina se levantó de la cama y comenzó a pasear por la pequeña cabina como una loba enjaulada.

—Fue a principios de noviembre cuando ella se presentó. No sabes la alegría que me dio ver a una de mis amigas de la academia donde aprendí inglés en Dublín aparecer por la puerta. Sin avisar y con una sonrisa en los labios me abrazó como si nos hubiésemos visto el día de antes y con la misma fuerza y desesperación la abracé yo de vuelta. Decidí que era el momento de empezar a socializar por mi cuenta, así que comencé a hacer planes con ella todas las semanas. A veces iba yo a la ciudad y otras venía ella y se quedaba a dormir para poder pasar más tiempo juntas.

Paró de andar y quedó justo enfrente de la ventana. Las gotas de lluvia resbalaban por el cristal. Lo más triste es que el agüilla que Mani veía correr por su rostro no era un reflejo.

—Ni siquiera me puso los cuernos. Fue una ruptura elegante y civilizada. Perfecta. Me ofreció tiempo para replantearme mi nueva etapa y también dinero para comenzarla. No puedo odiarlo y tampoco tengo derecho a patalear. Ahora mismo aquella amiga es la esposa perfecta del esposo perfecto y esperan el primer bebé perfecto que hará del otoño la estación perfecta para empezar la familia perfecta.

Dándole la espalda volvió a sentarse.

—Mani —susurró con la cabeza agachada—, me gustas una barbaridad, pero la llamada de esta tarde me ha recordado algo importante: Estrella, con razón o no, piensa y actúa como si estuvieseis juntos. Lo que tú llamas «nada serio», para ella significa otra cosa. No quiero ser esa «amiga» que venga a arrancar de cuajo al hombre perfecto de su lado, Mani. Sé lo que se siente y nadie debería pasar por eso. Miro hacia el pasado y solo siento pena, rabia y una vergüenza terrible, y no puedo soportar la idea de causar esas sensaciones en alguien que seguramente no se lo merece. Si descubrí que a pesar de los pesares estáis hechos el uno para el otro me alegraré por vosotros, pero si no es así, no quiero que mi nombre sea el que le provoque sudores fríos. No quiero sentirme más humillada de lo que ya me siento y creo que el cupo de problemas relacionados con el corazón quedó cubierto de sobra hasta los próximos cinco años como poco. Y si te soy sincera, ahora mismo no me veo capaz de luchar por nada. Vivo tan imbuida en mis

problemas que no puedo preocuparme como es debido por alguien más. Prefiero una retirada a tiempo.

Mani no entendía qué podía haber salido mal; otra vez sentía cómo sus neuronas se empeñaban en no hacer sinapsis. ¿Qué le daba aquella mujer que le impedía pensar con claridad y actuar sin ningún cuidado? Había chispa entre ellos, física y química. De la que los libros no saben explicar bien. ¿Por qué había que dejar que desapareciera? Si el problema estaba en Estrella, bueno, nada que no pudiese arreglarse con una larga conversación al respecto.

¿Cómo podía compararlo con aquel mamón? Mani era mucho más decente que el «hombre perfecto»; nunca la mentiría o la haría carantoñas con alguien más escondido detrás de la puerta...

«Mátame, tractor».

Mientras Mani caía del guindo, Cristina se metió en la cama de al lado con las piernas temblando después de soltar aquella revelación. Excepto Susana, nadie conocía los detalles de su ruptura, ya que había evitado en lo posible que la atormentaran a preguntas. No había tenido intención de contarle tanto, pero una vez que comenzó a hablar, ya no quiso dejar nada sin decir y fue una buena decisión, porque se sentía mucho más aliviada. Mani sabía ahora lo que con tanto empeño había dejado escondido del escrutinio de los demás; por su parte ya no había secretos. La pelota ahora estaba sobre su tejado.

Al cabo de un momento solo se oía la respiración de ambos y el sonido de la lluvia.

—Buenas noches, Manuel.

—Buenas noches, Cristina.

Una hora después, los dos seguían despiertos. ¿Iban a terminar así?

—Cristina.

—¿Mmm?

—¿Te alejarás para siempre o solo quieres darme aire?

Ella estiró el brazo todo lo que pudo y apoyó la mano sobre su hombro. Mani también se tumbó al borde de su cama con media espalda fuera.

—Llegado el momento, estoy segura de que podríamos volvernos a ver sin tanto bagaje sobre las espaldas. Y sin tanto drama con el que lidiar, supongo.

Mani apretaba la mano de Cristina mientras daba vueltas a lo que ella acababa de decir. Aunque quiso protestar, comprendía lo que le estaba pidiendo. Con semejante torbellino de sentimientos por un lado y una vida sentimental patas arriba por otro, no había manera de que algo bueno pudiese salir de aquello. Fue bonito mientras duró, pero si comenzaban algo serio con esas premisas, estaban sentenciando algo a muerte antes casi de nacer.

Porque algo había entre ellos. Algo bueno, único y que era solo suyo, de Cristina y de él, y que comenzó en el preciso instante que la vio sentada en aquel vagón de tren escuchando música con aquella falda de cuadros azules; o quizá mucho antes cuando contestaba gustoso a sus preguntas en el blog. La chispa, la compenetración, el entendimiento sin palabras, la pasión..., todo lo esencial estaba ahí, pero si lo mezclaban con eso que ambos tenían sin solucionar el cóctel se arruinaría para siempre. Él también lo sabía y, aun así, se aferraba a ella.

Pasó una eternidad hasta que Mani fue capaz de decir palabra.

—¿Cristina? —Y siguió hablando para no perder el valor—: ¿Crees que, de haber estado limpio, lo habrías intentado conmigo?

Cristina no dijo nada. Era una pregunta con trampa y, dicho lo dicho, no quería volverse atrás.

—No tengas miedo ahora de decirme la verdad. Me daría cuenta —insistió Mani.

—Creo que sí —admitió ella.

—¿Que me daría cuenta o que lo habrías intentado? —Apelar a su sentido del humor era una apuesta arriesgada, pero no iban a decirse sus últimas palabras con un regusto amargo en la boca.

—Creo que lo habría intentado. Al menos me habría dejado llevar.

—Eso me pareció —pensó Mani en alto—. Si acepto tu retirada a tiempo me gustaría pedir algo a cambio. —Por fin las neuronas volvían a la opción sinapsis.

Cristina no salía de su asombro. Una cosa había que reconocerle a aquel hombre: su capacidad de sorprenderla no disminuía con el tiempo.

—¿El qué? Aunque no te hagas ilusiones. Primero quiero conocer tu propuesta antes de decir que sí.

Mani pareció pensar un momento, se puso algo más cómodo con la mano libre debajo de la cabeza y miró la silueta de su Novata. Estaba tan lejos...

—No acepto una retirada, al menos no definitiva —aseguró—. Tú todavía estás lamiendo heridas y yo tengo un lío de vida que me va a costar tiempo y esfuerzo enderezar, pero no pienses por un momento que me doy por vencido contigo. Prométeme que cuando limpie la mierda podré volver a ti a pedir una segunda, bueno, una tercera oportunidad.

—Pides mucho con las historias que guardamos en la mochila.

—Tómalo como un respiro. Estamos hechos un lío, hasta aquí de acuerdo, pero no significa que no podamos intentarlo de nuevo. Yo estoy dispuesto a volver a la carga tantas veces como sean necesarias. Solo quiero volver a ti sabiendo que me escucharás. Nada más.

Mani pensó entonces que quizá ella, en lo más profundo, no imaginaba que él la elegiría sobre ninguna otra mujer, pero ya se encargaría de demostrarle lo contrario. Mani se estiró, apretó con fuerza su mano y la acercó a su pecho. Ella quedó con medio cuerpo fuera del colchón, pero no se movió de allí.

—Este de aquí late y siempre se acelera cuando estás cerca.

Alargó el brazo y reposó la mano sobre el pecho de Cristina.

—Y he sentido sobre mi piel cómo este tuyo se acelera también. —Como en ese mismo momento era el caso—. ¿Me esperarás?

—Mani, no te vas a la guerra. —No lo vio, pero escuchó su sonrisa.

—Te aseguro que lo que me espera va a ser una batalla campal y a varios frentes.

—No te he contado todo ese rollo para obligarte a hacer nada. De verdad.

—Lo sé. Es puro egoísmo, no te pienses. Empiezo a creer que lo haré más por mí que por nosotros, aunque el premio, si llego a la meta, es el mejor de los incentivos.

—Te daré el beneficio de la duda, entonces. No puedo prometer más.

—Mejor eso que nada. Buenas noches, Novata.

—Buenas noches, Mani.

Volvieron a tumbarse en medio de sus respectivas camas y, al cabo de un rato, se quedaron dormidos, si bien en mitad de la noche sus dedos encontraron la manera de acabar entrelazados.

Capítulo 16

Llegó a casa exhausta. Para evitar pensar demasiado en lo malo y más en los asuntos reales que apremiaban en su vida, había tenido la maravillosa idea de ir con la bicicleta a la Casa de Campo.

Se arrepintió en el mismo momento que se bajó del metro. Primero, porque volvió a atascarse con la bicicleta, lo que le hizo recordar aquel día caluroso de agosto en que conoció a Mani. Segundo, porque desde el momento que puso los pies fuera de la estación tuvo miedo a perderse. Paraba cada doscientos metros y nunca estaba segura de que iba en la dirección correcta, para lo cual necesitaba extender el mapa que, además de grande, resultaba del todo inútil. ¿Y cuál era la dirección correcta? Punto cuarto: no se había parado a pensar que, a lo mejor, necesitaba un recorrido o una ruta previa.

Acabó por seguir a otros ciclistas y, para su vergüenza, fue incapaz de mantener el ritmo. Pero es que no era su culpa que ellos tuvieran bicicletas de montaña y ella una plegable con ruedas minúsculas. Y eso también le hizo pensar en él, porque si Cristina había comprado esa bici era porque Mani se lo había aconsejado. Con vehemencia, todo sea dicho. O al menos toda la vehemencia que puede expresarse en un mensaje de texto.

Para cuando se desplomó en el sofá de su minipiso compartido estaba agotada de su jornada sobre el sillín y más agotada aún de pensar una y otra vez en aquel veterinario del que solo sabía por los comentarios de Susana o las historias increíbles de Concha. Gracias a Dios solo veía a la segunda de Pascuas a Ramos.

El caso es que ella había pasado el día fuera porque necesitaba urgentemente centrarse si no quería sobrepasar la fecha de entrega de varios artículos pendientes y perder los pocos ingresos con los que conseguía pagar a duras penas el alquiler. Había salido para respirar algo de aire fresco y aclarar la mente.

Subsistía a base de tarteras llenas de la comida que robaba del frigorífico de su madre cada vez que iba de visita y, vale, de vez en cuando dejaba que sus progenitores pagaran alguna que otra prenda de ropa cuando salían a dar una vuelta por el centro. La indispensable conexión a internet la pagaba Olga, su compañera de piso. Ella necesitaba internet para poder hablar con su familia en Polonia y la dejaba engancharse a cambio de darle clases de español. Gracias al boca a boca, comenzando por una de sus tías, había encontrado un par de chicas que necesitaban su ayuda para pasar la selectividad y, aunque temporal, era un dinerillo que caía como agua bendita. Al menos la carrera había servido para algo; y hablar inglés, claro.

Volvió a suspirar cansada de todo. Si no era Mani, era su paupérrima subsistencia y el trabajo sin entregar. Todo iba estupendamente, gracias.

Aquella horrible vuelta a Madrid y esa tensión en el ambiente después de «aclarar» las cosas... Cada vez que pensaba en ello se le arrugaba todo por dentro y quería gritar de rabia. Esa noche perdió tanto...; más de lo que había imaginado. Lo que surgió entre Mani y ella no había sido más que un germen entonces, pero el tiempo, en vez de suspenderlo en esa fase, lo había hecho crecer hasta hacerle echar raíces en su interior. Y ahora se moría por retroceder y afrontar la situación de otra manera, aunque era demasiado tarde, se temía. Tanta química desperdiciada. Ese fuego que había apagado sin pensarlo dos veces. Había exigido más de lo que él podía dar en

ese momento y ahora lo pagaba. Meses de silencio y ella en un mero existir.

Hizo bien en poner las cartas sobre la mesa, eso lo sabía, lo que no vio venir fue lo mucho que a ella le afectaría. Mani había irrumpido como una bola de derribo en su vida y no terminaba de recuperarse del golpe.

¿Cuánto dura un respiro? Uno de esos que se da la gente para arreglar su vida.

El aire de la habitación comenzó a oprimirle los pulmones. Si él necesitaba la mitad de tiempo que ella pensó que tenían, el respiro sería infinito y ella viviría cada día con menos aire.

Quiso llorar de rabia. No veía salida por ningún lado.

Abrió la boca y se forzó a pensar en un lugar bonito de cielos azules donde la vida no estaba llena de obstáculos. Aspiró y solo consiguió atragantarse.

Cuando paró de toser, se acurrucó en una bola y se dio media hora para darse pena y regodearse otro poco en lo patética que era su vida.

El hambre la obligó a levantarse más de una hora después. Calentó las patatas con carne que languidecían en su balda de la nevera y se fue a su dormitorio a ver si, sentándose delante de la pantalla, las frases le venían a la mente. Hacer artículos para agencias de viajes era una pesadilla, porque todos los lugares que describía los había descubierto con personas que la habían dejado atrás. Como un trapo sucio que no merece la pena lavar.

Dos horas con el culo pegado a la silla, unos dolores de cervicales tremendos y una pantalla vacía indicaron a Cristina que había perdido el día. Algo más que añadir a la lista de calamidades.

¡Y apestaba a sudor!

Menos mal que la pantalla de su teléfono brilló entonces de puro contento enseñando una foto de Susana saltando como una posea con la cola del vestido de novia alrededor de un brazo y el otro en alto enarbolando un copazo de *whisky*. Cogió la llamada y se esforzó por parecer feliz.

—¿Qué me dirías a dos noches de pijama consecutivas? —soltó Susana a bocajarro.

—Que ya somos algo mayorcitas. Además ya sabes el dicho: tres son multitud. —Tenía que practicar más. Sonaba siempre como un ogro.

—Buena respuesta, pero no. No seríamos tres. Raúl pasará el fin de semana fuera y yo he pensado no decírselo a nadie para que tú y yo nos pasemos dos días devorando comida china, abusando del chocolate y viendo películas.

—¿Cuándo puedo aparecer con la artillería pesada? —«Mucho mejor, Cristi. Ese es el tono que buscabas».

—El viernes a las seis mi querido esposo saldrá por la puerta y no volverá hasta el domingo por la tarde. Te espero a las seis y cuarto con una botella de lo que sea en la mano. El resto corre de mi cuenta.

—Creo que algún día enviaré una petición formal para exigir tu canonización.

—Prefiero estar en el bando de las chicas malas, pero me halaga de todas formas.

Parecía que el día no iba a terminar tan mal como esperaba. Pensando que aquello debía de ser una señal, volvió a intentar escribir algo, pero nada. Si escuchaba con atención, podía oír como su cerebro solo emitía un chirriante piiiiiiiiiiiiiiiiiii.

Se rindió ante la evidencia y decidió que lo único que podía hacer era ducharse y esperar que la mañana siguiente fuera algo mejor.

Tardó varios días, pero lo consiguió. Tras trescientos litros de café y té y con un mullido cojín bajo el trasero y otro en la espalda, consiguió sacar adelante los malditos artículos; la vida del escritor en negro era muy pero que muy dura. El fin de semana que preparó con Susana le había

dado alguna que otra idea y con algo de sal y pimienta tenía ante sí al menos diez folios llenos de párrafos que esperaba fueran un exitazo en todas las páginas web en un futuro no muy lejano, a ser posible.

El viernes por la tarde al bajar a la bodega a comprar una botella de algo potente, recordó aquellos lejanos días cuando el grupo de amigas ponían todo el dinero que tenían disponible sobre el mostrador de la tienda de turno para conseguir la mayor cantidad de alcohol posible con alguna que otra bolsa de patatas fritas y cortezas. Cristina siempre salía perdiendo porque como casi no bebía, terminaba por subvencionar la borrachera de las demás. Pero era el precio a pagar por ser la oveja negra del grupo o, como la llamaban por aquella época, la Trinaranjus.

Esa tarde, sin embargo, estaba allí para comprar alcohol con la sana intención de cepillarse la botella junto con su mejor amiga en las dos próximas noches. Cómo cambian los tiempos.

A las 6:05 p. m., con una botella de vodka en la mano y una mochila con todo lo necesario al hombro, llamó al telefonillo.

—¡Ahora mismo te abren! —gritó Susana al otro lado.

Antes de que Cristina pudiese preguntar a quién se refería, se abrió la puerta del portal y allí apareció el sujeto de sus desvelos con cara de sorpresa.

—Ho..., hola, Novata.

Mani no supo qué más decir. No se esperaba a Cristina allí parada con una botella de alcohol de alta graduación en la mano y la boca abierta. Cuando por fin la cerró, las largas pestañas empezaron a moverse a toda prisa como si le hubiese entrado algo en el ojo. Sus ojos verdes lo miraban de arriba abajo y parecía que tenía ganas de ir al cuarto de baño.

—Hola. ¿Qué tal estás? —preguntó ella de prisa en cuanto salió de su asombro.

La voz de Cristina hizo que Mani se pusiera en tensión y se viera de nuevo en una montaña de heno bajo las mantas.

—Muy bien, gracias. ¿Vienes a ver a Susana?

Cristina asintió.

—Por lo visto Raúl estará fuera el fin de semana, así que pasaremos un par de días haciendo el chorra juntas.

—Tenemos unas prácticas que dirigir en Navarra —aclaró él.

—¿Vais juntos, entonces?

Mani asintió.

—¡Hola, guapísima! —Raúl saludó mientras intentaba pasar entre ellos cargado con dos bolsas de viaje—. ¿Preparada para la acción? Mi mujer no podía esperar a perderme de vista.

Cristina no contestó. Tenía fija la vista en los ojos de Mani y nada de lo que pasase alrededor le importaba un comino.

Raúl miraba incrédulo cómo Mani y Cristina mantenía un particular duelo silencioso delante de sus narices y volvió a sentirse igual que cuando, sin querer queriendo, los espío la noche de su boda en el salón de sus suegros. Estos dos tenían que solucionar lo que fuera que tuvieran entre manos pronto o las chispas que emitían acabarían por quemarlos vivos a ellos o provocando un incendio de proporciones fatales para el medio ambiente.

«¿Desde cuándo eres tan lírico?», pensó con satisfacción.

Carraspeó a ver si así conseguía traerlos a la realidad.

—Será mejor que nos pongamos en marcha, Mani. El tren sale en una hora —apremió

pasándole las bolsas a su amigo.

—Sí, claro. —Mani pareció salir del aturdimiento—. Hasta otra.

—Adiós, Manuel.

«¿Manuel? ¿¡Manuel!?».

Aquello fue la puntilla. Mani llevaba planeando con detalle su plan maestro para conquistarla y lo llamaba Manuel. Días, noches en vela, semanas de darle vueltas a todas y cada una de las posibilidades como si viviera inmerso en una partida de ajedrez y ella lo llamaba Manuel. Había elaborado una lista con todas aquellas cosas que sabía que no andaban bien en su vida y una a una había ideado cómo solucionarlas bajo todos los puntos de vista haciendo el menor daño posible a los involucrados y ella lo llamaba Manuel. Si hasta había un organigrama pegado con chinchetas en la pared de su habitación. ¡Y lo llamaba Manuel!

Metió las bolsas de mala manera en el maletero, lo cerró con saña y entró en el coche dando un señor portazo.

—Si sigues rechinando los dientes necesitarás que te trasplanten una nueva mandíbula —dijo Raúl tras poner el coche en marcha.

—¡Me ha llamado Manuel!

—Te llamas Manuel.

—¿Manuel? ¿¡En serio!? ¿Sonríe y me llama Manuel como si no me conociera de nada?

Raúl soltó un gruñido. Susana y él habían optado por no meterse en nada que tuviese que ver con la vida amorosa de esos dos idiotas, aunque, visto lo visto, necesitaban de un acicate.

—Mira, Manuel —dijo con algo de retintín—. Si no coges el toro por los cuernos, te va a dar tal cornada que el culo te va a doler el resto de tu vida además de masticar el polvo que dejen sus pezuñas al marcharse. Llevas meses alelado.

Mani miró a su amigo con la expresión de de-qué-coño-estás-hablando pintada en la cara.

Pero Raúl no tenía intención de callar. ¡Qué va! Estaba en racha con esto de la lírica.

—Una vez dicho esto, es mi obligación pasar a la siguiente cuestión.

—¿Y cuál es? —apremió Mani.

—Verás. Tengo el desgraciado privilegio de haber sido uno de los mejores amigos del capullo que se las ha hecho pasar canutas durante años. Ella no suelta prenda, pero viendo lo feliz que vive mi más que posible examigo, está claro quién ha jodido a quién, y mira tú por dónde que pienso que querer a Cristina es la cosa más fácil del mundo y no hacerla feliz es un pecado. De los graves.

Raúl lanzó una mirada ceñuda de aviso a su amigo y siguió con su monólogo.

—Como comprenderás, no tengo ninguna intención de ostentar ese horripilante honor por segunda vez consecutiva. Eres mi amigo, Mani, el mejor, pero como se te ocurra herir a Cristina te juro que te corto las pelotas o, si lo prefieres, animo a mi mujer para que se te lance a la yugular. ¿Ha quedado claro?

Raúl no bromeaba, es más, Mani sabía que con el ex todavía le quedaban por saldar algunas cuentas pendientes.

—Es complicado, tío —se defendió.

—Siempre lo es, pero no te la voy a pasar, «tío». Cristina es una mujer cojonuda y bastante ha tenido ya. No me meto en tu vida y tú no te metes en la mía, pero que yo sepa, tienes novia, así que céntrate en lo que tienes entre manos antes de picotear fuera del nido. Aunque he de confesar

que lo que hay fuera del nido pinta mejor. No sé si me entiendes.

Era Raúl el que no entendía nada. Mani necesitaba tiempo para hacer las cosas como debía y aclarar las ideas. Debía enfrentarse a su Novata con la conciencia limpia. ¿Había dicho Raúl la palabra «meses»? Estaban en junio y su viaje a Inglaterra había sido en abril. Sí, llevaba dos meses confabulando y en aquel tiempo ella había hecho borrón y cuenta nueva.

«Manuel» sonaba horrible de sus labios. Nunca antes le había sonado su nombre tan mal.

Se pasó los dedos por el pelo y una bola de plomo se instaló en su estómago.

—¿Crees que tengo posibilidades todavía? —le preguntó a su amigo ya en el tren camino de Pamplona.

—No lo sé.

«¿Me habré pasado?».

Capítulo 17

Madrid, 18 de junio

Querida Novata:

No te enfades conmigo por haberte mandado esta carta. Nada más que cumplo órdenes, las que tú me diste, y ahora necesito contarte mis progresos. Suena pueril, pero no soporto la idea de que no sepas que estoy arreglando mis cosas y, para qué negarlo, quizá si sabes de mí, consiga que me esperes un poco más.

Tú, mejor que nadie, sabías que había cosas que arreglar y estoy en ello, lo prometo, pero me está llevando más tiempo del que imaginé. Porque mi vida está hecha un lío y quiero hacerlo bien; quiero atar todos los cabos sueltos, quiero que estés orgullosa de mí.

Cuando nos vimos en aquel portal el otro día, me dolió mucho que me trataras con tanto desinterés. Me llamaste Manuel y supe entonces que no podía permitirme el lujo de perderte para siempre. Esta distancia entre nosotros me está matando y necesitaba decírtelo. Por eso he decidido contarte lo que sucede en mi vida, lo que quiero cambiar y asegurarme por el camino de que sepas de mí. Eso debería acercarnos, al menos es lo que me digo a mí mismo.

Anteayer empecé por el origen de este trato nuestro: Estrella. He tardado en dar el paso, lo sé, pero antes de enfrentarme a ella necesitaba tenerlo todo claro y te aseguro que aclarar mis ideas ha sido un proceso de lo más largo y agotador. Media vida eludiendo problemas hace que la pila de cosas por solucionar sea más alta que el Nanga Parbat.

La cité en el piso para hablar con tranquilidad. Ella se esperaba otra cosa porque en cuanto entró por la puerta se lanzó a mis brazos y comenzó a quitarme la ropa. No te cuento esto porque quiera darte celos. Eso jamás, Novata. Te lo cuento porque tenías razón. Lo habíamos dejado supuestamente de forma definitiva justo después de volver de los Lagos, tres días tras nuestra despedida. Llevábamos al menos seis semanas sin vernos y, sin embargo, Estrella nunca dudó de que todavía estuviésemos juntos. Según ella me dijo, me estaba dando algo de tiempo hasta que las cosas volvieran a su cauce. También me insinuó que si lo que necesitaba era estar con otras mujeres a ella no le importaba siempre que volviéramos como siempre. Sinceramente, Novata, me asustó ver la seguridad con la que hablaba como si fuese imposible que no fuésemos una pareja. Todavía hoy le doy muchas vueltas a la posibilidad de que le haya dado siempre falsas esperanzas o, peor aún, que siempre me comportara como si nuestra relación fuese una roca y lo demás no eran más que olas que van y vienen con la marea pero que, como mucho, solo erosionan. Algo casi indestructible, vamos. A veces pienso que lo nuestro fue siempre tan conveniente que solo con eso era suficiente. Ella presumía de novio a la vez que vivía su vida y yo tenía unos brazos a los que volver, aunque los sabía fríos.

Y así podríamos habernos tirado toda la vida porque lo nuestro nunca interfería con lo demás. La relación perfecta sobre el papel.

Me costó hacerle entender que ya no había nada; ni bueno ni malo, solo aire. Discutimos, mucho, y poco menos que acabó ella por dejarlo conmigo. Creo que ahora al

menos ha quedado todo claro. Le pregunté si quería llevarse sus cosas (libros, algún mueble y ropa) y me contestó que me metiera sus cosas por cierta parte oculta de mi anatomía a la vez que me lanzaba las llaves a la cara.

La hice llorar, Novata, y de veras. Conozco perfectamente sus lágrimas de cocodrilo cuando busca llevarse el gato al agua y estas eran distintas. Salían de adentro y me sentí como una rata por haber dejado que las cosas llegaran tan lejos. Más aún cuando yo hace mucho tiempo que no siento nada por ella. Solo era rutina.

Supongo que ahora ambos necesitaremos algo de tiempo en asimilar lo que ha pasado, pero quiero que quede claro: cualquier cosa que oigas es pura patraña. Estrella y yo no estamos juntos y prometo que ambos lo tenemos clarísimo al respecto.

Te echo de menos.

Mani

Cristina leyó aquella carta varias veces. La primera vez lo hizo tan rápido que no entendió la mitad. Con el corazón latiendo a dos mil por hora saltó de palabra en palabra tan aprisa que tuvo que volver a empezar para comprender lo que leía. Mani se había puesto manos a la obra, tal y como prometió. Por un lado se sentía adulada ante esa prueba de cariño, pero por otra se sentía desafiada; además no debía ser plato de buen gusto enfrentarse a las uñas de Estrella, más aún cuando había una especie de entendimiento entre ellos que duraba ya años.

Eso era lo que Susana había intentado insinuarle tiempo atrás y ya con más detalles durante su fin de semana de juerga en casa. Estrella quería a Mani cuando le apetecía y se negaba a soltarlo del todo por conveniencia. Tanto tiempo llevaban así que, según su amiga, Estrella estaba esperando a cansarse de vivir la vida y volver a los brazos de Mani, y él habría accedido a juzgar por su comportamiento en el pasado.

Aquella carta, de ser cierta, lo cambiaba todo.

¡Mani cumplía con su parte del trato!

Tenía la carta pegada al pecho y las ideas en su cabeza se movían como en un torbellino.

Y ahora, ¿qué?

Él no estaba pidiendo nada, pero ella tampoco podía exigir que alguien arreglara sus asuntos y cruzarse de brazos. No era de recibo no ser correspondido de la misma manera.

Por desgracia para ella, sus heridas seguían abiertas y todavía se sentía tan amargada o más que cuando hizo la maleta y volvió a casa tras su separación con el rabo entre las piernas. Dejar el pasado atrás no era tarea fácil porque este volvía una y otra vez. En los momentos más insospechados: planchando una blusa, haciendo la cama, planeando la semana, esperando a qué o quién, esperando...

Volvió a leer y se avergonzó de presionarlo para que se enfrentara a sus problemas como si ella no estuviese contaminada. Le había acusado de no cumplir con las reglas para con Estrella y para con ella, pero no había movido ni un músculo por dejarse de sentir todavía como la consorte de aquel hombre que creía perfecto y que obviamente ya no formaba parte de su vida.

Cuando dejó Irlanda, se quedó a gusto insultando y espetando porquería acumulada entre ellos durante años echándole la culpa por todo. Se regodeó en desearle lo peor con la imagen de su amiga apareciendo como una Caperucita Roja y usurpando su lugar en aquella casa, en aquella relación, en su vida. Pero todo eso quedaba en su habitación minúscula de Madrid y sus sábanas comenzaban a oler a rencor. De seguir así, comenzarían a salirle arrugas de pura mala leche.

Y su vida social era casi peor. Una vez que volvió se había convertido en un dron, un cerebro con piernas que ni sentía ni padecía. Iba por la vida como quien va a comprar el pan y no tiene nada en la cabeza, simplemente hace el mismo camino que ha hecho todos los días, saca unas monedas del bolsillo y, si le apuran, no tiene ni que abrir la boca porque el panadero sabe de sobra lo que quiere.

Si era cierto que Mani había movido ficha, Cristina no quería quedarse atrás.

Volvió a leer y sintió un cosquilleo en la boca del estómago. Esa sensación fue extendiéndose hacia la garganta y se acopló en el cerebro. Aquel amasijo de células grises comenzó a funcionar y, antes de darse cuenta, un torrente de palabras pujaba por salir de su cabeza.

Para que aquellos mensajes no se evaporaran se sentó delante del ordenador, abrió un documento y se quedó tonta mirando la pantalla, esperando.

Capítulo 18

La entrevista de trabajo fue bien, si es que aquella conversación de tres minutos podría llamarse entrevista. Cristina se había puesto sus mejores galas para ser recibida por un hombre vestido con uniforme de trabajo, el logotipo del supermercado cosido en el bolsillo de la camisa y su nombre pegado a una etiqueta de plástico torcida justo debajo.

Fue más o menos un «Hola, Olga me ha hablado de ti; este es el horario; este el dinero que cobrarás por tantas horas semanales; asumo que podrás cubrir a tus compañeros algún que otro festivo; pagamos el cinco de cada mes; ¿puedes empezar la semana que viene?».

El alivio de tener por fin el dinero para el alquiler fue inmenso como inmensa la sensación agria de verse por siempre jamás al borde de la subsistencia. Ni siquiera había preguntado por las vacaciones o si se pagaban horas extras de tan desesperada como estaba por encontrar algo, lo que fuese. No iba a tener que usar el dinero de su ex. Muy de él, decidió vender la casa donde vivieron juntos y le dio a ella la mitad de lo que consiguió. Por las molestias, había supuesto, aunque Cristina solo veía en aquello un regalo envenenado. Una limosna que se sentía igual que una bofetada. Hizo malabarismos e incluso pidió ayuda a sus padres, pero jamás dependió de lo que había en aquella cuenta bancaria. «Tengo dinero, papá, aunque si lo uso ahora mismo me sentiría derrotada». Ellos comprendieron y no volvieron a hacer preguntas.

Cuando llegó al portal y vio el buzón lleno de propaganda de productos que ni quería ni podía comprar, a punto estuvo de arrancarlo de la pared y tirarlo al contenedor. No lo hizo, claro, no tenía dinero para otro buzón.

Agarró todos aquellos papeles para tirarlos a la basura y rezó por el camino para que no hubiese ninguna factura entre medias. Desde hacía dos meses el azul de su compañía telefónica y el rojo de su banco antecedian a un herpes labial. No fallaba.

Pero ahora tenía trabajo. No muy bien pagado, a media jornada, pero tenía trabajo. Con las horas extras, las clases particulares y los artículos para las agencias de viajes, podría respirar.

Empezó a organizar el correo.

Propaganda, panfleto, ONG, propaganda, propaganda, factura para Olga, menos mal, propaganda...

Un sobre pequeño se le escurrió de entre los dedos. Conocía aquella letra, de otra vez hacía un par de semanas. La dirección estaba escrita con rotulador, apretada por la falta de espacio. Y Cristina pasó los dedos por ella y algo de la sensación agridulce que la estrujaba se alivió.

Como en trance fue a su habitación, se quitó la ropa, se tumbó en la cama y con dedos temblorosos abrió el sobre.

Dublín, 29 de junio

Querida Novata:

Sé que esta tierra no te trae buenos recuerdos. Será por eso que no paro de pensar en ti. Estoy en un simposio para veterinarios soporífero, aunque ayer hablaron de la importancia del trabajo en equipo, de lo que valen los buenos asistentes y de cuánto se puede aprender de los demás. Por un momento pensé que hablaban de ti y de mí, ¿te acuerdas?, sudando la gota gorda llenos de mierda hasta las orejas en medio de la nada

inglesa o, como me gusta denominarlo, nuestro paraíso de bañeras llenas y mantas sobre el heno.

Hablando de mantas. Ya no tengo ni mantas en el piso. Cualquiera que vaya a verme perfectamente podría pensar que me he hecho monje cartujo.

Lo vacié casi por completo. Solo queda la televisión, el sofá y el colchón. El sofá porque necesito sentarme en algún lado contigo, el televisor porque lo compré después de dejarlo con Estrella y el colchón..., bueno, ya sabes por qué. Es el único sitio en el que consigo dormir medianamente bien, aunque también sé que dormir a pierna suelta será una imposibilidad hasta que no duermas a mi lado.

Te echo de menos.

Mani

Cristina no supo si reír, llorar o directamente darse placer pensando en Mani. Las tres alternativas iban que ni pintadas con lo que sentía. Porque eso era lo que su presencia le provocaba; porque ahora, para más inri, era capaz de sentirlo a través de sus palabras. Esa honestidad, tan diferente de la distancia que siempre quiso mantener, era un regalo que, en circunstancias normales, habría rechazado por lo mucho que representaba.

Mani se abría a ella y era sincero en sus intenciones. No le escribía por amor al arte, lo hacía porque quería estar con ella, y vaya si no le provocaba una satisfacción inmensa saberlo. Cristina tenía, por primera vez, la sartén por el mango en una relación. Estaba en terreno desconocido, sobre arenas movedizas, y, al contrario de lo que siempre supuso, le parecía un lugar en el que podía conseguirlo todo. Siempre y cuando aceptara el reto, claro.

Saltó de la cama y sintió frío. Darse placer tendría que esperar, separar la propaganda de las facturas tendría que esperar, pensar en el trabajo, limpiar el cuarto de baño, llamar a Susana para charlar del día. Todo quedó olvidado.

En camiseta de tirantes y culotes, se sentó en la cama con un cuaderno y un boli. Había llegado el momento de adentrarse en aquel lugar desconocido en el que ella tenía el poder de decidir qué, cómo y cuándo sucedían las cosas.

«Érase una vez, una niña que quería conocer el mundo...».

Madrid, 4 de julio

Querida Novata:

Ayer me di cuenta de que ya no dejas comentarios en mi blog. Otra cosa que odio por muy merecido que lo tenga. Al menos espero que lo leas de vez en cuando. Hay muchas cosas que están escritas para ti y creo que se nota.

Por fin dejé mi piso compartido. Según escribo esto creo ver tu cara de asombro. Tú no lo sabías —ni tú ni nadie realmente—, pero nunca había dejado de vivir en el mismo piso de estudiante que alquilé con otros compañeros cuando vine a Madrid por primera vez. Incluso después de comprar el de San Mateo todas mis cosas seguían en mi antigua habitación. Más de un año pagando alquiler a lo tonto.

A Estrella siempre le hizo ilusión el piso nuevo, pero, como ya sabes, nunca llegó a mudarse. Dijera lo que dijera, sabía que lo nuestro no funcionaba y vivir juntos lo haría tan evidente que habríamos tenido que afrontar la ruptura al cabo de una semana como mucho. También creo que en el fondo a ella le parecía poca cosa, aunque no es más que

una suposición. Nunca me dijo nada al respecto. Ahora que lo pienso, nunca hablaba del piso ni siquiera entre los amigos. Y nunca se quedó a dormir.

Aunque yo tampoco me mudé. Como un cobarde seguí pagando alquiler porque el nuevo piso me era indiferente y dar el paso me aterraba. Parecía una buena idea, es una buena idea, pero solo sobre el papel. Nunca lo sentí mi hogar; hasta que tú llegaste.

Ahora estoy rodeado de cajas, pero son mis cajas, y la bici está colgada en la pared del recibidor con hueco debajo para que aparques la tuya cuando quieras volver a verme.

Estoy en casa, pero sigue faltándome algo.

Te echo de menos.

Mani

Madrid, 14 de julio

Querida Novata:

El otro día entré por fin en el Museo del Romanticismo. Pasaba por delante, no era muy tarde y ya no tuve excusas.

Disfruté como un niño pequeño, mirándolo todo con los ojos fuera de sus órbitas. Decidí no leer nada y pretendí ser alguien que volvía a casa, a esa casa. Reí para mis adentros, no creas, porque con frecuencia pensaba en Wordsworth y cómo le hubiese pegado vivir allí. Un Rydal Mount a lo grande sin jardín, eso sí.

La visita contigo hubiese sido mucho más interesante; habría tenido al menos su aquel, ya que el Mani que conociste en aquel vagón de tren no es el mismo de ahora en lo que se refiere a estas cosas. Es, si recuerdas, una conversación que tenemos pendiente. Lo que es eso del romanticismo para mí, el amor.

(Habría tachado todo el párrafo siguiente, pero lo he pensado mejor, al fin y al cabo contigo voy a por todas).

¿Romanticismo?

La idea es bonita, si bien es solo eso, una idea. A la hora de la verdad, lo práctico acaba imponiéndose; el amor con mayúsculas, el que todo lo puede, bajo viento y marea, por siempre jamás, es una panacea. Nunca funciona a la larga. Todos los matrimonios que conocía eran pura fachada, los que todavía sobrevivían. La conexión que los esposos pudieran tener iba diluyéndose poco a poco hasta que eran perfectos desconocidos con hipotecas en común. El romanticismo es la propaganda del amor. La fachada adornada de una amarga mentira.

(¿Ves por qué estuve tentado a tacharlo?).

Yo no era un romántico, y orgulloso que estaba. ¡Raúl me hizo su testigo para demostrar que estaba equivocado! Dijo que me quería en todas las fotos de boda y mi firma quedaría para la posteridad cuando tuviese que reconocer que no tenía razón. Que el amor dura.

Ahora ya no estoy seguro de nada, si te soy sincero. Sigo siendo de esos con los pies en la tierra y miedo congénito a tener la cabeza en las nubes. En este momento que te escribo una carta soltando el buche para conquistarte y suena más a tragedia. Como cualquier protagonista de novela romántica del siglo XIX. Porque yo soy más de drama, de esperar un final demoledor en el que todos pierden si bien se han dejado la vida amando. Y, sin embargo, también quiero un final feliz. Quizá no con fuegos artificiales, pero sí un nuevo

*comienzo donde cualquier cosa pueda suceder.
¿Soy o no un romántico por pensar así?
Cómo quisiera tener esta conversación contigo.
Anoche soñé contigo.
Mani*

Madrid, 9 de agosto

*Querida Novata:
No estaba seguro de querer contarte esto, pero como es la enésima vez que me pasa...
Anoche soñé contigo. Otra vez.
No es siempre el mismo sueño, si bien es siempre el mismo final. Tú, yo, una cama de paja y todas las posiciones sexuales que se te puedan ocurrir.
Como dos saltimbanquis de circo. Así, fuera de contexto, hasta tiene su gracia, aunque salto de la cama por las mañanas chorreando y con palpitaciones. Y eres tú, Novata, lo único que me falta al despertar.
Te echo de menos.
Mani*

Escocia. Es el posavasos menos sucio del bar y con sitio para escribirte unas líneas. Calculo que aterrizó en esta mesa en los años cincuenta. Me ha costado despegarlo sin que la pin-up se quedara adherida a la mesa. ¿Ves esos ojos? Me recuerdan a ti.

Cumbria, 6 de septiembre

*Querida Novata:
No estoy en Creek & Valley y tampoco he venido a trabajar. He ido esta tarde a saludar a los amigos y me han pedido que te mande recuerdos. No me atreví a explicarles que no nos vemos porque tengo esperanzas de que eso cambie. Si sigo adelante es porque realmente deseo que esto solo sea temporal. Ojalá la próxima vez que los vea pueda tocarte.
He venido por otros motivos. Por otro de los muchos asuntos pendientes que llevo arrastrando desde siempre y que me negaba a arreglar porque ojos que no ven, corazón que no siente.
¿Te conté que soy inglés? ¿Que mi familia vive a menos de veinte kilómetros de la granja en la que pasamos aquellas dos semanas? ¿Que mi padre vive y que se ha divorciado otra vez y que ahora sale con una chica que iba a la misma clase que mi hermana?
Con eso deberías hacerte una idea del padre que tengo.
Pero deja que te dé más detalles.
Se casó en primeras nupcias con mi madre. Se conocieron en Ibiza y allí pasaron la luna de miel. Me concibieron allí, de ahí mi nombre.
Dos años después, vino mi hermana y, unos meses después, en un viaje a no sé dónde, mi padre se lio con otra. Por lo visto aquello no rompió su matrimonio; lo que precipitó el divorcio fue que se le viera en público con su siguiente amante bastante tiempo después. Mi madre era más joven que él y dependía de su dinero, pero tenía orgullo y no quiso*

mirar a otro lado. Mis padres siempre aseguraron que ellos nunca se casaron pensando que debía ser para toda la vida. Decían que lo del siempre jamás era tontería, pero mientras mi padre vivía feliz, mi madre se hundía en una depresión que la acompañó hasta el día de su muerte en un accidente de coche cuando conducía bajo los efectos de pastillas y alcohol. Había vuelto a Ibiza y allí se recluyó. Rara vez salía y solo viajaba para venir a verme o si mi hermana la sacaba de las orejas de aquel chalet. Siempre acusé a mi padre de la tristeza de mi madre y daba igual lo que él alegara.

Los sucesivos matrimonios de mi progenitor vinieron a afirmar lo que ya sabía: a mi padre solo le atraen mujeres jóvenes, cada una más que la anterior, y todo lo arregla con dinero, es decir, nunca arregla nada. Por cierto, Dominic es mi medio hermano, hijo de la tercera esposa.

En medio de todo esto, va y la reina le nombra caballero de la Orden del Imperio Británico y hay que llamarlo sir. Su ego no cabe en la enorme casa en la que vive.

Pues bien, ayer vine a verlo. Acepté una invitación que, en circunstancias normales, habría rechazado, pero en esta ocasión no lo hice porque ¿y si mi padre tenía algo que decirme que yo me negaba a escuchar? Pues sí que tenía que decirme, Novata, y yo por primera vez desde que mi madre se recluyera en España, escuché con atención.

No puedo decir que hayamos avanzado, pero al menos hemos comenzado a comunicarnos. Veremos dónde nos lleva. No las tengo todas conmigo; la fosa que nos separa es ancha y profunda y tenemos tan poco en común...

Estaré aquí hasta mañana, pero no he podido aguantar hasta volver a casa para escribirte.

Te echo de menos. Cada día más.

Mani

Madrid, 20 de octubre

Querida Novata:

Debería estar prestando atención, pero no te me vas de la cabeza. Te estoy aburriendo, ¿a que sí? Lo que cuentan en estos congresos no le atrae a nadie salvo a los que estamos metidos en el ajo. Tres días escribiendo cartas aburridas, eso es lo que pensarás que he hecho este fin de semana.

Supuse que si te contaba más detalles sobre lo que hago para ganarme las habichuelas, me conocerías algo mejor; si te contaba cosas de mi trabajo, pues verías lo que hay detrás de la fachada.

Pero creo que he conseguido todo lo contrario. ¿Quién puede encontrar interesante los últimos avances en farmacología para cachorros de perro o lo mal que siguen las instrucciones del prospecto los veterinarios?

Y, al mismo tiempo, daría mi bicicleta Bianchi por que me contaras todas las cosas que haces y piensas. Que me dieras la vara con cualquier pensamiento peregrino que se te pasara por la cabeza. Que me dejaras participar de tus planes más locos, aunque solo fuese para decirte que no saldrían bien. Porque quisiera tener esa relación contigo en la que hasta nuestros desacuerdos tuviesen sitio, tanto como los buenos momentos.

Ha comenzado la ronda de preguntas y, no sé si por lo que ha contado el pobre hombre o por cómo me lo tomo todo en estos días, no me apetece más que levantarme, ir a la

oficina de correos más cercana y mandarte esta carta. Porque es, hoy por hoy, lo único que deseo hacer. Escribirte cartas hasta que tú quieras que pare.

Ojalá te vea en la fiesta de cumpleaños de Susana. Dos semanas solo.

Te echo de menos.

Mani

Madrid, 24 de octubre

Querida Novata:

He comprado un armario. Podría haber traído el que tenía en el otro apartamento, pero habría sido un error.

El nuevo no es gran cosa y, de seguro, es de mucha peor calidad que el anterior. Aun así he mejorado. Lo miro y no me recuerda a nada. Lo quiero llenar y lo haré, aunque despacio. Sabiendo dónde va cada prenda.

Así que ya tengo lo necesario. Un lugar donde dormir, donde cocinar y donde anidar para estaciones venideras.

Lo hice por ti, Novata, y a la vez creo que me has hecho un favor muy grande.

He buscado a alguien que ocupe mi antigua habitación; mis compañeros de piso no han reaccionado ni bien ni mal ante mi partida. ¿Cómo he podido vivir tanto tiempo sin ni siquiera rascar la superficie de nada ni de nadie?

Me pregunto si con tanto viaje intentaba compensar el vacío que tenía por vida. Otros lugares siempre me parecieron mejores, normal.

No sé si te habrás dado cuenta, pero, aunque he pegado un sello, esta carta la he dejado directamente en tu buzón. Pasaba por aquí, como diría Aute.

¿Puedo verte?

Te echo de menos.

Mani

Madrid, 4 de noviembre

Querida Novata:

Ayer fue el mejor día desde hace... no sé ya cuánto. Ayer te vi y no me cupo duda: eres la mujer más hermosa que he conocido en mi vida; por dentro y por fuera.

El tiempo pasa despacio y eso que sé que cuanto más tiempo pase, más cerca está el día en el que podamos... Ya no sé lo que podremos hacer juntos.

Cuando ayer coincidimos, estuve a punto de preguntarte diez veces qué pensabas de estas cartas y de si seguías esperando, si todavía te gusto, de cómo te sientes... Era imposible con tanta gente alrededor; y tú..., bueno, tú necesitas tiempo también, supongo.

Cuando apareciste en el bar, Susana y yo hablábamos de ti. Yo estaba vuelto de espaldas a la puerta y cuando dijo: «Hablando del rey de Roma...» creí que el corazón me había parado de latir. Ayer estabas muy guapa y no solo lo pensé yo. Tuve que aguantar las ganas de machacarle los higadillos a ese amigo nuevo de Susana que te comía la oreja como si quisiera algo. ¿Quería algo? ¿Se lo diste? No tengo derecho a preguntar, no eres de mi propiedad, sin embargo, quisiera saberlo si algo así sucediera.

Te fuiste pronto y sola. Quise acompañarte a casa, pero no me atreví a preguntarte porque todavía tengo algo que solucionar. Ya queda poco.

Te echo de menos.

Mani

Madrid, 5 de noviembre

Querida Novata:

Hoy ha sido un día estúpido. De esos que, como mucho, son un número en el calendario. Perdido desde que sonara el despertador.

He llegado al trabajo y me he encontrado con uno de esos e-mail corporativos en los que nos juntan a todos los jefes de equipo para solucionar los problemas de la compañía en una reunión que no puede esperar un día más.

En esa reunión se ha hablado mucho y no se ha solucionado nada. ¡Cuatro horas de frases vacías! Nadie ha escuchado a nadie. Todos hemos soltado el discurso y hemos vuelto a nuestras oficinas correspondientes igual de idiotas que cuando llegamos.

Y, como todo el mundo sabía que estábamos reunidos, cuatro compañeros esperaban que les dijera qué se ha cocido allí y si por fin han pasado los nuevos protocolos. Y a todo he tenido que dar largas, porque no hemos hecho nada más que gastar saliva y un tiempo precioso.

Así que aquí estoy, frustrado. Y no sé por qué te estoy contando esto, la verdad.

Será porque contigo siempre es fácil y por eso liberador. Porque yo todo lo veo complejo, un problema a resolver. Hasta con Estrella tenía que ser complicado. Teníamos que estar de acuerdo, dejar nuestra relación bien clara desde el principio, con límites, sin promesas, y un largo etcétera, cuando lo que teníamos era encuentros esporádicos. Al final no sirvió de nada de todas formas.

Ayer la vi y todavía sigue enfadada conmigo, y con toda la razón. No porque zanjara nuestro trato, sino porque no cumplí. Te conocí, todo cambió y no tuve la decencia de hacérselo saber. Tan cómodo era lo que teníamos que ni me molesté en cambiarlo porque no quise ver lo que tenía delante.

A veces no sé si estoy arreglando las cosas o empeorándolo todo.

Te echo de menos.

Mani

Capítulo 19

Cristina miró aquel taco de cartas atadas con un lazo. Treinta y seis cartas; mandadas desde cinco países distintos a lo largo de diez meses. Las primeras aparecían por sorpresa en el buzón, a cuenta gotas; luego dos veces en semana, y durante el mes de diciembre, raro había sido el día que no llegara algo.

Justo hacía dos semanas, el día 31, apareció una postal con una foto de un calendario con todos los días tachados. En el dorso, junto a la dirección, solo una frase. «¿Será este nuestro año?».

Pensó en el día que pisó Madrid hacía dos años. Sola, rechazada, con el corazón roto. Había cambiado tantas cosas en su vida desde entonces que era difícil de reconocer. Tenía tres trabajos, vivía en un estudio de veintiocho metros cuadrados en el barrio de Vallecas, muy cerca del nuevo supermercado donde trabajaba de cajera a tiempo completo. Era un trabajo cansino, monótono y poco agradecido, pero pagaba las facturas básicas. Las clases particulares y los pequeños artículos que mandaba a la agencia de viajes irlandesa, con alguna que otra traducción, pagaba el resto. Se movía en bicicleta a todas partes, sus padres eran demasiado generosos con esos sobres que le daban de vez en cuando, toda la comida la compraba con descuento y era la cliente más agradecida del Primark; eso sí, bien orgullosa que estaba de lo que había conseguido: quererse.

«Precaria, pero contenta», como diría una de sus compañeras. Triste y liberador al mismo tiempo, ya que lo de intentar ser perfecta no había hecho más que hacerla sentirse miserable; nunca a la altura de las circunstancias.

Había sido duro bajar de las alturas para mendigar por un trabajo de reponedora en el supermercado. Aunque se arrugó los mocos, porque lo necesitaba y porque comenzaba a ser verdaderamente consciente de sus limitaciones y la situación en la que se hallaba. Dejó de mirar atrás y empezó a apreciarlo todo de una forma distinta. Cada logro lo había celebrado por todo lo alto, porque eran suyos y de nadie más.

En esos meses había hecho las paces consigo misma; admitido por fin que lo perdido no volvería a recuperarse, aunque lo nuevo no tenía por qué ser peor.

Su objetivo era llegar a un punto y aparte donde los nuevos párrafos tuviesen una letra más bonita y guiasen hacia un final feliz. Un final feliz compartido con alguien más.

Un pinchacito en el pecho la hizo dudar de si lo conseguiría, y ahí estaba la principal diferencia con la Cristina de hacía seis meses. La de ahora, aún con miedo al fracaso, era capaz de intentar cosas.

El móvil la avisó de que se hacía tarde, así que, corriendo, ató la cuerda, metió las cosas en la mochila, cogió el casco y salió con tiempo suficiente de llegar pedaleando al centro. A la vuelta podría coger el búho. Cuando no iba muy lleno, el conductor del autobús nocturno no le ponía pegas a la bicicleta si esta iba plegada.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Susana la recibía con un abrazo y un cubata. Para entrar en calor, según sus palabras. Y Cristina no le puso pegas a aquel tubo de cristal; necesitaba el alcohol de lo nerviosa que estaba.

Allí se encontraban todos, incluida Estrella.

—Madre mía, Cristina. ¡Cuánto tiempo! Así, sin boñiga de vaca cubriéndote de arriba abajo no te había reconocido.

Rieron de buena gana y estuvieron un rato recordando aquel viaje al norte.

«Tan distinto para las dos», pensó para sus adentros.

—¡Por fin se digna a aparecer!

Todos se dieron la vuelta y, para jorobar, cantaron a todo pulmón el *Cumpleaños feliz* a un Mani bastante cabreado por llegar a los treinta y tres.

Y Cristina dejó de respirar. Tanta capacidad pulmonar como tenía tras meses de pedaleo diario y, en el momento que más necesitaba el oxígeno, su cuerpo quedaba paralizado.

Mani saludó al gentío y por un segundo posó la mirada en ella.

Cristina se sonrojó entera y maldijo los fluorescentes del bar. Cualquiera que la mirase vería el efecto que provocaba en ella.

Aquella atracción había estado ahí desde el principio. Desde el momento que él sacó su bicicleta de aquel vagón, pasando por esa comfortable camaradería con la que se conocieron; la pasión por su trabajo, por ella; el tesón con el que quiso conquistarla; el roce de su piel.

Le entró el pánico de repente. Media hora pedaleando cuesta arriba no la podían haber agraciado lo más mínimo. ¡Debía de estar hecha un adefesio! Levantó el brazo derecho con disimulo y acercó la nariz a la axila. El desodorante había hecho su trabajo, pero ¿y el resto?

Mani saludaba a todo el mundo y les agradecía haber aparecido, acercándose poco a poco a la esquina en donde ella se había pertrechado. No, no, no. Debía peinarse primero.

Cristina saltó del taburete y corrió al baño, se miró en el espejo y, tal y como sospechaba, no le gustó nada lo que aquella superficie reflejaba. Una mujer que respiraba de forma atropellada, con el pelo como un electroduende por culpa del viento invernal madrileño, y unas ropas demasiado informales para una fiesta de cumpleaños en la que quería conquistar al homenajead.

Llamaron a la puerta.

—¡Ocupado! —gritó más por pánico que otra cosa.

—¡Si no está usando el retrete, por favor, abra que no me aguanto más!

Cristina abrió la puerta a una amiga de un amigo de alguien que le acababan de presentar y supo entonces que no solo su aspecto dejaba mucho que desear, sino que allí ella no pintaba nada. Solo conocía a Susana, Estrella y Raúl. La primera, no muy contenta ante la idea de que pudiese sentirse atraída por Mani, la segunda seguro que tampoco después de haber roto con él, y de Raúl, como mejor amigo de Mani, poco apoyo podía esperar.

La chica entró corriendo en el reservado y Cristina volvió a su fiesta privada llena de incertidumbres.

—No tienes nada que ofrecer —le dijo al espejo.

—¿¡Perdona!? ¿Has dicho algo?

Cristina salió sin contestar al escuchar el suspiro de alivio que escuchó al otro lado de la puerta.

No anduvo ni cinco pasos cuando Susana le salió al encuentro.

—¿Dónde estabas? Mani ha preguntado por ti.

Las rodillas comenzaron a temblarle y le entraron sudores fríos. Miró alrededor agobiada y elaboró un plan para salir de aquel bar en menos de un minuto con la bici bajo el brazo y ya con el casco puesto.

A punto estaba de llevarlo a cabo cuando su amiga le tiró del brazo, la arrastró a una esquina del bar, le dio unas palmadas a un taburete para que se sentase y la ordenó con no muy educadas

palabras que esperase quietecita hasta que volviera con otro cubata.

Así que Cristina se rindió y aceptó con resignación todo el alcohol que tuvieron a bien ponerle delante.

Tres vasos después Cristina lo miraba embobada, tan novata ella para todo lo que tuviese que ver con Mani. Con él siempre era una primera vez o al menos eso le parecía. Como si la vida, hasta que él apareció, hubiera sido solo un entrenamiento virtual.

La gente le daba paquetes envueltos en papel de regalo multicolor y ella tenía el regalo en una bolsa de supermercado atado con una cuerda. Curioso como las cosas más importantes de la vida se hallan escondidas en lugares de lo más normaluchos. Una cremallera, un cubo con agua caliente y jabón, una bañera, un trozo de papel escrito...

Y Cristina no sabía dónde meterse. ¿Se habría pasado con el regalo? ¿Era demasiado tarde?

Algo aturdida se propuso salir del ensimismamiento y entrar en la conversación que se desarrollaba justo a su lado.

—¿Le has regalado una corbata? —Susana parecía extrañada.

Estrella suspiró y sorbió de la pajita de su cóctel.

—No te lo vas a creer. Media vida saliendo con él y si no es ropa que a mí me gusta, no sé qué regalarle.

—No te ofendas, Estrella, pero eso dice mucho de cómo os iba. Además, salíais a ratos. ¡Qué demonios! Os juntabais para follar.

A Cristina le chirriaron los dientes y decidió allí mismo que bebería en soledad hasta el fin de sus días y, algún día, los arqueólogos del futuro la sacarían a la superficie preguntándose qué hacía sobre un taburete con un montón de tubos metálicos y oxidados a sus pies. Porque la bici se quedaba con ella sí o sí.

—Ya, pero más vale pájaro en mano... —repuso Estrella.

—Eres una cínica.

—Y él también lo fue.

Reinó el silencio, a pesar de que la música sonaba a todo volumen. Estrella se recuperó primero de aquella conversación incómoda haciendo lo más lógico: cambiar de tema.

—¿Y tú, Cristina, qué le has regalado? Ahora que lo pienso, tendríamos que haber hecho tándem y haberle dado una escoba como las de aquella semana en Inglaterra. Una de esas enormes para barrer porquería. —Puso cara de asco, pero ella y Cristina se echaron a reír. Aquella semana sería recordada en años venideros y, para qué negarlo, era algo que siempre tendrían en común, bueno, además de... Mejor no pensar en ello.

—Es solo un detalle —contestó Cristina para evitar seguir dándole vueltas a algo que ya no estaba en su mano—. Luego se lo doy.

Nadie preguntó más. Aquella bolsa de plástico de supermercado disipó cualquier curiosidad relacionada con lo que había dentro. Cristina soltó el aire y volvió a morderse los carrillos por dentro de puro nervio.

Fue al baño otra vez —con la bolsa agarrada bajo el brazo como si fuese a escaparse—; pidió después zumo porque ya no le cabía más ron en la corriente sanguínea; mantuvo conversaciones de las que no recordaría nada al día siguiente; volvió al cuarto de baño. Y las asas de la bolsa cada vez más finas, clavadas a la piel poniéndole los dedos morados.

—¿Qué hacen mis chicas favoritas escondidas en una esquina?

Y tal fue la sorpresa al oír su voz que Cristina dio un respingo y cayó hacia atrás como saco terrero, con las piernas al aire. Al ir a agarrarse a la mesa alta, movió el brazo con demasiada

fuerza y la bolsa cogió impulso. Tanto que se estrelló contra la cara de Mani.

—¡Hostia! —gritó Mani.

—¡Cristi! —gritó Susana.

A Estrella le dio un ataque de risa cuando Cristina se estampó contra la pared, a la que se agarró con las uñas rascando hacia abajo hasta que encontró una montaña de abrigos en la que aterrizar.

Así no era como lo había planeado. Ni mucho menos. En su cabeza, todo se desarrollaba con música romántica de fondo, a cámara lenta, con miradas cómplices de ida y vuelta, una mano sobre la espalda, un roce con la cadera y explosión de amor por todas partes.

Bueno, eso fue antes de los tembleques en el cuarto de baño.

Y ya podía olvidarse del famoso efecto sorpresa.

—Novata, voy a morir más joven por tu culpa. Veo los cumpleaños mermar.

—Antes de que los achaques acaben contigo, ayúdame a incorporarme. Si te parece, vamos.

Hubo un momento de manos y piernas que se cruzan y dan donde no deben, si bien Mani, siempre caballero, se aguantó las ganas de gritar de dolor. Todo el mundo sabe que los veterinarios, si saben de algo, es de patadas.

—Espera, se te ha caído esto —dijo con voz ronca y algo falto de aire.

La bolsa del súper.

Esto tampoco encajaba con los planes de Cristina. El regalo iba a dárselo en mano después de sacarlo del plástico.

Pero qué más daba. Total, ya no podía hacer más el ridículo.

—Es para ti. ¡Sorpresa!

Estrella se alejó riendo como una loca de manicomio y Susana la miraba con cara «hijademividatefaltandoshervores».

Mani no se dio cuenta de nada. Observaba la caja de sandalias atada a la carrera y la movía como si, al cambiar el ángulo, supiese por arte de magia qué ocultaba dentro. Sí, no mucho mejor que la bolsa de plástico, pero ¡es que Cristina no ganaba para más! La movía de arriba abajo calculando su peso e, incluso, la levantó para saber si había algo pegado debajo.

—¿Son chanclas? —preguntó algo asombrado.

—No, y tampoco es una bomba de relojería.

Mani soltó una carcajada e *ipso facto* se sentó a su lado para hacer los honores.

Tiró de la cuerda, abrió la caja, sacó su contenido y leyó.

Ella se sintió abrumada por un momento, pero no se dejó amilanar. Si había llegado hasta allí, bien podía sobrellevar los siguientes tres minutos sin volver a caer de aquella butaca.

—Me puse y ya no paré —admitió queda.

Mani inspiró con tal fuerza que las alas de la nariz se le ensancharon.

Y Cristina tembló, porque, después de todo, no había sido muy buena idea. Allí, rodeados de gente, le iba a decir que «a buenas horas, mangas verdes».

Aquello era demasiado poco y llegaba demasiado tarde. Su vida estaba encarrilada de nuevo, ¿qué necesitaba en realidad de ella?

Mani saltó del taburete, puso su regalo debajo del brazo y, con el otro, ayudó a Cristina a bajar.

—¿Tienes algo importante que hacer aquí? —preguntó impaciente.

—¿Aparte de darte esto y hacer el ridículo? Mmm..., no.

—Entonces, nos vamos.

—¿A dónde?

—Te llevaría al Distrito de los Lagos, pero pillas algo lejos. ¿Mi piso? Hay mueble bar y todo.

—Estás tirando la casa por la ventana, Mani.

—Es por impresionar. Tengo *bourbon*. Un pajarito me ha dicho que es el favorito de alguien. Cristina salió disparada. Ni siquiera dijo adiós a la concurrencia.

—Un momento, ¡la bici! —gritó ya en la calle.

Mani sacó el móvil del pantalón y llamó a alguien.

—¿Raúl? Tengo que irme —dijo incluso apretando el paso—. ¿Puedes encargarte de la bicicleta de Cristina? Susana sabe dónde está.

Señaló con el dedo donde tenía aparcado el coche, le dio la caja de zapatos, sacó las llaves y apretó el mando mientras medio escuchaba lo que Raúl le decía al otro lado de la línea.

—Me da igual. Ya me han visto todos. ¡Ah! También puedes darme pasado mañana los regalos... Esto es mucho más importante.

Y colgó.

Cristina entró en el coche, puso la caja en el regazo, apoyó las manos encima y no abrió la boca hasta que estuvo sentada en el sofá de Mani, rodeada de muebles. ¡Hasta había una alfombra!

Capítulo 20

«No te entusiasmes, Mani, que esto puede significar todo lo contrario de lo que deseas».

Demasiado tarde. Estaba ilusionado, tanto que le temblaban las manos.

—Voy a tardar un rato —avisó. De ahí no tenía intención de moverse hasta haber leído hasta la última letra.

Ella abrió mucho los ojos. Si pensaba que iba a dejar eso para luego iba lista.

—Ponte cómoda. En ese armario está el minibar.

—Mani, no estoy segura.

—Ni yo, pero te quiero cerca.

—Está bien —cedió ella soltando el aire—. Prepararé las bebidas y me comeré las uñas.

Al ir a levantarse, Mani le acarició el brazo.

—Sea lo que sea lo que haya aquí escrito, gracias.

Ella carraspeó y él quiso acogerla en sus brazos. Aunque lo primero era lo primero.

—Era lo mínimo que podía hacer —replicó ella. Y se levantó del sofá para ir por el ansiado *bourbon*.

Mani miró de nuevo su regalo. Eran unos cincuenta folios anillados, con una tapa laminada transparente. En la portada podía leerse:

BIOGRAFÍA INCOMPLETA DE UNA MUJER EN PROCESO

por Cristina Robledo

Los dedos le temblaban cuando pasó la página y comenzó a leer.

Madrid, invierno

Querido Mani:

No sabía lo difícil que era soldar hasta que tuve que juntar de nuevo esos pedazos esparcidos en los que mi vida se había convertido.

Y lo he hecho.

El problema es que no he encontrado todos los que tenía antes. Algunos se han perdido y, ¿sabes?, no los echo de menos. Para que no se note la falta, he cosido con hilos dorados preciosos. Porque he aprendido a montar joyería fina también y con las herramientas que tú me diste.

Mi vida me parece preciosa ahora, solo queda que la veas. Con sus luces y sombras, con sus defectos incorregibles, pero genuina.

Aquí la tienes desde el principio.

Me llamo Cristina, aunque tú y solo tú puedes llamarme Novata.

Ayer me dijeron que te vieron,

ayer me hablaron de ti...

Te echo mucho mucho de menos.

Y justo debajo había firmado, pero no como Cristina Robledo, sino como «Tu Novata».

Entonces Mani entendió que volvía a él y la miró de igual manera que lo hiciera en aquel

establo del norte, pero esta vez no había incertidumbres; esta vez podrían continuar juntos lo que habían empezado un año atrás.

Pero Cristina no tenía valor para mirarlo a los ojos. Los hielos tintineaban en su vaso de lo que le temblaban las manos y miraba el cuadro de la pared. Estaba tiesa, con la espalda tan erguida que debía de ser doloroso.

Antes de hablar en demasía, se puso manos a la obra y continuó leyendo.

Érase una vez, una niña que quería conocer el mundo...

Mani leyó y leyó hasta llegar a la última hoja y esperó y esperó a que Cristina lo mirase.

Por fin ella giró la cabeza, aunque le habló a sus rodillas.

—Siento no haber contestado tus cartas. Pensé que si te escribía las cosas que sentía al leerlas, me sentiría vulnerable, y el miedo a que me hirieran fue al final más poderoso que las ganas de confesar. Pero, como ves, al final desembuché.

En ese momento alzó la vista. Mani seguía embobado mirándola con el libro abierto por la última página sobre la pierna.

—¿Cuándo lo terminaste? —preguntó él tras cerrarlo y ponerlo con cuidado sobre la mesa.

—El día siguiente a recibir tu última carta. Fueron las doce horas más intensas de mi vida.

—¿Qué fue lo último que escribiste?

—La carta del principio, claro. Quería estar segura; debía terminar primero el trabajo. Ha sido un viaje duro, pero debía viajar sola. Quería cerrar una puerta antes de abrir otra. Quería que estuvieses orgulloso de mí. Estoy tan orgullosa de ti que me daba miedo no estar a la altura.

Mani se acercó para besarla.

—Déjame terminar, por favor.

Lo apartó con cuidado y se sentó con las piernas cruzadas sobre el sofá manteniendo algo de espacio entre ellos.

—Al ser una historia incompleta no he escrito la palabra «fin». Yo no soy perfecta, Mani, y no quiero serlo, bajo ningún concepto. Ante tus ojos, quiero ser yo, según salga. Hasta que has abierto tu regalo he estado en punto muerto.

—Eso no es cierto, Novata. Tu vida ha cambiado por completo, igual que la mía.

—Porque quería comenzar un nuevo capítulo sin heridas, orgullosa de mí misma. ¿Entiendes?

—Perfectamente.

—El caso es que, hasta ahora, todo lo que hay escrito en esas páginas está en tercera persona del singular y te las he dado a leer porque las quiero en primera del plural a partir de ahora. —Abrió mucho los ojos—. ¡Olvida lo que acabo de decir! Es lo más cursi que he dicho en mi vida. Debe ser el alcohol...

Mani se lanzó a por ella y esa vez le dio el beso que llevaba reprimiendo desde que la viera esconderse en la esquina más alejada del bar. Tan inédita y distinta. Su Novata había pasado a ser amazona 4.0.

A pesar de las ganas, se tomó su tiempo. Era un nuevo capítulo el que comenzaban, al fin y al cabo. Sabía a *bourbon*, dulce y algo picante. Y saboreó su boca a conciencia, bailando con ella. La habitación daba vueltas cuando se separaron.

—En la cama estaremos mejor.

—No, aquí y ahora —mandó ella dejando el vaso sobre la mesa.

«Alto y claro».

Mani comenzó a quitarse la ropa a trompicones y cuando ella fue a levantarse el jersey, la paró con la mano.

Ya desnudo, la levantó del sofá y muy despacio fue quitándole prendas de ropa. El frío invierno se ponía de su parte; otra vez el vello de punta, la piel erizada, las ganas de pegarse al otro buscando calor. Cristina comenzaba a impacientarse y a cambiar el peso de una pierna a otra. Cuando ya solo quedaban braguitas y sujetador por quitar, se sentó de nuevo y la acercó hasta que pudo abrazarla con ella entre sus piernas. Apoyó la frente en su ombligo y por fin se convenció de que estaba sucediendo. Estaban juntos.

Le besó la piel y le agarró las nalgas por debajo del suave tejido.

—Quítamelo todo, Mani. No me hagas esperar más.

Hizo lo que le dijo, aunque el sujetador quedó en su sitio. Era de una tela tan fina que podía verle los pezones duros.

Allí mordió y la guio para que se sentara encima.

—Mani, los condones, ¿dónde los tienes?

Ladeó el cuerpo para alcanzar el pantalón que había tirado al suelo; Cristina, para no caerse, lo sujetó entre las piernas con más fuerza, lo que la hizo gemir de gusto.

—Ah... Creo que quiero hacerlo así. Dame, dame —apremió ella.

Le quitó la cartera de la mano y sacó todo el contenido hasta que encontró lo que quería.

Mani no estaba preparado para lo que pasó después. Cristina sería su Novata por siempre, aunque el mote en la cama le pegaba poco, la verdad.

Lo empujó hacia atrás hasta que quedó medio tumbado y le puso el condón con ambas manos con tanta destreza que tuvo que apretar todos los músculos del cuerpo para no correrse.

—Ya está —susurró ella.

Le dio un beso ligero en la boca, uno en cada pezón y otro en la punta de su miembro antes de agarrarlo de los hombros, posicionarse sobre él y bajar. Le dejó entrar de una sola vez.

—¡Ah! —gritaron al mismo tiempo.

Sentada sobre él, Cristina respiraba entrecortado y movía las caderas acostumbrándose a la intrusión. Mani por su parte la agarró de los muslos, apretó los dientes y se encomendó al destino, porque ya poco podía hacer. Su cerebro jamás volvería a hacer sinapsis y eso le hizo el hombre más feliz sobre la tierra.

—Necesito... Tengo que moverme, Mani.

Él replicó diciendo que sí con la cabeza; ella subió usando esos muslos de ciclista urbana que habían salido de la nada y comenzó a cabalgarlo como si no hubiese mañana.

—Me encanta... el... roce —balbuceaba mientras lo agarraba con fuerza de los hombros.

Bajaba y movía la cadera, usando su vello para darse placer con cada pasada. Volvía a subir y él ya no sabía si iba o venía.

—Me..., me..., ¿tú?... No aguanto... dime que... —gimió ella.

—Estoy contigo, amor.

Mani la agarró con firmeza y en un último esfuerzo la empujó hacia abajo con fuerza llevándola con él en el mejor orgasmo de su vida entre gemidos y espasmos. Todos ellos mientras la abrazaba desesperado; el máximo contacto le seguía pareciendo poco.

Tardaron un momento en recuperar el aliento y fue la necesidad de lidiar con el condón lo que les hizo por fin cambiar de postura.

—No te muevas, Novata. Me deshago de la goma y traigo algo con lo que limpiarte.

—Nghng...

—Entendido.

Volvió con una toalla mojada y la apañó lo suficiente para seguir desnudos sobre el sofá sin ponerlo todo pringado. En eso, Cristina no había cambiado un ápice.

Se tumbaron compartiendo una manta; mirándose a los ojos, tocando aquí y allí, aprendiéndose de nuevo.

—¿Novata? —dijo por fin Mani tras un beso casto en la mejilla.

—¿Sí?

—¿Quieres salir conmigo?

Cristina lo abrazó fuerte y le contestó a su cuello:

—Sabía que eras un romántico, Mani.

El beso que siguió volvió a subir la temperatura de la habitación.

Epílogo

Seis meses después

Hicieron el viaje de vuelta de la misma manera, en coche.

En el ferri, Cristina disfrutó del mar embravecido agarrada a la barandilla de la cubierta incluso con los dientes. No quería perderse nada. Un año atrás, la decepción que sentía hacia sí misma y hacia Mani había sido tal que miró con ojos vacíos aquella misma inmensidad, sin oler el mar, escuchar el viento o sentir en las entrañas el vaivén del barco luchando contra el oleaje.

En aquellas ya lejanas veinticuatro horas se hundió de nuevo y se sintió una imbécil por haberse hecho ilusiones cuando no había ninguna que hacerse. Ahora, era todo lo contrario, no se hacía ninguna porque disfrutaría de cada una según se le fueran presentando, sin excepción.

Habían cambiado tantas cosas...

Después de darle a Mani su regalo de cumpleaños, había dejado de escribir. Ya no necesitaba desahogarse en un papel. Llevaban saliendo juntos meses, si bien cada uno vivía en su piso. Cristina no quería precipitar nada y Mani no era de los de cambiarlo todo de un día para otro. Así que iban con calma y siempre a más y mejor. Si la vida se ponía cuesta arriba, se abrazaba a Mani; si todo iba sobre ruedas, lo compartía con él. Y viceversa.

Dedicaban su tiempo juntos a conocerse, a disfrutar, según lo pidiera la ocasión. No habían puesto reglas a su relación y ninguno asumía nada. Si había dudas, se sentaban a conversar y esas charlas acababan siempre a lo grande: en orgasmos de perder el sentido. Es más, hablar de cosas importantes ya era de por sí un juego amoroso sabiendo dónde iban a terminar después.

Y se lo contaban todo, hasta lo más doloroso.

Precisamente ese era el motivo de aquel viaje. La excusa era volver al lugar que los unió, pero la razón de fondo era una visita familiar que ya tocaba.

Mani y su padre habían estado en contacto, aunque no habían pasado de un hola, qué tal y adiós. El rechazo y los años de distanciamiento pesaban demasiado. Tan convencido estaba de que el encuentro sería un desastre que habían prometido cenar con Hannah y Peter. Calculaba que no tardaría más de media hora en empezar a lanzar indirectas y aquello escalaría hasta que salieran dando un portazo.

Cristina lo había empujado a tomar la decisión y no le importó ser la excusa para presentarse ante la puerta. Había bastado que Mani dijese que quería presumir de ella para que tomaran la decisión de hacer las presentaciones.

Aunque a menos de un día de llegar a su destino, ya no estaba tan segura. ¿Y si no eran capaces de hacer las paces? Es más, buscar una reconciliación a toda costa podía distanciarlos más aún. Si eso pasaba, ¿se lo echaría Mani en cara?

Se consoló pensando que, si todo fallaba, siempre podrían abrazar a la vieja Gilda y ver cómo Tim sacaba la granja adelante con la ayuda del ternero Manuel. Nada como recordar un parto tan difícil para colocar la prioridades en el sitio que corresponden.

Esta vez, Cristina no durmió en el viaje en coche que los llevó al norte. Tomaron una ruta algo más larga y se deleitaron con el paisaje.

Un montón de horas después de pisar tierras británicas, aparcaron enfrente de una casa señorial a las afueras de Keswick. Una casa, por cierto, mucho menos lujosa de lo que ella se

había imaginado. Mani llamó a la puerta y se pasó las palmas de las manos por la tela de los vaqueros.

Abrieron la puerta y a Cristina la saliva se le fue por mal sitio.

—Vaya, vaya, vaya —dijo aquel hombre divertido ante las toses de ella.

—¿Estás bien? —Mani le daba palmaditas en la espalda y le cogía la mano como si se fuese a desmayar. Estaba mucho más nervioso de lo que dejaba ver.

—Sí, sí —dijo ella agarrándolo del brazo—. Ha sido la sorpresa, nada más.

¡Cómo no se había dado cuenta antes! Alto, atractivo, mirada clara y ese mismo tono de color de pelo.

El señor de la casa se echó a reír y Mani lo miró enfurecido. Cristina pasó a la acción antes de perder el control de la situación.

—¿Tienes cinco libras? —le preguntó a Mani.

—¿Perdona?

—Que si tienes cinco libras. Mi dinero está todo en euros.

Confundido, Mani se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta, sacó la billetera y le dio las cinco libras.

—Gracias. —Y le dio un beso en la mejilla.

El hombre de la puerta extendió el brazo y, de mala gana, Cristina le dio el dinero.

—Esta juventud... —dijo él tras chascar la lengua. Se metió el dinero en el bolsillo y sonrió triunfante.

—Me llamo Patrick —dijo tras abrir la puerta de par en par—, aunque siendo amiga de mi hijo supongo que usted me conocerá como lord Kaka. Estoy encantado de que por fin mi hijo haya encontrado a una mujer de verdad.

Mani gruñó.

—Te presento a Cristina, mi novia, aunque ya os conocíais —dijo pegándose a ella como una pegatina.

Lord Kaka, perdón, Patrick extendió la mano y Cristina la estrechó. Iba a costar llamarlo por su nombre.

—¿Cómo podía olvidárseme una cara tan bonita?

—Es usted un zalamero. —Y sintió un brazo alrededor de la cintura.

Sir Patrick los miró un momento con las manos en los bolsillos.

—Mani es un hombre con suerte. Sed bienvenidos —dijo sonriente y entró en la casa dejando la puerta abierta tras de sí.

Cristina se dio la vuelta y se lanzó al cuello de su boquiabierto Mani.

—La que tiene suerte aquí soy yo.

—Novata, ¿qué es eso de las cinc...?

Y lo besó, porque no podía hacer otra cosa.

Agradecimientos

Quiero empezar por mi querida Mercedes, que me lee sin hacer preguntas y me felicita sin despeinarse. Que siempre tiene una palabra amable, incluso cuando me corrige. Gracias, amiga, por dejarte sobornar y acceder a ser mi lectora beta número uno.

Agradecerle a Parker, la veterinaria que ha contestado de inmediato a mis preguntas sobre vacas ancianas y partos difíciles, que quisiera ayudarme en un momento de pánico novelístico. Gracias a ti supe que iba por el buen camino. Si, por desgracia, al final hay incorrecciones en esta historia, es culpa mía y solo mía.

A Arwen Grey, por puntualizar esos detalles que solo la experiencia de buena escritora detecta. Gracias por esas largas conversaciones a cuenta de este o aquel personaje y gracias, sobre todo, por animarme a seguir adelante incluso a contracorriente.

Gracias, Rosana, por poner los puntos sobre las íes; por ser implacable. A veces, aunque duela muchísimo, hay que escuchar verdades como templos.

A ti, que estás en lo bueno, lo malo y lo regular. Gracias por aparecer en aquella cocina.

Y miles de gracias a todos aquellos que decidan leer esta novela, por gastarse los cuartos en estos tiempos que corren y por estar ahí, dispuestos a meterse en esos mundos que les cuento.

Gracias de todo corazón.

Poppy García

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



El revés del abanico

Galcerán, Fabiana

9788410740037

128 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Como en un abanico, el mago muestra una cara al público, mientras que la otra permanece oculta en las sombras

En el tumultuoso año de 1920, Amanda se ve obligada a escapar de Londres, llevando consigo un misterio que pesa sobre su conciencia. Su huida la conduce a un encuentro fortuito con Andranik Novak, un mago escapista de renombre internacional cuya misteriosa y cautivante personalidad la fascina desde el primer instante. Sin embargo, su destino se complica aún más cuando, a bordo del majestuoso barco Aquitania, conoce a Jacob Astor, el propietario del legendario Waldorf Astoria en Nueva York.

Tras un inicio calamitoso, Amanda logra rehacer su vida en Nueva York al convertirse en la asistente de Andranik Novak en el fascinante mundo del ilusionismo. En medio de funciones deslumbrantes y cenas elegantes en el Waldorf Astoria, se gesta un triángulo amoroso que teje una trama de pasión y misterio.

Pero el corazón de esta historia va más allá del romance. La obsesión de Andranik por el espiritismo, la inesperada amistad entre la frágil Belle, esposa del mago, y Amanda, así como el oscuro secreto de su propio pasado, amenazan con poner en peligro todo lo que ha construido en su nueva vida neoyorquina.

- Una protagonista valiente pero vulnerable, ingenua y decidida a combatir sus propias debilidades para convertirlas en pequeñas victorias sobre sus miedos internos.
- El contexto histórico de principios del siglo XX ofrece un rico tapiz de cambios sociales y tecnológicos que crean un entorno auténtico.
- Una rica narrativa y profundidad emocional. El entorno y los personajes son vívidos y complejos, mostrando sus debilidades y deseos más profundos.
- Las mejores novelas románticas de autores de habla hispana.
- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporánea, histórica, policiaca, fantasía, romance... ¡Elige tu historia favorita!
- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Amor y Kimchi

Tirado, María José
9788410741119
448 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Un divertido amor a lo K-drama. Déjate arrastrar por la ola Hallyu.

Zoe está en el peor momento de su vida: sin trabajo, sin pareja, con un secreto que la

atormenta y prácticamente viviendo de la caridad de su mejor amiga. Por eso, cuando le surge la oportunidad de trabajar como niñera para un joven ejecutivo coreano no le queda otra que aceptar.

Goon DoWan no ha tenido una vida fácil, pero ha logrado convertirse en el CEO de la sucursal española de una multinacional tecnológica de su país. Después de dos años en el extranjero, ha llegado el momento de regresar a Seúl. Pero entonces la cuidadora coreana de su hermano pequeño se lesiona y debe sustituirla por una joven española que nada sabe de sus costumbres y su cultura. Solo serán unas semanas, ¿qué puede salir mal?

Zoe irrumpirá en la vida de los hermanos Goon como un torbellino y ninguno volverá a ser el mismo después de su llegada. ¿Te atreves a descubrir por qué?

«María José mezcla amor y humor en una novela que impregna al lector en la cultura coreana y la española de manera magistral». Sarah Mey

«Un libro adictivo, dulce y muy romántico. No podrás soltarlo hasta el final. M^a José Tirado tiene un don para crear personajes maravillosos e historias en las que es muy fácil perderse». Chloe Santana

Títulos de la serie OLA HALLYU:

Amor y Kimchi

Amor y Soju

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



La única mujer - La casa de las fantasías

Gold, Kristi
9788410740983
320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

La única mujer

Una noche para recordar

Andrea Hamilton no conseguía olvidar aquella noche que había pasado bajo las estrellas junto al hombre que amaba. Y para colmo Sam había regresado, y estaba más sexy que nunca; además acababa de contratar sus servicios como adiestradora de caballos. Pero lo que más le sorprendió fue enterarse de que su gran amor era ahora un príncipe... ¡un príncipe que quería ver a su hijo!

A pesar de los años, Samir seguía recordando a la mujer a la que había tenido que abandonar para cumplir con su obligación. Pero cuando se enteró de que tenían un hijo en común, juró no volver a separarse de ella.

La casa de las fantasías

Si quería algo más que un amante, tendría que domar a aquella bestia... en el dormitorio

La diseñadora de interiores Selene Winston estaba allí para arreglar la vieja mansión, no para acostarse con su guapísimo jefe. Sin embargo, no podía dejar de soñar con el introvertido Adrien Morell...

Pronto se dio cuenta de que había quedado atrapada en el poder magnético de Adrien. Pero él no estaba dispuesto a salir de las sombras para estar con ella.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



París puede esperar

Sicilia, Marisa
9788413487649
61 Páginas

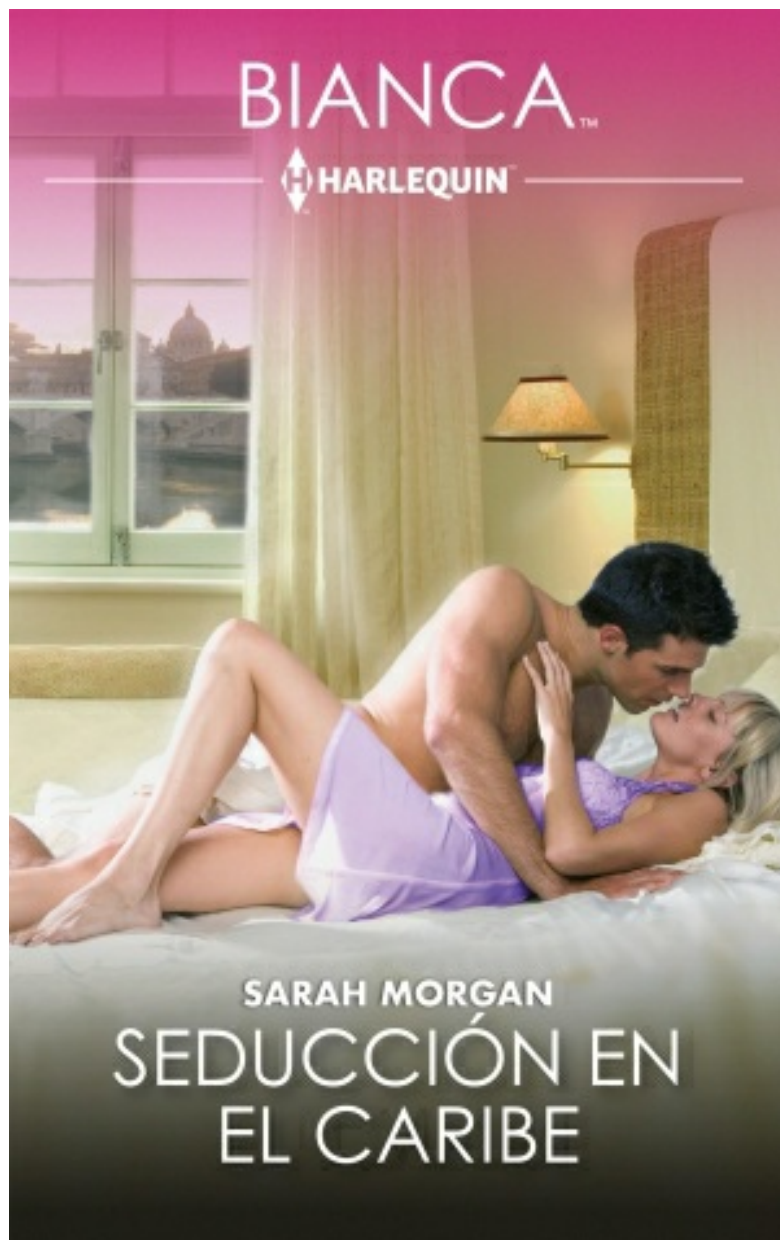
[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Harlequin se queda contigo y te acompaña allí donde estés. Con este motivo nuestras autoras han escrito unas maravillosas historias para ti. Esperamos que

las disfrutes.

Alicia y Manuel llevan años planeando viajar París, pero en el último momento siempre surge algo que lo impide. Esta vez ha sido el confinamiento, pero cuando no es una cosa es otra... Y es que así es la vida. Impredecible.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Seducción en el Caribe

Morgan, Sarah
9788410742376
160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Ella cree tenerlo todo bajo control, y él va a disfrutar demostrándole lo contrario.

El despiadado abogado siciliano Alessio Capelli siempre consigue lo que quiere. Lindsay Lockheart ya lo ha rechazado una vez, y ahora que ha vuelto a su vida, está decidido a no dejarla escapar. La usará y luego la abandonará, tal y como hace con todas las mujeres. Además, las circunstancias se han convertido en su mejor aliado: Lindsay se ha visto obligada a trabajar para él sustituyendo a su hermana desaparecida.

Ella puede presentarle batalla por el día, pero por la noche él tomará el control. Pronto, tendrá a una virgen en su cama, y hará lo que haga falta para no dejarla ir, hasta que se canse de ella...

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)